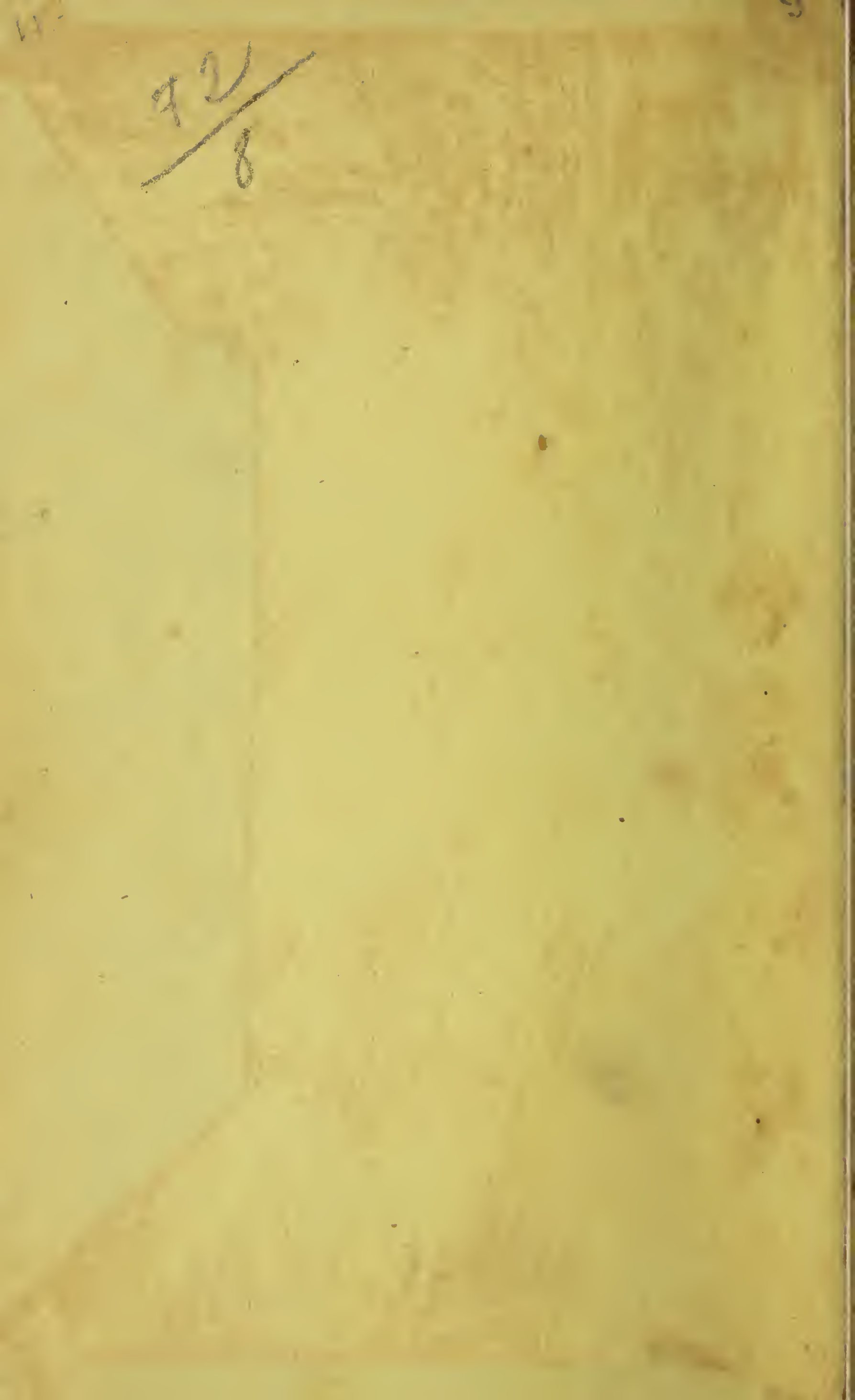



72/8

2391

Gn. José Morrill

AL-HAMAR

EL NAZARITA,

REY DE GRANADA.

LEYENDA ORIENTAL

POR D. JOSÉ ZORRILLA.

DIVIDIDA EN CINCO LIBROS

TITULADOS:

DE LOS SUEÑOS, DE LAS PERLAS, DE LOS ALCÁZARES, DE LOS ESPÍRITUS, Y DE LAS NIEVES.

ILUSTRADA CON NOTAS

Y SEGUIDA DE LA VIDA DE MAHOMA Y DE APUNTES SOBRE SU RELIGION.

MADRID.

IMPRENTA DE JULIAN PEÑA.—CAVA ALTA, 44.

1853.

Al Señor Don Rafael de Guardamino.

EPÍSTOLA.

Cuarenta y seis. — Octubre. — Torquemada.
Querido Rafael: si tu hora estrema
no ha llegado y tu alma sosegada
dirige aún tu corporal sistema,
al recibir la epístola presente
recibirás un libro: és mi Poema.
¡Grande cosa és el tiempo: concluyente
respuesta, y argumento el mas profundo
contra opiniones falsas. Ciertamente
que el tesoro mas rico, el mas profundo
manantial de los bienes de la tierra
y el menos estimado de este mundo
és sin disputa el tiempo. En él se encierra
de la verdad el gérmen: patentiza
la lealtad de el corazon: aferra
la opinion: el ingénio sutiliza,
y allanando dó quier dificultades,
los planes mas quiméricos realiza.

Grande cosa és el tiempo: de verdades
sagáz descubridor y fiel testigo
en el gran tribunal de las edades.
Y no te estrañe, Rafael amigo,
que hoy asi en tono doctoral y grave
hable de el tiempo sin hablar contigo:
porque es razon que su valor alabe
y ponga en él mi confianza estrema,
puesto que él és de el porvenir la llave
y contra tí resuelve un gran problema.
Tu Poema és un sueño irrealizable,
dijiste: el tiempo fué, y hé aqui el Poema.
Puede que sea aborto abominable
de mi talento ruin; mas no se opone
á que sea obra real, cosa palpable.
Caiste, Rafael. ¡Dios te perdone
cual yo, que con el tiempo te he rendido!
y ahora al triunfo la nobleza abone.
¡Prez alta al vencedor! ¡Páz al vencido!
y pues convicto estás, cedo en mi tema
y recobro el discurso interrumpido
de mi dedicatoria, y el sistema
siguiendo epistolar en la presente
repito que te envío mi Poema.
No te asuste el volúmen: actualmente
las lecturas en diez á quince tomos
son las que hacen furor entre la gente.
Conviene pues que sepan que hombres somos
que vamos con el siglo, aunque seamos
largos de pluma cual de ingénio romos.

A más de que este siglo que alcanzamos
ya sabes que és el *siglo de las luces*,
y es fuerza, Rafäel, que nos luzcamos.
Si vás pues con el siglo, bien deduces
que mientras él nos luzca, mas que á oscuras
anden los otros dándose de buces.
Opinan hoy asi las criaturas;
y aunque lo llaman sórdido cinismo
gentes en ciencia y en virtud maduras,
el vulgo universal piensa lo mismo:
siempre empero juzgó mi entendimiento
que esta no era la luz de el cristianismo.
Y hé aqui que és á propósito el momento,
yá que sobre el papel tengo la pluma
y resbalado á la cuestion me siento,
para arrojar un fardo, que me abruma,
querido Rafäel, á una ya antigua
pregunta tuya respondiendo en suma.
Siempre que me la has hecho, con ambigüa
contestacion te satisfice, y quiero
una darte por fin clara y exigua.
Muchas veces me has dicho (á lo que infiero
intencion recelando en mí no sana)
que estrañabas que en són hoy tan severo
mi voz resuene, cuando ayer mundana
y de la tierra escándalo profano
el vicio y el placer cantó liviana.
Pluguiérate saber por qué el mundano
laüd dejando, en arpa vibradora
las glorias de la Crúz canto Cristiano.

Quieres saber por qué bebiendo ahora
mi inspiracion en el veneno vivo
de nuestra fé, mi voz consoladora
alzo sobre el tumulto revulsivo
de nuestro siglo turbulento, al duelo
de el corazon buscando lenitivo.
Buscas la causa en fin de el hondo anhelo
con que emprendo esta obra, que á mi alma
cuesta yá largo afán, largo desvelo.
No és la ambicion de conseguir la palma
de el literario y general combate
que de la Europa aun hoy turba la calma.
Ganoso de ella el corazon me late
y siempre me latió: mas aunque fiera
fuese la tentacion vencí su embate.
No tengo inspiracion tan altanera,
corazon tan audáz, fé tan segura
que entrar en liza tál ose siquiera.
Ni es cálculo taimado, que procura
áura mas popular para mi nombre,
ni ostentacion hipócrita. Más pura
luz me guia, y concibo que te asombre
tal mudanza en los tonos de mi lira,
hoy casta, ayer escándalo de el hombre.
Voy pues de este misterio, que te admira,
la causa á revelarte en una historia
íntima, espiritual, que fé respira.
Reservada y recóndita memoria
del corazon: fantástico relato
del alma, ageno á la terrena gloria,

á tu buena amistad acaso grato,
solo para los dos interesante,
é inútil para el vulgo, que insensato
de la ciencia de el alma está ignorante
y en el camino de la Fé dudando
no penetró jamás tan adelante.
El tono pues epistolar dejando
por un momento, sígueme... y medita
que en la region de el alma vás entrando.

Las dos luces.

FANTASÍA.

Es la existencia golfo que se agita
circundando islas mil, cuyo oleage
de la *nada* en las playas se limita.
Naves las almas son en que el pasage
hacemos de este golfo, cuyo centro
el punto és de partida en este viaje.
Centro és la cuna; una isla mar adentro
en la mitad de el golfo colocada
dó alma y cuerpo se salen al encuentro.
Al mar cada alma desde alli lanzada
vá de una en otra isla escala haciendo
hasta dar en las playas de la *nada*.
Alli en la inmensa eternidad cayendo,
náufrago el cuerpo en la ribera espira,
al Criador su nave devolviendo.
AMOR, DELEITE, LUJO, AMBICION, IRA,
GLORIA, AMISTAD, HONOR, FAMA Y ORGULLO
islas son donde reina la mentira.

Desde ellas nos reclama con arrullo
fascinador: de danzas y canciones
nos envia al pasar manso murmullo;
á ellas con falaces ilusiones
nos atrae, y viajeros perezosos
vamos haciendo escala en las pasiones.
FÉ, CIENCIA, RELIGION... son luminosos
faros, que por las varias latitudes
nos guian de estos mares procelosos.
¡Voga!, nos dicen con su luz; *no dudes.*
¡Voga!; y pilotos de arte y esperiencia
vamos haciendo escala en las virtudes.
Por las pasiones vá nuestra existencia
las riquezas gastando, y adquiriendo
por las virtudes vá nueva opulencia.
Las naves bien lastradas al tremendo
vaivén resisten y oleage fuerte:
las vanas ceden al embate horrendo.

Era yo jóven, mi conciencia inerte
dormia, cuando al mundo audáz y solo
salí, fiado en la voluble suerte.
Leal, franco, inesperto, ageno al dolo
creyendo en cuanto ví con fé sincera,
mio el mundo juzgué de polo á polo.
Mi alma entonces góndola ligera
en manos de señor jóven y ansioso
de vida mundanal y placentera,

se dejaba guiar por el undoso
y turbulento mar de la existencia,
ya á naufragar vecina, ya en reposo
vogando de áura mansa á la influencia;
al sol ardiente, y á la tibia luna
meciéndose en el mar con indolencia.
Siguió siempre mi nave y mi fortuna
la dulce poesía, compañera
de mi gozo y mi afán desde la cuna:
y con voz ora humilde, ora altanera
mis placeres canté, mis ilusiones
hechicé, la ventura pasagera
de la vida fugáz en mis canciones
celebré; y ora crédulo, ora impío,
templé mi lira con inciertos sones.
Abordé en mi demente desvarío
del golfo de la vida las riberas
todas, sin otra ley que mi albedrío.
Sus islas visité mas hechiceras;
GLORIA, AMISTAD, AMOR, DELEITE, oyeron
mis atrevidas cántigas primeras:
y dó quier por el golfo me aplaudieron,
y de láuros cargáronme la frente,
y embriagándome al fin me embrutecieron.
Triunfé, amé, blasfemé, reñí insolente:
¿qué saqué de esta vida vergonzosa?
hastiado el corazon, seca la mente.
Mi alma, nave sin lastre, en peligrosa
marcha me conducia abandonado
al oleage de la mar undosa.

Entonces recordé mi sosegada
niñez: cuando mi madre me tenia
sentado en sus rodillas, y posada
su mano en mi cabeza, dirigia
mi atencion al altar, donde radiante
se elevaba una imágen de María.
Y entonces recordé la voz vibrante
de el monge que en el púlpito esclamaba:
«la existencia mas larga és un instante;
»honor, gloria, poder, todo se acaba
»con ella. Solo nuestras obras viven;
»y ¡ay de el que con sus obras no se cava
»su tumba! Todos de el Señor reciben
»para el bien un talento, y Dios ordena
»que el suyo todos para el bien cultiven.»
Recordé que esto oí en la edad serena
de la cándida fé, cuando la mente
vírgen recibe la impresion agena,
que conserva indeleble eternamente.
Hasta entonces jamás mirado habia
detrás de mí: tornéme ansiosamente
el rastro á ver de la existencia mia.
¿Y qué ví? La estension de el occeano
que tras de mí desierta se estendia:
la nave de mi alma un solo grano
de lastre no llevaba, ni una sola
flor de las islas conservó mi mano.
El rumor de una ola y otra ola
no mas en torno oía, y el profundo
són de la mar, que el corazon desola

blando susurre, ó muja furibundo.
¿Comprendes, Rafael? Te voy contando
la historia de mi alma; lo que al mundo
nadie cuenta jamás; lo que llevando
vá cada cual consigo, cuidadoso
en el inquieto corazon guardando.
Lo que el hombre no dice vergonzoso,
mas lo que á solas piensa en el momento
en que cierra su párpado al reposo.
Iba yo pués al olëage lento
de el golfo de la vida, en la barquilla
de mi alma vogando, el pensamiento
tornando á mi niñez; de toda orilla
lejos: el corazon triste, y vacío
de lo pasado, viendo que la quilla
de el alma no dejaba entre el bravío
oleage señal, y nuevo rumbo
dar meditando al barquichuelo mio;
y hé aqui, que de las ondas al balumbo
avanzando al azar, ciego y perdido,
de olas en olas y de tumbo en tumbo,
ví una isla á lo lejos. Decidido
torné á ella mi próa y tomé suelo
en pais para mí desconocido.
La *Isla de la Razon* era, que el cielo
puso en mitad de el viaje de la vida.
La rica nave, el débil barquichuelo
que alli aporta sin rumbo, la perdida
brújula cobra, y desde alli dirige
su viaje á fácil playa. Guarecida

la *razon* de esta isla en ella rige
    como reina, teniendo en su ribera
    dos luces siempre ardiendo; y una elige
de las dos el que arriba, su postrera
    travesía al hacer: cada uno enciende
    su antorcha en una; y breve ó duradera
con esta luz su travesía emprende
    cuerdo ó desatinado el navegante
    que á sí no más en la eleccion atiende.
De saltar en su isla en el instante,
    «*de la Fé es esta luz, del siglo és esta*,»
    me dijo la Razon, y vacilante
en la dificil eleccion funesta
    entre la *Fé* y el *siglo*, al alma mia
    entre las luces de ambos dejó puesta.
La antorcha de la Fé no despedia
    mas que un rayo de luz tranquilo y puro,
    que por la limpia atmósfera subia
recto á perderse en el azúl oscuro
    de la pura region, que el ojo humano
    no contempló jamás fijo y seguro.
A la luz de la *Fé* nada cercano
    sobre el ház de la tierra se alcanzaba;
    pero en la altura del cenít lejano
veíase una estrella, y se dudaba
    si la luz de la *Fé* de ella venia,
    ó la luz de la *Fé* se la prestaba.
Yo, entre la tierra y la region de el dia
    este rayo comun juzgué (y no en vano)
    que comunicacion establecia.

Circundaba este rayo soberano
rico enjambre de abejas luminosas
con alas de oro, cuanto mas cercano
al resplandor su vuelo, mas hermosas:
y en el centro de el rayo refulgente
labraban sus panales oficiosas.
Quemábalas al fin el foco ardiente,
y en lugar de en cenizas convirtiéndolas
en bellísimas aves, de repente
la luz del rayo místico impeliéndolas
tomaban vuelo hácia el cenít, palomas,
águilas, cisnes, garzas y oropéndolas:
y abrasada su miel suaves aromas
exhalaba, que en la áura derramándose
embalsamában mar, valles, y lomas.
La luz de el *siglo*, móvil elevándose,
culebreaba con llamas refulgentes,
de su foco en redor desparramándose,
formando con sus llamas transparentes
un bello árbol de luz, que reflejaba
los colores de el iris esplendentes.
Bajo este árbol radiante vegetaba
innumerable coleccion de flores
en las que muchedumbre se criaba
de mariposas, ricas en colores,
agradables en forma y movimiento,
y en gala incomparables y en primores.
Susurro vago y apacible y lento
con sus alas hacian, y en contorno
de aquel árbol de luz giros sin cuento.

Mas al fin deslumbradas, y al bochorno
de el fuego enloquecidas, acercándose
al foco abrasador, del rico adorno
de sus puros colores despojándose,
poco á poco en la luz se iban lanzando
y unas tras otras en la luz quemándose:
y un poco de humo fétido exhalando,
polvo las mariposas se volvian
su sitio ante la luz á otras dejando.
Mas bellas las abejas renacian
en la luz de la Fé, y las mariposas
polvo en la luz de el siglo se volvian.
¿Quién de aquestas dos luces misteriosas
la alegoría mística no advierte?
La miel de las abejas oficiosas,
que en aroma á su luz la *Fé* convierte,
son LAS OBRAS de el hombre, que embalsaman
su memoria triunfante de la muerte.
El polvo, que de sí cuando se inflaman
las mariposas sueltan, son LAS HORAS
que en el siglo sin fruto se derraman.
Estériles asi, ó germinadoras
son, sin fé, mariposas nuestras vidas,
y abejas, con la fé, trabajadoras.
Y asi las almas son: naves perdidas
ricas, seguras con la *Fé* vogando,
con el *siglo*, sin lastre, sumergidas.
Todas de la Razon van arribando
á la Isla; en sus luces toman fuego
y siguen á las costas navegando.

Yo, que há treinta años que en el mar navego
de la existencia, á la Razon arribo
por fin, y luz elijo desde luego;
y el escaso talento, que recibo
del Señor para el bien, constante abeja
labrando mi panal con *Fé* cultivo.

Satisfecho supongo que te deja,
querido Rafael, mi alegoría,
pues mi alma en sus luces se refleja.
¿Qué és un poeta? un ave en la sombría
selva de el mundo por su Dios lanzada
para llenar sus senos de armonía:
mas no para gorgear desatinada
dia y noche, la selva ensordeciendo,
malgastando la voz que la fué dada
para elevarla audáz sobre el estruendo
mundanal, y con *Fé* consoladora
la gloria de su Dios enalteciendo.
No al poeta se dió la voz sonora
como engañosa voz á la sirena,
ni como al crocodilo voz traidora.
La de el poeta el ánimo serena
de el hombre por la tierra peregrino;
dulce y divina voz, que le enagena,
la patria celestial de donde vino
recordándole siempre y aliviando
la fatiga mortal de su camino.

¡Ay de el poeta, que sin fé cantando
solo murmullo efímero levanta,
como el agua y el viento susurrando!
¡Ay de el poeta, que su *Fé* no canta
y la gloria de el pueblo en que ha nacido,
enronqueciendo en vano su garganta,
mariposa y no abeja!

—Tal ha sido
la causa, Rafael, que esta obra mia
á emprender afanoso me ha impelido.
Cambia con mi *razon* mi poesía,
y á la *luz de la Fé* recapacito
que he sido mariposa hasta este dia.
Treinta años hace que la tierra habito,
ave insensata, que en la selva trina
con inútil gorgear; y necesito
utilizar la inspiracion divina
que al poeta dá Dios, el sacrosanto
sino cumpliendo á que mi sér destina.
Hé aqui por qué cuando hoy mi voz levanto,
Cristiano y Español, con Fé y sin miedo
canto mi religion, mi patria canto.
Con mi destino cumplo como puedo,
y si sucumbo por llenarle, en suma
en paz con Dios y con mi patria quedo.

Y ahora, Rafäel, que no me abruma
 ya tu curiosidad y nos hallamos
 con mi poema tú, yo con mi pluma,
á ciertos pormenores descendamos
 en que importa, no poco á lo que infiero,
 que antes de que me léas convengamos.
Entrando pues en ellos, el primero
 és: que yo *mi Poema te dedico*,
 por la razon mas óbvia: porque quiero.
Con ella, á la verdad, no testifico
 de esto la causa, mas se vé que en ella
 con absoluta ingenuidad me esplico.
Quiero asociar tu nombre con mi estrella
 de tu incredulidad para castigo,
 y á la Alhambra vendrás sobre mi huella.
Tú has apostado, Rafäel, conmigo
 á que jamás realizo mi Poema,
 y atado irás á él para testigo.
En tanto pués que á la jornada estrema
 llegamos, vén conmigo hácia Granada
 que al Moro rinde su beldad suprema.
Vé de mi narracion la no trillada
 senda siguiendo: al oriental estilo
 la encontrarás de flores alfombrada.
No es un camino real, tirado al hilo,
 derecho y espacioso; mas conduce,
 tal cual le vés, al encantado asilo

de el alcázar Muslim, y se introduce
de paso por Bib-Rambla, dó las flores
verás mas bellas que el Genil produce.
Fátima la Zegrí, *perla* de amores
cual su nombre lo dice: la Azafía
cándida como el suyo: la en labores
estremada Jarifa: *Luz del dia*,
la dicha asi por su beldad, Zoraya:
Zaida, que fuego en el mirar tenia:
la *espejo* de constantes Almeraya:
Zelinda, la orgullosa alpujareña:
Borina, préz de la murciana playa:
Zora, la voluptuosa malagueña:
Zobeika, la rival de Sarracina:
Lindaraja, la ardiente Zahareña,
y cuantas tuvo, de beldad divina,
prodigios humanados, nobles Moras
la conquistada corte Granadina.
Hallarás en mi libro encantadoras
leyendas, orientales fantasías,
que mas dulces tal vez te harán las horas;
en rimas pobres, pues al fin son mias,
pero halagüeñas para aquel que aprecia
la Hispana gloria, y los pasados dias.
No encontrarás los númenes de Grecia
invocados en él: Génios distintos
asisten á mis héroes en su recia
caballeresca lid. Bajo sus plintos
los templos de la Cruz no dan ya paso
á Venus ni á Pluton: ni en los recintos

de la Alhambra jamás trotó el Pegaso;
que el rayo vivo de la *Fé* Cristiana
cegó á las Musas y quemó el Parnaso.
Hallarás en mi libro, á la Africana
usanza, algo escesiva galanura,
pues fiel la lira con la accion se hermana,
y el tono de la accion seguir procura.
Mas no el Poema juzgues de la vaga
Leyenda de AL-HAMAR por la lectura
Su narracion fantástica divaga
enfática y difusa á cada punto
por su argumento celestial, que halaga
tal vez, mas tal vez cansa. Su conjunto
ni en forma, ni en estilo dá en efecto
de mi Poema idea, aunque su asunto
tan unido está á él, que és su prospecto
é introduccion: sin la Leyenda, oscura
su accion fuera, y el tono harto imperfecto
aunque logre acabarle con ventura.
Tal és mi obra, y con lo dicho basta
para fijar tu juicio en su lectura.
En cuanto al vulgo (que su tiempo gasta
en murmurar) y á esa de doctores
de café, literaria imberbe casta
que soltó antes de ayer los andadores,
y hoy reforma las artes y las ciencias,
si la anatematiza no te azores.
Si las Aristotélicas sentencias
vió, fué solo por fuera en un estante:
y juzga de los vicios, ó escelencias

de Homero y Mílton, de Virgilio y Dante
por la obra, que su autor llamó sin duda
por sus errores, *el Judío errante.*
¡Oh *siglo* de las luces! harto ruda
es para tí mi fé, mas cara á cara
te dirá siempre la verdad desnuda.
A Dios, buen Rafael. Mucho me holgara
de que este mi Poema en la presencia
del mundo con honor se presentara:
pero ni alcanza más mi inteligencia,
ni el hombre en este mundo está obligado
mas que á cumplir leal con su conciencia.
Siempre he creido que deber sagrado
és de el poeta consagrar su lira
á la patria y al Dios que el sér le han dado.
Si alguien te dice que á la mia inspira
hoy otro instinto de interés mundano,
dile sin mas rodeos que és mentira,
ó calla con desprecio soberano.
Guarda por prenda de amistad sencilla
estas letras, escritas de mi mano:
no me olvides, y á Dios. *José Zorrilla.*

LEYENDA

DE

MUHAMAD AL-HAMAR

EL NAZARITA,

REY DE GRANADA,

DIVIDIDA

en cinco libros titulados:

DE LOS SUEÑOS, DE LAS PERLAS, DE LOS ALCÁZARES, DE LOS ESPÍRITUS, Y DE LAS NIEVES.

(AÑO MCCXXXVIII DE J. C.)

INTRODUCCION.

I.

En el nombre de Aláh clemente y sumo
que dá sombra á la noche, luz al dia,
voz á las aves y á las yerbas zumo:
cuya suprema voluntad podria
tornar de un soplo el universo en humo,
y que atesora en mí su poesía,
escrita os doy para su eterna gloria
del príncipe Al-hamar la régia historia.

II.

Bálsamo que disipa la amargura,
luz del pesar sombrío ahuyentadora,
es su sabrosa y celestial lectura
risueña como fuente saltadora,
grata como del campo la verdura,
bella como la grana de la aurora,
tierna cual de la tórtola las quejas,
dulce como el panal de las abejas.

III.

Destila de sus versos ambrosía
su dulce narracion maravillosa,
exhala su fecunda poesía
grato como la esencia de la rosa
mágico son de incógnita armonía;
y cual lluvia de abril que lenta posa
sus gotas en la flor, vierte en el alma
su amena relacion plácida calma.

IV.

Encierran sus conceptos peregrinos
misteriosa virtud y fuerza varia:
aplacan el rigor de los destinos
elevados á Aláh como plegaria:
regalan á quien lee sueños divinos
leidos en la alcoba solitaria,
cuya influencia y compañía amiga
calman del cuerpo la mortal fatiga.

V.

No hay ser bajo el imperio de la luna
que su leccion sagrada no comprenda,
ni Aláh produjo criatura alguna
que no sienta placer con su leyenda.
El pez á quien abriga la laguna,
el ave que del arbol hace tienda,
la fiera que entre rocas se sepulta,
el reptil que en los céspedes se oculta:

VI.

y en su colmena el zumbador insecto,
y en su corteza el roedor gusano,
y el arbol recio en su vigor perfecto,
y el aire inquieto en su vagar liviano,
y el sordo incendio en su humear infecto
y en su ciego furor el occeáno
prestan oido respetuoso y grato
al armónico són de su relato.

VII.

Esculpido en las hojas de sus flores
se guarda en el Edém por altos fines,
y los justos en él habitadores,
los ángeles que velan sus confines,
las hurís que alimentan sus amores
y los génios que pueblan sus jardines
gozan en descifrar sus caractéres
en la paz de sus místicos placeres.

VIII.

Tal es la historia peregrina y bella
que os doy en estas hojas estendida,
para que el pasto y el deleite de ella
os alivien las penas de la vida:
pues la luz que en sus páginas destella
despierta el alma á la virtud dormida,
y eleva el corazon y el pensamiento
á la pura region del firmamento.

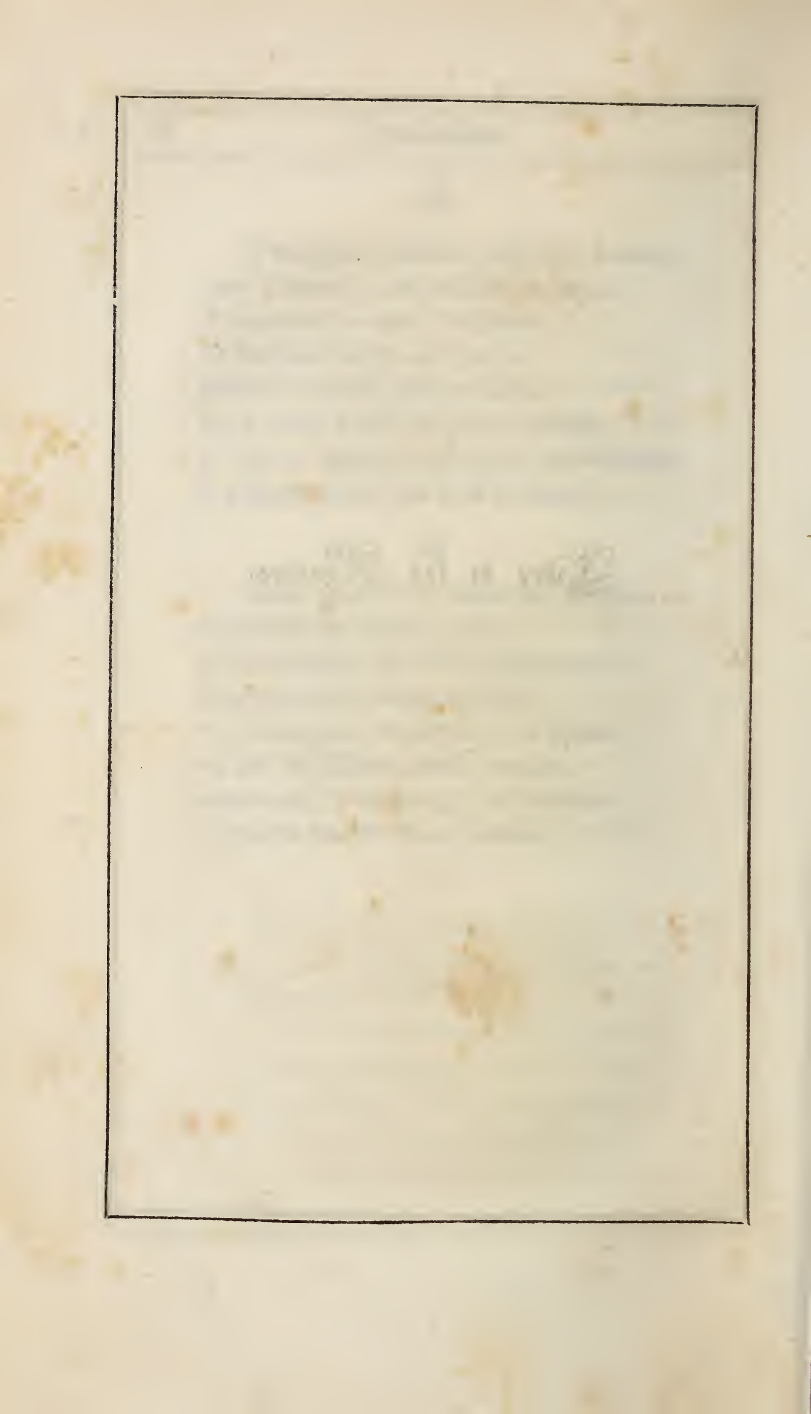
IX.

Y aunque en idioma terrenal y humano
para la humana comprension la escribo
de espíritu mas alto y soberano
su luminosa inspiracion recibo.
Guia mi corazon, guia mi mano
ser á quien dentro de mi ser percibo,
y el génio ardiente que en mi pecho babita
la palabra me dá que os doy escrita.

X.

Leedla pues. Y el ámbar que perfuma
del Paraiso la mansion divina,
y el resplandor que de la Esencia suma
derramado los mundos ilumina,
y el rumor que levantan con su pluma
las alas de Gabriel cuando camina,
embalsame, y alumbre, y dé contento
á cuantos lean el divino cuento.

Libro de los Sueños.



Le galib ilê Aláh (1).

XI.

Nació Al-hamar y sonrió el destino
contemplándole amigo: la fortuna
fijando un punto su inconstancia vino
amorosa á mecer su blanda cuna:
y el curso de su carro diamantino
parando en el cenit la casta luna
tendió desde él con maternal cariño
tierna mirada sobre el régio niño.

XII.

Del angel que custodia su persona
bajo las alas de perfume llenas
dió sus primeros pasos en Arjona
sobre el tapiz fragante de azucenas
que dan al pueblo natural corona
sus vegas en redór ciñendo amenas:
y sin dolencia corporal alguna
llegó á la juventud desde la cuna.

XIII.

Animo noble y continente bello
porque inspirara afecto y simpatía,
dióle el Señor. Espléndido destello
puso en sus ojos de la luz del dia.
La gracia del de el cisne dió á su cuello,
dió á su voz de las auras la armonía,
dió á su talle lo esbelto de la palma,
y el temple de los génios á su alma.

XIV.

Dió el carmin de la aurora y de la nieve
la limpieza á su tez. Dió á su cintura
la grave magestad con que se mueve
el leon, y del corzo la soltura:
del sabio á su palabra dió lo breve:
la paz del niño á su sonrisa pura,
y al corazon sin miedo y sin codicia
la fé, la lealtad y la justicia.

XV.

Diestro en la lid, en el consejo sabio,
seguro en la virtud, fuerte en la ciencia,
modesto en la victoria, en el agravio
perdonador y sóbrio en la opulencia:
en la mano la dádiva, en el labio
el consuelo y la paz, de la violencia
castigador, y hermoso en la persona,
nació digno Al-hamar de la corona (2).

XVI.

Chispa encendida de la fé en la hoguera
su estrella fué. Su celestial influjo
en el herial de la vital carrera
por luminosa senda le condujo.
La ventura tras él fué por do quiera,
su presencia do quier el bien produjo;
amigos y enemigos le admiraron,
y la historia y el tiempo le afamaron.

XVII.

Luchas civiles de la gente mora
le llamaron urgentes á la guerra;
y lidió con honor desde la aurora
hasta que en sombra se sumió la tierra.
Llevó al fin su bandera vencedora
de el verde valle á la nevada sierra,
y de un dia de abril en la alborada
aclamado por rey entró en Granada.

XVIII.

Pequeña poblacion recien tendida
en el seno amenísimo de un valle
por donde Darro en sonorosa huida
abre á sus hondas perfumada calle
era entonces Granada, y parecida
á africana gentil de suelto talle,
que fatigada en calurosa siesta
á la sombra durmióse en la floresta.

XIX.

Y cuando digo poblacion pequeña
á la de hoy la imagino comparada,
pues no era entonces cual despues fué dueña
de dilatados términos Granada.
Bella ciudad de situacion risueña
y de bizarros Arabes poblada,
era ciudad no grande, no opulenta,
mas ya por su valor tenida en cuenta.

XX.

A una orilla del Darro que mojaba
de sus labradas puertas los umbrales,
(por bajo de la *cádima alcazaba* (3)
ceñida de murallas colosales)
un barrio se estendia que habitaba
raza de los egipcios arenales
oriunda: gente audaz, de miedo agena,
de negros ojos y de téz morena.

XXI.

Tribu como nacida en el desierto
en sus gustos voluble y pareceres,
de este jardin á su escasez abierto
doblemente apegada á los placeres.
Sus blancas azoteas eran huerto
cuidado con afan por sus mugeres,
y sombreaban sus altos miradores
toldos fragantes de enredadas flores.

XXII.

Gozaban de sabrosos alimentos,
ócio oriental y cómodo vestido;
cercaban sus alegres aposentos
blandos cojines de sutíl tejido:
revestia sus limpios pavimentos
marmol de Macael blanco y pulido,
los muros preciosísimo estucado
y el friso trabajoso alicatado (4).

XXIII.

Sostenian los ricos arquitraves
de sus claros moriscos corredores,
columnas ligerísimas. Sus naves
adornaban arábigas labores,
sutiles cual la pluma de las aves,
tan brillantes como ella en sus colores;
frutales desde el huerto á las ventanas
alargando limones y manzanas.

XXIV.

Sus patios, que en albercas espaciosas
reciben unas aguas cristalinas
al cuerpo gratas y al beber sabrosas,
pilas eran de baño alabastrinas
sembrado el borde de arrayan y rosas,
donde las bellas moras granadinas
el seco ardor de la mitad del año
ahuyentaban de sí con fresco baño.

XXV.

Y en las serenas noches del estío,
á la luz misteriosa de la luna,
al son del agua del plateado rio,
y al compás de una cántiga moruna
(dulce recuerdo del pais natío
que no se olvida en la mejor fortuna)
sentábanse á danzar en la ribera
la alegre *Zambra,* y la *Jeiz* ligera.

XXVI.

Tal fué la tribu y las mansiones tales
que á una margen del Darro se estendian
mirándose en sus líquidos cristales
á cuyo son los dueños se adormian:
y tan gratas sus casas orientales
eran, tal el contento en que vivian,
que con justicia los que en él moraron
el *barrio del deleite* (5) le llamaron.

XXVII.

La otra ribera del sonante rio
era una verde y desigual colina
cuya enramada falda daba umbrío
y ancho tapiz al agua cristalina,
y cuyo lomo seco en el estío
fundamento á una torre casi en ruina,
que sirviendo á dos términos de raya
era alminar á un tiempo y atalaya.

XXVIII.

Domínase en la cumbre de esta altura
la estension de la vega granadina,
rica alfombra de flores y verdura
que tendió ante sus plantas la divina
mano de Aláh: tesoro de frescura,
manantial de salud, y peregrina
mansion de toda dicha, cuyas suaves
áuras encantan con su voz las aves.

XXIX.

Ven desde allí los ojos embebidos
cien alegres y blancos lugarejos,
que de palomas asemejan nidos
entre las verdes huertas á lo lejos;
y montes cien, que por el sol heridos
descomponen su luz con mil reflejos
que lanza el agua y el metal que encierra
pródiga madre su fecunda tierra.

XXX.

Allí anidan al par todas las aves
y se abren á la par todas las flores:
con la rápida alondra águilas graves,
con la murta el clavel de cien colores;
se respiran allí cuantos las naves
de oriente traen balsámicos olores,
y allí da el cielo deliciosas frutas,
y encierran minas las silvestres grutas.

XXXI.

Allí, bajo aquel cielo transparente
donde vieron su Edén los africanos
hállase aún en ideal viviente
la muger de contornos sobrehumanos,
de ojos de luz y corazon ardiente,
de enano pié y anacaradas manos
cuya generacion guardarán solas
las árabes provincias españolas.

XXXII.

Moran allí esas célicas huríes
que pintan las muslímicas leyendas
reclinadas en frescos alhamíes (6)
sobre lechos de azahar bajo albas tiendas;
cuyos labios de rosas y alhelíes
guardan, de ardiente amor sabrosas prendas,
palabras, que embelesan los oidos,
y besos, que adormecen los sentidos.

XXXIII.

Aquellas celestiales hermosuras
que coloca el Korán en su divina
fantástica mansion de las venturas,
cuya mirada el iris ilumina,
cuyo aliento desparce esencias puras,
cuyo seno y espalda alabastrina
sin ocultar sus mágicos hechizos
negros circundan y flotantes rizos.

XXXIV.

Vénse de el cerro aquel gigantes cimas
que eternas cubren seculares nieves,
donde por grietas mil sus hondas simas
rios destilan en arroyos breves:
y alli, cosechas para dar opímas,
refréscanse al pasar las áuras leves,
que bajan luego á fecundar la vega
de las fuentes al par con que se riega.

XXXV.

Vése tambien por el siniestro lado
el valle de Genil, cuyos raudales
bañan la verde amenidad de un prado
cubierto de avellanos y nopales.
Gózase alli de un aire perfumado
con el subido olor de los frutales,
del cantueso, tomillo y mejorana
que el áura mueve al revolar liviana.

XXXVI.

Y entre este barrio de delicias lleno
y esta florida y desigual colina
se estiende el valle cuyo fértil seno
fecunda el Darro que por él camina:
y es el lugar mas grato y mas ameno,
la situacion mas bella y peregrina
de cuantas rio fertiliza y baña
en la estension de nuestra rica España.

XXXVII.

Aqui, pues, á la margen de este rio,
en la aromada falda de esta altura,
en una noche límpida de estío,
y al son del agua que á sus pies murmura,
arrobado en estraño desvarío
la alameda cruzaba á la ventura
Al-hamar, que en paseo misterioso
olvidaba las horas del reposo.

XXXVIII.

Único ser con movimiento y vida
en la nocturna soledad errando
sin que la tierra por su pié oprimida
crujir se oyera con el césped blando
de que la tierra inculta está mullida,
algun insomne le juzgó temblando
alma que torna á visitar la huesa
del cuerpo en cuya cárcel vivió presa.

XXXIX.

Flotaba suelto el alquicel nevado,
blanqueaba del turbante el albo lino,
y relucia en piedras engastado
el puño del alfange damasquino:
y este blanquear y relucir callado
á intervalos oculto del camino
entre los troncos que al pasar cruzaba
fáz de vision á su persona daba.

XL.

Y tal avanza silenciosa y lenta
del solitario valle en la espesura,
y al verla calla el ruiseñor que cuenta
sus amores al áura; y á la hondura
del rio se desliza soñolienta
la culebra enroscada en la verdura,
y el vuelo tiende á la contraria orilla
espantada la tímida abubilla.

XLI.

En tanto, el noble príncipe sumido
en el mar de sus propios pensamientos
ni atiende al ave que ahuyentó del nido,
ni al reptil que saltó, ni á los acentos
que el ruiseñor ahogó, y embebecido
continúa avanzando á pasos lentos
hasta perderse en la arboleda oscura
que se espesa del valle en la angostura.

XLII.

Formaba esta recóndita arboleda
un estendido bosque de avellanos
guardador de una espesa moraleda
donde sus utilísimos gusanos
daban por fruto delicada seda,
que labrada despues por diestras manos
iba en preciosas telas y tejidos
á todos los mercados conocidos.

XLIII.

Brotaba una sonora fuentecilla
en medio de esta fértil enramada
que vertia el cristal por doble orilla
de tilos arómaticos orlada.
Hallábase en redor con maravilla
de los ojos la tierra cultivada
y (obra admirable de cuidosas manos)
hechos jardin los céspedes villanos.

XLIV.

Corria alli suavísimo el ambiente
cargado de la esencia de mil flores,
y al respirarle huían de la mente
los pensamientos tristes, sinsabores
y duelos ahuyentando; y la corriente
del manantial remedio á los dolores
era del cuerpo débil, cuyos males
cedian al beber de sus raudales.

XLV.

Lugar divino en la region humana
colocado era aquel; retiro augusto
de algun génio de estirpe soberana
que el sacro Edén abandonó por gusto.
Destierro acaso de una hurí que vana
apreció su beldad mas que fué justo:
cita acaso de un Silfo en sus amores,
lecho tal vez del Angel de las flores.

XLVI.

Alli á Al-hamar inspiracion secreta
á hallar condujo solitario asilo,
y alli al mirarse en soledad completa
erguió la frente y respiró tranquilo,
y á la sombra y al son que esparce inquieta
la estensa copa de oloroso tilo,
sentóse alzando la real mirada
al cielo azul de su gentil Granada.

XLVII.

Y alli á sus hondos sentimientos dando
pábulo y campo en la mansion del pecho
con la influencia del lugar hallando
á ellos el corazon menos estrecho,
poco á poco la espalda reclinando
fué de la yerba en el mullido lecho,
y poco á poco deleitosa calma
le aquietó el corazon, le arrobó el alma.

XLVIII.

El canto de las aves anidadas
en el ramaje fresco, el campesino
aroma de las hojas oreadas
con manso són por el errante y fino
aliento de las brisas perfumadas,
y el suave arrullo del raudal vecino
daban al sitio en que Al-hamar yacía
célica paz y mágica armonía.

XLIX.

Ansiaba el rey grandeza venidera,
gloria, poder, celebridad futura;
ansiaba que su corte la primera
fuese en valor, en lustre y en cultura:
ansiaba darla fama duradera
con prodigios de rica arquitectura;
y vía al par escaso su tesoro
para hacer realidad sus sueños de oro.

L.

Gozaba su exaltada fantasía
con la bella ilusion de sus intentos:
sus soberbios alcázares veía
llenar la tierra y dominar los vientos:
admiraba la gala y simetría
que daba á sus labrados aposentos,
y en sus doradas letras africanas
leía ya las suras musulmanas.

LI.

Pensaba en las mil torres de los muros
que á su noble ciudad dieran confines,
fuerza real y límites seguros:
pensaba en la estension de sus jardines,
asilos del deleite; y en los puros
baños; y en los ocultos camarines
del voluptuoso Harém de las mugeres
santuario del amor y los placeres.

LII.

Y embebecido en pensamientos tales,
y embriagado tal vez con la esperanza
de hacer un dia sus proyectos reales
si la fortuna amiga en la balanza
su ambicion y poder ponia iguales,
guiando el porvenir siempre en bonanza,
no percibió el dulcísimo beleño
que iba en sus miembros derramando el sueño.

LIII.

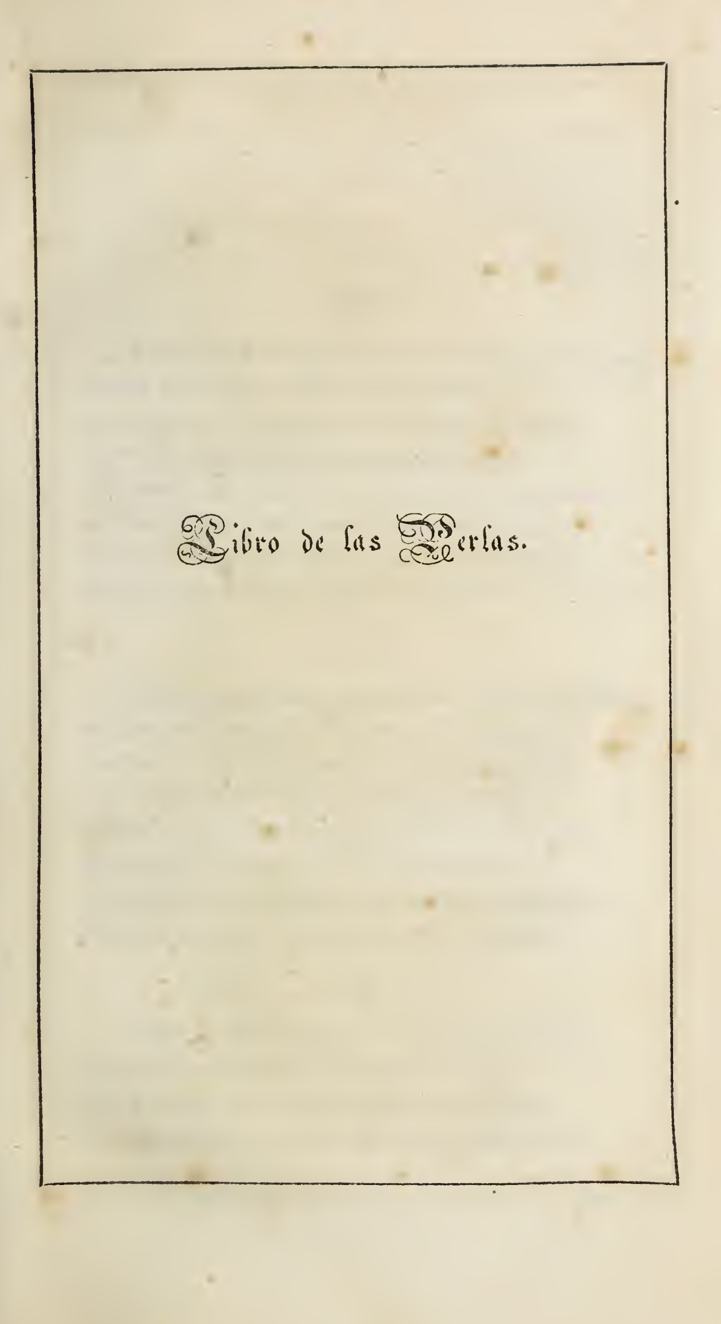
Poco á poco sus párpados cedieron
á lenta pesadez, y sus pupilas
la claridad y la vision perdieron;
de los árboles mil las verdes filas
de las aves y fuentes se le fueron
borrando las imágenes tranquilas:
y su imaginacion quedando en calma
de la vigilia al sueño pasó el alma.

LIV.

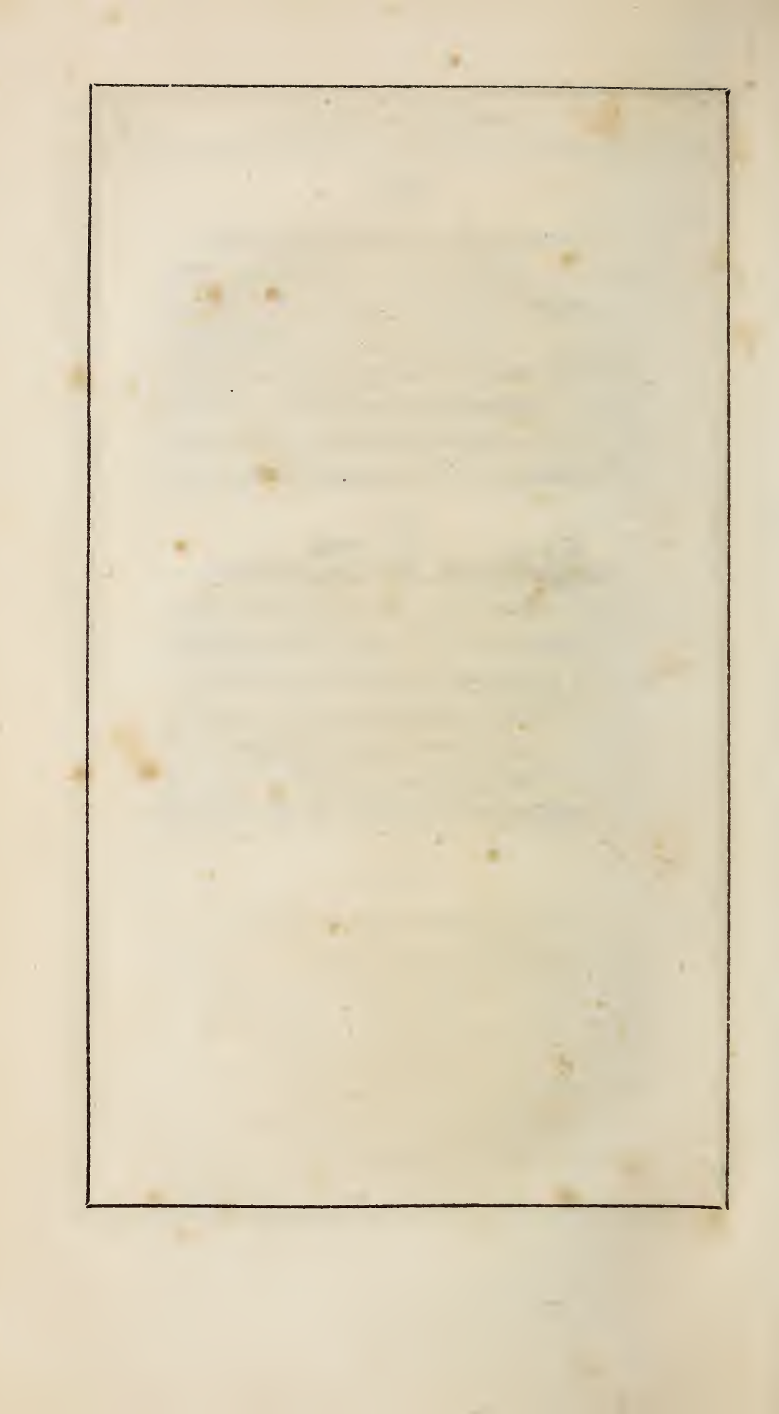
Dos veces intentó los ojos vagos
echar en rededor y á los sonidos
atender, para alzarse haciendo amagos;
pero cedieron otra vez rendidos
sus párpados y miembros: anchos lagos
de sombra cada vez mas estendidos
envolvieron su inquieta fantasía,
y un instante despues... el rey dormia.

LV.

En calma universal, en paz completa
quedó el frondoso valle, y la vecina
corriente del arroyo y la áura inquieta
le arrullaron con suave y campesina
música.—Y en tal cláusula el poeta
interrumpe su historia peregrina,
de agua y aire los sones halagüeños
poniendo fin al LIBRO DE LOS SUEÑOS.



Libro de las Perlas.



I.

En el sagrado nombre del que en el orbe impera
oculto del espacio trás la cortina azúl,
que arregla de los astros la incógnita carrera,
Señor de las tinieblas, origen de la luz,
del LIBRO DE LAS PERLAS comienzo la escritura
en verso claro y fácil á comprension comun.
Leed; ¡y plegue al cielo que os sea su lectura
raudal de fé sincera, venero de salud!

II.

¡Oh genios invisibles, que errais en las tinieblas (1)
en grupos impalpables, sobre alas sin color!
vosotros, leves hijos del aire y de las nieblas,
que amigos de la sombra aborreceis al sol;
vosotros, cuya ciencia comprende los mil ruidos
que pueblan el espacio con misterioso són,
y comprendeis los cantos, murmullos y gemidos
con que susurra el árbol y canta el ruiseñor:

III.

vosotros, que asaltando con silencioso vuelo
los áureos miradores del desvelado rey,
llenais de miedos vagos sus horas de desvelo
con los siniestros ruidos que á su cristal haceis;

vosotros, que á la reja del camarin estrecho
do la cautiva sueña con su perdido bien
con vuestro aliento puro enviais hasta su lecho
mil bellas ilusiones de amor y de placer:

IV.

vosotros, favoritos del genio y la armonía,
que á par de las abejas saltais de flor en flor,
la gota estremeciendo titiladora y fria
con que el rocío baña su virginal boton:
de vuestra poesía verted en mí el tesoro,
lo armónico prestadme de vuestra vaga voz,
porque mi mano pueda sacar del arpa de oro
las cláusulas que dignas de mi relato son.

V.

Cercadme, sostenedme con vuestro influjo santo
en la divina empresa que audaz acometí.
¡Oh génios de la noche! divinizad mi canto,
y EL LIBRO DE LAS PERLAS guiad hasta su fin.

VI.

Guiad en él mi pluma,
iluminad mi mente,
y á la belleza suma
de asunto tan gentil,
haced que el pensamiento
se eleve noblemente,
y llegue al firmamento
mi acento varonil.

VII.

Yo trazo aqui el relato
de tan divina historia,
yo pinto aqui el retrato
de tan divino sér,
que la palabra humana,
ni la mortal memoria
querrán con ánsia vana
contar y comprender.

VIII.

Mi historia es tanto bella
cuanto la lumbre vaga
de solitaria estrella
en recio temporal:
cual la cancion doliente
que caprichosa maga
murmura de una fuente
bajo el fugaz cristal.

IX.

No hay lengua que la cuente
ni mano que la trace;
el cuadro en vuestra mente
fingid mas ideal,
el tono que á vuestra alma
mas predilecto place
dadle, y la luz, la calma
que falta al mundo real.

X.

Encima figuraos
de secular colina
cuando el nocturno caos
platéa el resplandor
de la modesta luna,
que amante sin fortuna
eterna peregrina
del sol trás el amor.

XI.

Fingíos una estensa
riquísima llanura
cubierta de verdura,
y de caprichos mil
llenadla; figuráosla
en la estacion viciosa
que abrir hace á la rosa
su pétalo gentil.

XII.

El céfiro de aromas
cargado nos oréa
la fáz: brotan las lomas
con juvenil vigor
mil yerbas con que el viento
inquieto juguetéa
con manso movimiento
y lánguido rumor.

XIII.

Fingíos una vega,
que parte en cien pedazos
de un rio que la riega
el líquido cristal,
que caprichoso estiende
los transparentes brazos
do quier que el cáuce tiende
su lecho desigual.

XIV.

Fingíos esta vega,
cuya cubierta verde
al horizonte llega
y en su estension se pierde,
poblada de castillos,
y caprichosas ruinas,
de alegres lugarcillos,
de chozas campesinas;

XV.

de huertos pintorescos,
de arroyos cristalinos,
de bosquecillos frescos,
de móviles molinos,
de blancos palomares,
rebaños, y yeguadas,
bodegas, colmenares,
establos y toradas:

XVI.

fingid que en ella alcanza
la vista por do quiera
la campesina danza
á que en tranquila holganza
y en amistad sincera
trás del trabajo ociosa
se entrega bulliciosa
la alegre multitud:

XVII.

fingid este relato
oido al són sencillo
(mas cual ninguno grato)
del tosco caramillo,
y al trémulo y quejoso
balar del cabritillo,
y al canto trabajoso
del soterrado grillo:

XVIII.

fingíos que lejana
del monasterio antiguo
doblando la campana
con su clamor despierta
al perro, que está alerta
en el redil contiguo,
y en demostrar se afana
ladrando su inquietud:

XIX.

y atento el ojo tiende
al campanario viejo
de donde el són se estiende;
y vé el móvil reflejo
del esquilon, que gira,
y el resplandor le admira
del bronce que repele
los rayos de la luz:

XX.

fingíos este suelo
tan bello, coronado
con un hermoso cielo
de transparente azúl
en cuyo fondo puro,
quebrando el horizonte,
sobre el perfil oscuro
del apartado monte,
por cima del convento
mansion de la virtud,
pomposas, salutíferas, inmarcesibles ramas
del árbol sacrosanto de la eternal salud
destácanse en el campo del limpio firmamento
los dos abiertos brazos de la cristiana cruz.

XXI.

¿Teneis en la memoria
tan mágica pintura?
¿mirais esta llanura
tan bella cual mi pluma pintárosla intentó?
Pues es mas halagüeña,
mas plácida y risueña
la celestial historia
que en este libro frágil os voy á contar yo.

XXII.

EL LIBRO DE LAS PERLAS
encierra en sus concetos
la historia y los secretos
de un Ángel favorito de su inmortal Señor.
Venid á recogerlas,
que el Dios, que el Paraiso
por cuna darle quiso,
dió á par á sus palabras de perlas el valor.

XXIII.

De perlas elegidas
en las de mas pureza,
mas precio y mas belleza:
las *perlas de la gracia*, las *perlas de la Fé*.
Las perlas, que vertidas
por su divina mano
harán del sér humano
que recogerlas sepa un ángel como él fué.

XXIV.

Todo en silencio duerme
en la arboleda umbrosa
donde Al-hamar reposa.
En calma universal
yacer parece inerme
naturaleza entera,
cual si á sopor cediera
de atmósfera letal.

XXV.

La cuádriga argentina
del carro de la luna
su curso al mar declina;
y de su carro en pós
sombría, taciturna
su negro velo tiende
la lobreguéz nocturna
ante la luz de Dios.

XXVI.

La escasa y vacilante
que rádian las estrellas
dá apenas espirante
su postrimer fulgor,
reflejo moribundo,
que cuando espire en ellas
hará del ciego mundo
un bulto sin color.

XXVII.

Ya lo es. Do quier se carga
de espesa sombra, y queda
sumida la arboleda
en densa oscuridad.
Indefinible encanto
do quier la vida embarga;
exhala pavor santo
la muda soledad.

XXVIII.

Y hé aqui, que este punto
del fondo de la fuente,
que arrulla mansamente
el sueño de Al-hamar,
la fáz resplandeciente
de un Génio, que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó á elevar.

XXIX.

Tocó en el ház del agua
su cabellera blonda;
quebró la frágil onda
su frente virginal;
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y á unirse volvió en gotas
al limpio manantial.

XXX.

Como vapor ligero
del lago se levanta;
cual de aromosa planta
exhálase el olor;
cual del albor primero
del dia que amanece
fantástico aparece
el vago resplandor:

XXXI.

del agua cristalina
asi elevó serena
su aparicion divina
el Génio celestial,
cuyo contorno aéreo
rodea alba aureola
que el valle tornasola
con luz matutinal.

XXXII.

Al fuego repentino
que en torno á sí derrama
soltó su alegre trino
despierto el ruiseñor:
su voz de rama en rama
las áuras estendieron,
y en cánticos rompieron
mil aves en redor.

XXXIII.

Dió un paso en la pradera,
y al agitar el viento
su rica cabellera,
el aire se aromó.
Dejó escapar su aliento,
y cuanto alli vivia
su aliento de ambrosía
con ánsia respiró.

XXXIV.

Y entonces la callada
blanca vision llegando
donde por sueño blando
vencido está Al-hamar,
los céspedes por lecho,
la mano perfumada
le puso sobre el pecho,
y asi le empezó á hablar:

XXXV.

«Ilustre y venturoso
caudillo Nazarita (2),
tu místico reposo
bendice al despertar.
Tu espíritu, que lucha
con mi vision, se agita
medroso en vano: escucha
mi voz, rey Al-hamar.

XXXVI.

»Mi voz es la armonía
cuando habla á un sér amigo
de Dios, y es lo que digo
mas dulce que la miel:
mi origen es el cielo,
mi edad es la del dia,
mi esencia es el consuelo,
mi nombre es Azäel.

XXXVII.

»Yo soy un ángel, y era
el ángel mas perfecto,
el sér mas predilecto
del sábio Criador.
Moraba yo en la esfera
mas alta y mas vecina
á la mansion divina
de mi inmortal Señor.

XXXVIII.

»Un dia... ¡dia aciago!
cruzóme fugitivo
la mente loca un vago
delirio criminal.
Pensé, mirando altivo
mi esencia, y mi hermosura,
que no era criatura
á las demas igual.

XXXIX.

»Imaginé que origen
mas puro y soberano
me pudo dar la mano
del Hacedor tal vez.
Mas, ¡ay! los que su mente
por su altivez dirigen
verán cuán torpemente
soñó su insensatez.

XL.

»Apenas un momento
tan orgullosa idea
brotó en mi pensamiento
y en él lugar la dí,
tiniebla inesperada
cegó mi mente réa,
y ante la faz airada
de el Criador me ví.

XLI.

»Desnudo ante la vista
del Dios que le llamaba
como arrancada arista
mi sér se estremeció;
la luz de su presencia
mi nada iluminaba.
Juzgóme, y su sentencia
asi me fulminó.

XLII.

«Tres siglos es preciso
»que llores por tu yerro:
»sal pues del Paraiso:
»el globo terrenal
»te doy para destierro:
»tus nobles atributos
»te dejo: nobles frutos
»dé tu álito inmortal.

XLIII.

»Produzcan de tus lágrimas
»en el lugar que mores
»el gérmen de las flores
»y el manantial del bien.
»Sé allí su luz vivífica,
»sé tú su astro benigno,
»y vuelve al cielo digno
»del celestial Edén.»

XLIV.

»Dijo: y tendí mi vuelo
llorando hácia la tierra:
caí sobre este suelo,
y en este manantial
do tengo mi retiro
mi espíritu se encierra.
Yo soy el que suspiro
de noche en su raudal.

XLV.

»Yo soy el que velando
en esta margen bella
pródigo vierto en ella
la vida y la salud.
Tú en ella sin respiro
me vienes estrechando,
y yo la fé te inspiro,
la ciencia y la virtud.

XLVI.

»Tú luchas por la gloria
de tu faláz crëencia,
y espléndida existencia
preparas á tu grey:
y yo que sé tu historia,
tu origen y tu sino,
arreglo tu destino
por misteriosa ley.

XLVII.

»Sí, tú eres una espada
que blande agena mano,
tú á impulso soberano
obedeciendo vás.
Tú siembras la simiente
que encuentras apilada,
mas siembras diligente
para quien vá detrás.

XLVIII.

»De aqui me desalojas
cuando estos sitios pueblas,
de aqui conmigo arrojas
la gracia y el pudor;
mas yo ví en las tinieblas
resplandecer tus ojos,
te conocí, y de hinojos
dí gracias al Señor.

XLIX.

»Su vista rutilante,
que el universo abarca,
posada en tu semblante
desde tu cuna está;
y el dedo omnipotente
sobre tu noble frente
grabó la régia marca,
que á conocer te dá.

L.

»Naciste favorito
del génio y de la gloria;
tu nombre és la victoria,
tu voluntad ley és.
Tu tiempo és infinito,
tus huellas indelebles,
los montes son endebles
debajo de tus piés.

LI.

»¿Tú anhelas un tesoro?
mis lágrimas son perlas,
el Darro te trae oro,
plata te dá el Genil (3);
cien minas en tu suelo
posées: despierta á verlas,
y haz de este valle un cielo
para tu grey gentil.

LII.

»Encumbra este hemisferio
con el poder de oriente...
Yo en él haré á otra gente
plantar su pabellon.
Yo te daré un imperio,
mas tú para pagarme
tendrás al fin que darme
tu fé y tu corazon.

LIII.

»A Dios ¡oh Nazarita!
mi aparicion recuerda
cuando el pesar te muerda
con aguijon de hiel:
no olvides en tu cuita
que abrió sobre este suelo
la fuente del consuelo
el ángel Azäel.»

LIV.

Tal dijo: y el divino
Sér misterioso alzando
la mano que posando
tenia en Al-hamar,
al fondo cristalino
volvióse de la fuente,
que su cristal bullente
sobre él volvió á cerrar.

LV.

El ámbar, que exhalaba
su aliento de ambrosía,
la luz, que derramaba
su forma, la armonía
de que su voz llenaba
la selva, y el encanto
con que su influjo santo
divinizó el vergel,

LVI.

como neblina leve
que desvanece el áura
al punto que se mueve,
se disipó con él:
dudar pudiendo en suma
la mente deslumbrada
si fué vision soñada
el ángel Azäel.

LVII.

Tornó á la antigua calma
y soledad primera
el bosque y la pradera:
y el príncipe Al-hamar,
sintiendo libre el alma
del fatigoso ensueño,
de su tenáz beleño
se comenzó á librar.

LVIII.

Su mente oscurecida
se iluminó: la historia
del sueño en su memoria
se comenzó á aclarar;
y al fin el cuerpo suelto
de su sopor, y vuelto
á la razon y vida,
se despertó Al-hamar.

LIX.

La vista echando en torno
del sitio solitario,
reconoció el contorno,
mas como al ángel nó,
sonrisa de desdeño
mostrando el juicio vario
que forma de su sueño,
en la ciudad pensó.

LX.

Pensó que de ella ausente
pasó la noche entera:
pensó en su inquieta gente
y se aprestó á partir,
mirando trás el monte
rayar la luz primera
del sol, que al horizonte
comienza ya á subir.

LXI.

Compuso en la cintura
la faja tunecina;
la suelta capellina
sobre la espalda echó,
y el áura respirando
del bosque, y la frescura
del alba, el césped blando
con leve planta holló.

LXII.

Dió un paso en la pradera,
y alzando repentina
la brisa matutina
su vuelo en el vergel
como una miés ligera
dobló el ramage umbrío,
y sacudió el rocío
depositado en él.

LXIII.

Surcaron desprendidas
sus gotas el ambiente,
cual lluvia transparente,
espesa, universal.
El aire deshacerlas
no pudo, y esparcidas
quedaron como perlas
sobre la yerba igual.

LXIV.

Ráfaga empero errante
la brisa fué: su impulso,
durando un solo instante,
sin fuerzas espiró.
Herguióse la arboleda
con rápido repulso,
y todo al punto á leda
tranquilidad volvió.

LXV.

Vertió desde la cumbre
del monte al hora misma
al sol su nueva lumbre:
deshizo su arrebol
la atmósfera en su prisma
de múltiples colores,
y abriéronse las flores
á recibir el sol.

LXVI.

Debajo de la tienda
de sus plegadas hojas,
las clavellinas rojas,
los rojos alelís
mostráronle con franca
fé su diaria ofrenda
en otra perla blanca
cercada de rubís.

LXVII.

Detuvo la indecisa
planta Al-hamar: su labio
bañó dulce sonrisa
su sueño al recordar;
é incrédulo, si sabio,
juzgándolo quimera,
tornó por la ladera
el paso á enderezar.

LXVIII.

Y por mostrar desprecio
de sueños infundados,
los céspedes mojados
pisaba sin temor
con indignado y recio
paso truncando altivo
el tallo inofensivo
de una y otra flor.

LXIX.

Mas pronto perturbado
su corazon de nuevo
latió desconcertado,
y comenzó á crëer
la aparicion soñada
del celestial mancebo
inspiracion enviada
por celestial poder.

LXX.

De cada flor que rota
derriba, vió que intacta
la desprendida gota
resbala, y sin perder
su redondez compacta,
en la mullida yerba
entera se conserva,
maciza al parecer.

LXXI.

Tendió la régia mano
á la que mas vecina
halló; ¡mas al cogerla
reconoció Al-hamar
su sino sobrehumano!
la gota cristalina
era una gruesa perla,
cual nunca las dió el mar.

LXXII.

Su limpia transparencia,
su peso, su tamaño,
su origen, tan estraño
á cuanto oido fué,
pregonan infinita
en número, inaudita
en precio la opulencia
del rey que las posée.

LXXIII.

No tiene en las ignotas
minas que avara encierra
tesoro igual la tierra
ni en piedra, ni en metal:
cada una de las gotas
del celestial rocío,
de plata vale un rio
en precio á un reino igual.

LXXIV.

¡Bendito al que tesoro
tál posëer le cabe!
¡Bendito el que le sabe
empleo digno dar!
¡Dichoso el Nazarita
Amir (4) del pueblo moro,
en quien está bendita
la estirpe de Nazár!

LXXV.

Cayó Al-hamar de hinojos,
y alzando al firmamento
las manos y los ojos
con exaltada fé,
«Señor, dijo, yo admito
un dón tan opulento,
y á dón tan infinito
corresponder sabré.»

LXXVI.

Y asi Al-hamar diciendo,
y el don agradeciendo
que liberal le envia
la mano del Señor,
las perlas recogia...
y acaba al recogerlas
EL LIBRO DE LAS PERLAS:
¡de Alá sea en loor!

Libro de los Alcázares.



I.

¡Granada! Ciudad bendita
reclinada sobre flores,
quien no ha visto tus primores
ni vió luz, ni gozó bien.
Quien ha orado en tu mezquita
y habitado tus palacios,
visitado há los espacios
encantados del Edén.

II.

Paraiso de la tierra,
cuyos mágicos jardines
con sus manos de jazmines
cultivó celeste hurí,
la salud en tí se encierra,
en tí mora la alegría,
en tus sierras nace el dia,
y arde el sol de amor por tí.

III.

Tus fructíferas colinas,
que son nidos de palomas,
embalsaman los aromas
de un florido eterno Abril:
de tus fuentes cristalinas
sulcan cisnes los raudales:
bajan águilas rëales
á bañarse en tu Genil.

IV.

Gayas aves entretienen
con sus trinos y sus quejas
el afán de las abejas
que en tus troncos labran miel;
y en tus sáuces se detienen
las cansadas golondrinas
á las playas argelinas
cuando emigran en tropel.

V.

En tí como en un espejo
se mira el Profeta santo;
la luna envidia el encanto
que hay en tu dormida fáz,
y al mirarte á su reflejo
el arcángel que la guia
un casto beso te envía
diciéndote:—«Duerme en paz.»

VI.

El albor de la mañana
se esclarece en tu sonrisa,
y en tus valles va la brisa
de la aurora á reposar.
¡Oh Granada! la sultana
del deleite y la ventura,
quien no ha visto tu hermosura
al nacer debió cegar.

VII.

¡Alá salve al Nazarita,
que derrama sus tesoros
para hacerte de los Moros
el alcázar imperial!
¡Alá salve al rey que habita
los palacios, que en tí eleva!
¡Alá salve al rey que lleva
tu destino á gloria tal!

VIII.

Las entrañas de tu sierra
se socavan noche y dia;
dan su marmol á porfia
Geb-Elvira y Macäel (1).
Ensordécese la tierra
con el són de los martillos,
y aparecen tus castillos
maravillas del cincel.

IX.

Ni un momento de reposo
se concede: palmo á palmo
como á impulso de un ensalmo
se levanta por do quier
el alcázar portentoso,
que mofándose del viento
será eterno monumento
de tu ciencia y tu poder.

X.

Reverbera su techumbre
por las noches á lo lejos
de las teas á la lumbre (2),
que iluminan sin cesar
los trabajos misteriosos,
y á sus cárdenos reflejos
ván los génios sus preciosos
aposentos á labrar.

XI.

¿De quién es ese palacio
sostenido en mil pilares,
cuyas torres y alminares
de inmortales obra son?
¿Quién habita el régio espacio
de sus cámaras abiertas?
¿Quién grabó sobre sus puertas
atrevido su blason?

XII.

¿De quién es aquella corte
de galanes Africanos
que le cruzan tan ufanos
de su noble Amir en pós?
En su alcázar y en su porte
bien se lée su nombre escrito:
Al-hamar.—¡Alá bendito!
Es la ALHAMBRA.—¡Gloriá á Dios!

Alhambra.

XIII.

¡Salud, favorita bella
del Amir mas poderoso!
¡Salud, tienda de reposo
de la gloria y el placer!
¡Vele Dios tu buena estrella,
dichosísima señora!
¿quién de tí no se enamora
si una vez te llega á ver?

XIV.

Al-hamar vertió en tu seno
de sus perlas los tesoros,
te hizo perla de los Moros,
puso reinos á tus piés.
Noble Reina, de labores
tu real manto arrastras lleno,
y cada una de sus flores
un soberbio alcázar és.

XV.

Hermosísima Africana,
rie y danza voluptuosa:
tu albo seno es una rosa
en lo fresco y lo gentil.
Regocíjate, Sultana,
rie y danza sin pesares,
que el compás de tus danzares
llevarán Darro y Genil.

XVI.

Rie y danza: ¿quién descuella
como tú en poder y gala?
¿quién compite, quién iguala
tu opulenta magestad?
Donde tú sientas la huella
ván sembrando los amores
la semilla de las flores
que perfuman tu beldad.

XVII.

¿Dónde está la altiva reina
que á la par de tí se ostente?
¿dónde está la que su frente
se corone como tú?
Son jardines tus cabellos,
que aromado el viento peina,
cuando Mayo prende en ellos
tocas de verde tisú.

XVIII.

Diadema con que se ciñe
tu Granada, son tus brillos
del color en que se tiñe
roja el alba al purpurar.
Tus diamantes son palacios
engastados en cintillos
de murallas de topacios,
que deslumbran el mirar.

XIX.

Y esas bóvedas ligeras
cual prendidos cortinages,
y esos muros como encages
delicados en labor,
de las manos hechiceras
de los génios han salido,
que en secreto ha sometido
á su dueño el Criador.

XX.

¡Régia Alhambra! ¡Áureo pebete
perfumero de Sultanas!
Tus arábigas ventanas
son las puertas de la luz.
El Oriente se somete
á tus piés como un cautivo,
y hace bien de estar altivo
de tenerte el Andaluz.

Generalife (3),

Y

Granada á vista de pájaro.

XXI.

Entre lirios mal velado
el galan Generalife
dá al ambiente enamorado
dulces besos para tí;
como Ondina, que ligera
huyendo, desde su esquife
vuelto el rostro á la ribera
se los dá á quien queda allí.

XXII.

¿Qué Sultan su alcázar tiene
de jardines enramado,
de una peña asi colgado
en mitad del aire azúl?
Con los siervos que mantiene
el de el Bósforo sonoro
no hará nunca á fuerza de oro
otro igual en Estambül.

XXIII.

Del peñon en la alta loma
semejando está que vuela
como rápida paloma
que se lanza de un ciprés:
mas si el ojo se asegura
de que inmoble está en la altura
le parece una gazela
recostada entre una miés.

XXIV.

Sus calados peristilos,
sus dorados camarines,
sus balsámicos jardines
de salubre aire vital,
de los Silfos son asilos,
que meciéndose en sus flores
cantan libres sus amores
en su lengua celestial.

XXV.

Y en las noches azuladas
del verano, oculta cita
trae amantes á las Hadas
sus caricias á gozar:
y al rayar el alba hermosa
que interrumpe su visita,
en sus alas de oro y rosa
tornan vuelo á levantar.

XXVI.

Atalaya de Granada,
alminar de escelsa altura
de la atmósfera mas pura
colocado en la region,
¿qué no ven de cuanto agrada
tus ventanas por sus ojos?
¿qué se niega á los antojos
del que asoma á tu balcon?

XXVII.

Junto á tí los Alijares (4)
ataviados á lo moro
en el rio de aguas de oro
ven su gala y brillantez.
Mas allá, sobre pilares
de alabastro, *Darlaroca* (5)
con su frente al cielo toca,
que la sufre su altivez.

XXVIII.

Á su par los frescos baños
de las Reinas Granadinas,
cuyas aguas cristalinas
se perfuman con azahar,
y se entoldan con las plumas
de mil pájaros estraños,
que se ván con grandes sumas
á las Indias á comprar.

XXIX.

A tu izquierda el montecillo
cuyo pié Genil evita,
reflejando en sí la Ermita (6)
de los siervos de la Crúz:
á tu diestra el real castillo (7)
sobre el cual voltéa inquieta
la simbólica veleta
del bizarro Aben-Abúz.

XXX.

Mas allá los cerros altos
(cuyo nombre y cuya historia
dejarán dulce memoria)
del Padúl y de Alhendin.
Y allá más los grandes saltos
de las aguas de la sierra,
cuya eterna nieve cierra
de tus reinos el confin.

XXXI.

A tus piés Torres-Bermejas (8)
con sus cubos pintorescos,
que avanzadas y parejas
aseguran tu quietud.
Y bajo ellas, el espacio
respetando del palacio
de su rey, los valles frescos
donde habita la salud (9).

XXXII.

¡Oh pensil de los hechizos,
bien amado de la luna!
¿Qué echa menos tu fortuna
en la gloria en que te ves?
Abre, avaro, antojadizos
tus moriscos agimeces,
y vé qué es lo que apeteces
con Granada ante tus piés.

XXXIII.

¿De tu vista caprichosa
qué no alcanzan los deseos?
Sus mezquitas, sus paseos,
su opulento Zacatin (10);
su Bib-rambla bulliciosa
con sus cañas y sus toros;
de valor y amor tesoros
Albunést (11) y el Albaycin;

XXXIV.

sus colmados alhoriles,
sus alhóndigas rëales,
sus sagrados hospitales,
régias obras de Al-hamar,
todo está bajo tu sombra
¡oh floron de los pensiles!
de tus plantas siendo alfombra,
y encantándote el mirar.

XXXV.

¡Oh palacio de la zambra,
camarin de los festines,
alto rey de los jardines,
de aguas vivas saltador,
real hermano de la Alhambra,
pabellon de áuras süaves,
favorito de las aves,
y del alba mirador:

XXXVI.

de los pájaros el trino,
de las áuras el arrullo,
de las fiestas el murmullo,
y del agua el manso són,
dan al ámbito divino
de tu alcázar noche y dia
una incógnita armonía,
que embelesa el corazon!

XXXVII.

Encantado laberinto
consagrado á los placeres,
tú, escalon del cielo eres,
tú, portada del Edén.
En tu mágico recinto
escribió el amor su historia,
y á los justos en la gloria
las Huríes se la léen.

Al-hamar en sus alcázares.

XXXVIII.

Liberal de sus erarios,
protector del desvalido,
fiel, lëal para el vencido,
y del sabio amparador;
por amigos y contrarios
estimado en paz y en guerra,
es la egida de su tierra
Al-hamar el vencedor.

XXXIX.

En la paz, rey justiciero,
oye atento en sus audiencias
y dá recto sus sentencias
por las leyes del Korán.
En la guerra, compañero
del soldado, buen guerrero,
por valiente vá el primero
como vá por capitan.

XL.

Ostentosa en aparato,
costosísima en su porte,
á los ojos de su corte
muestra su alta dignidad:
pero al dar con tal boato
real decoro á la corona,
niega sóbrio á su persona
lo que dá á su magestad.

XLI.

No dejado, mas modesto
en su gala y vestidura,
dá á su cuerpo limpia holgura
y elegante sencillez:
y recibe á su presencia,
donde quiera al bien dispuesto,
con cordial benevolencia
al dolor y á la honradez.

XLII.

Franco, afable, igual, sencillo
en su vida y ley privada,
en su pecho está hospedada
la leal cordialidad;
y depuesto el régio brillo,
los amigos de su infancia
en el fondo de su estancia
hallan siempre su amistad.

XLIII.

Sus mas fieros enemigos
los Amires Castellanos,
le visitan cortesanos
y le piden proteccion:
y él los trata como á amigos,
con sus nobles los iguala,
los festeja y los regala
sin doblez de corazon.

XLIV.

Moderado en sus placeres
cual frugal en sus festines,
dá opulento á sus mugeres
mesa opípara en su Harén (12);
pero no entra en sus jardines
tierno amante ó fiel esposo
hasta la hora del reposo,
como á un príncipe está bien.

XLV.

El Korán cuatro sultanas
le permite, y como tales
en sus cámaras rëales
alojadas cuatro estan.
Á las cuatro tiene vanas
el amor del Nazarita,
mas ninguna es favorita
en el alma del Sultan.

XLVI.

Las almées y los juglares (13)
de mas gracia y mas destreza
tiene á sueldo, con largueza
atendiendo á su placer:
y en sus fiestas familiares
las prodiga el noble Moro
cuanto pueden amor y oro
por espléndido ofrecer.

XLVII.

Es su Harén del gozo fuente
y de fiestas laberinto:
estremece su recinto
siempre alegre conmocion,
y resuena eternamente
por los bosques de la Alhambra
el compás de libre zambra,
y de músicas el són.

XLVIII.

Al-hamar en tanto á solas
con sus íntimos cuidados
en el bien de sus estados
piensa inquieto sin cesar;
y sobre las mansas olas
de aquel mar de dicha y calma
brilla el faro de su alma,
vela el ojo de Al-hamar.

XLIX.

Afanoso, inquieto, activo
mientras dura el dia claro,
de los débiles amparo,
peso fiel de la igualdad,
sin quitar pié del estribo,
sin dejar puerta, ni torre,
ni mercado, vé y recorre
por sí mismo la ciudad.

L.

Por do quier con recta mano
la justicia distribuye,
por do quier sagáz se instruye
de las faltas de su ley,
y la enmienda soberano
del bien de su pueblo amigo,
porque sirva de castigo
y de amparo de su grey.

LI.

Asi el noble Nazarita,
rey y luz del huerto ameno
de Granada, Edén terreno
modelado en el Korán,
sus alcázares habita,
de virtud siendo rocío,
siendo rayo del impío,
y decoro del Islám.

LII.

Vencedor, nunca vencido,
rey piadoso, juez severo,
en la lid buen caballero,
y en la paz sol de su fé;
de sus pueblos bendecido,
de enemigos respetado,
y de fieles rodeado
el escelso Amir se vé.

LIII.

Y asi mora el Nazarita
sus alcázares dorados,
misteriosamente alzados
del placer para mansion.
Mas ¿quién sabe si él habita
su morada encantadora,
y el pesar oculto mora
en su régio corazon?

LIV.

Triste, insomne, solitario,
como sombra taciturna
que á su nicho funerario
un conjuro hace asomar,
á las brechas angulares
de su torre de Comares
en la lobreguez nocturna
tal vez asoma Al-hamar.

LV.

Apoyado en una almena
de la gigantesca torre,
del rio que á sus piés corre
oye distraido el són,
y contempla en los espacios,
que la espesa sombra llena
de su corte y sus palacios
el fantástico monton.

LVI.

Pertináz á veces mira
del fresco valle á la hondura,
sombra, espacio y espesura
anhelando penetrar:
muévese alli el áura mansa
no más: de mirar se cansa,
y el rostro vuelve y suspira
melancólico Al-hamar.

LVII.

¡Cuántas veces en la almena
le sorprende la mañana,
y al afan que le enagena
treguas dá su resplandor;
y sin dar un hora al sueño
de Granada vuelve el dueño
de sí á echar lo que le afana
de sí mismo vencedor!

LVIII.

Mas ¿quién lée sobre su frente
el oculto pensamiento
que tras de ella turbulento
lleva al alma de él en pós?
Solo aquel que dá igualmente
las venturas y los males
y las dichas terrenales
con el duelo acota.—Dios.

LIX.

Dios, que tierra y mar divide,
la eternidad sonda y mide,
del espacio sabe el límite,
y del mundo vé el confin.
Dios, cuya grandeza canto,
y con cuyo nombre santo
al LIBRO DE LOS ALCÁZARES
reverente pongo fin.

Libro de los Espiritus.



Recuerdos.

I.

¿Qué flor no se marchita?
¿Cuál es el fuerte roble
que el huracan no troncha
ó el tiempo no carcome?
¿qué dicha no se acaba?
¿qué hora velóz no corre?
¿qué estrella no se eclipsa?
¿qué sol nunca se pone?

II.

¿Adónde está el alcázar
en cuyas altas torres
la tempestad no ruge
cuando el nublado rompe?
¿Quién es el que há cruzado
el piélago salobre
sin que su nave un punto
la tempestad azote?

III.

¿Quién fué por el desierto
pisando siempre flores?
¿Ni quién pasó la vida
sin duelos ni pasiones?
¿Ni quién és el que en calma
durmió todas las noches
sin que el pesar un punto
tenido le haya insomne?

IV.

Ninguno. El rey altivo
como el esclavo pobre
al reclinar cansados
su frente por la noche,
ya en mendigada paja,
ya en ricos almohadones,
perciben que un gusano
el corazon les röe.

V.

Es el afan secreto
que agita eterno, indócil
al corazon, y gira
con la veleta móvil
del pensamiento vano.
¡Dichoso el que conoce
que Dios tan solo llena
el corazon del hombre!

VI.

Por eso el Nazarita,
que aunque de Dios favores
sin tregua ha recibido,
á humanas condiciones
sujeto está, vá presa
de afanes interiores
rumiando pensamientos
que su atencion absorben.

VII.

Vá solo, atravesando
el enramado bosque,
que cubre el fresco valle
donde al mullido borde
de fuente cristalina
que mana entre las flores,
un sueño misterioso
le embelesó una noche.

VIII.

Vá solo, meditando
los ágrios sinsabores,
que dánle de su reino
civiles disensiones.
De Dios pesa la mano
sobre su pueblo, y torpe
tal vez contra sí mismo
vá á dirigir sus golpes.

IX.

¿Qué han hecho al fin sus sábios
proyectos creadores?
¿Qué al fin han producido
tesoros tan enormes
como él ha dispendiado
para elevar el nombre
de su gentil Granada
sobre el de cien naciones?

X.

Cubrió los verdes cerros
de gigantescas moles;
tornó en frondosos cármenes
sus valles y sus montes;
mas la soñada dicha
de sus intentos nobles
¿dó está, si á los humanos
no pudo hacer mejores?

XI.

Riqueza dió á los Moros,
con la riqueza dióles
poder, victoria, fama...
mas dió á sus corazones
con ella mas deseos
y orgullo y vicio dobles:
y al fin ¿qué es lo que logra?
doblar sus ambiciones.

XII.

Con ellas la discordia
germina á par: mayores
triunfos tal vez alcancen
sus armas; tal vez logren
á empresas mas gloriosas
dar cima, y sus pendones
clavar sobre los muros
que á los contrarios tomen.

XIII.

Mas ¡ay cuando su fuerza
contra ellos mismos tornen!
mas ¡ay cuando su ciencia
se emplee en invenciones
de pérfida política,
de códigos traidores,
que leyes pregonando
su destruccion pregonen:

XIV.

y el reino que él fundara
de tanto afan á coste,
por él seguro acaso
de estrañas invasiones,
tal vez consigo mismo
luchando se destroce,
y ábra á un sangriento circo
su alcázar sus balcones.

XV.

Tal vez un rey Cristiano
sagaz y fuerte entonces
desde Castilla viendo
los Arabes discordes
la hoguera de sus iras
certeramente sople,
y al frente de Granada
presente sus legiones.

XVI.

Asi Al-hamar discurre
con cálculos precoces
llorando por Granada,
la flor de sus amores.
Asi Al-hamar se aflige,
y á solas por el bosque
se mete, absorto y triste,
con sus cavilaciones.

XVII.

Era una hermosa tarde
de Abril: los resplandores
del sol, que á ocaso baja
manchando el horizonte
con tintas de oro y púrpura,
los pardos torreones
alumbra de la Alhambra
con rayos tembladores.

XVIII.

Ya la última montaña
á largo andar traspone
el sol: ya dora solo
los altos miradores
de los palacios árabes:
cayendo al fin se esconde
tras la montaña entero,
y allá la mar le sorbe.

XIX.

El pálido crepúsculo,
que vá tras él, recoge
la luz que al dia resta:
dá un paso más, y el orbe
con cuanto bello abarca
en lúgubres crespones
emboza poco á poco
la silenciosa noche.

XX.

Nubló su espesa sombra
los ojos brilladores
del distraido príncipe,
y al mundo real volvióle:
volver quiso él las bridas
de su caballo, dócil
á su llamada siempre,
pero rebelde hallóle.

XXI.

Era el caballo de árabe
raza, leal y noble;
mas por la vez primera
su origen desmintióse.
La voz de su ginete
desconoció: aplicóle
la espuela, y al sentirla
feróz encabritóse.

XXII.

Mira Al-hamar en torno
por si hay de que se asombre,
y al estender la vista
el sitio reconoce.
Junto á la fuente se halla
á cuyo són durmióse
años atrás, soñando
con célicas visiones.

XXIII.

La idea mas recóndita
de su cerebro entonces
se levantó, espantando
su corazon. Las dotes
divinas del espíritu
que alli le habló; los dones
que recibió del cielo
desque á él aparecióse;

XXIV.

su celestial historia,
sus celestiales órdenes,
que obedeció arrastrado
de impulsos superiores;
de gloria y de opulencia
las altas predicciones,
en todo con sus místicos
oráculos conformes;

XXV.

todo fué cierto; todo
cual lo soñó cumplióse.
¿No será pues su raza
quien sus afanes logre?
¿No es pues el Dios que adora
el Dios de sus mayores,
y él hizo una diadema
con que otro se corone?

XXVI.

Su mente oscurecieron
densísimos vapores:
dudó; tembló dudando;
el corazon turbósele,
y asi esclamó en la sombra
con temorosas voces,
que ahogó el murmullo manso
del manantial y el bosque.

XXVII.

«Espíritu, que el fondo
»de ese raudal esconde,
»yo obedecí sumiso
»tus misteriosas órdenes,
»y soy la sola víctima
»de tu presencia. Tórname
»pues á la fé primera,
»ó con tu ley abóname.»

XXVIII.

Dijo: y como acosado
por invisible golpe,
saltó el caballo fiero
con repentino bote,
por medio de las sombras
lanzándose á galope:
y el rey arrebatado
á su pesar sintióse.

La carrera.

XXIX.

Lanzóse el fiero bruto con ímpetu salvage
ganando á saltos locos la tierra desigual,
salvando de los brezos el áspero ramage
á riesgo de la vida de su ginete real.
Él, con entrambas manos le recogió el rendage
hasta que el rudo belfo tocó con el pretal;
mas todo en vano: ciego, gimiendo de corage,
indómito al escape tendióse el animal.

XXX.

Las matas, los vallados, las peñas, los arroyos,
las zarzas y los troncos que el viento descuajó,
los calvos pedregales, los cenagosos hoyos,
que el paso de las aguas del temporal formó,
sin aflojar un punto ni tropezar incierto,
cual si escapara en circo á la carrera abierto,
cual hoja que arrebatan los vientos del desierto
el desbocado potro velóz atravesó.

XXXI.

Y matas, y peñas, vallados y troncos
en rápida, loca, confusa ilusion
del viento á los silbos, ya agudos, ya roncos,
pasaban al lado del suelto bridon.
Pasaban huyendo cual vagas quimeras
que forja el delirio, febriles, ligeras,
risueñas ó torvas, mohinas ó fieras,
girando, bullendo, rodando en monton.

XXXII.

Del álamo blanco las ramas tendidas,
las copas ligeras de palmas y pinos,
las varas revueltas de zarzas y espinos,
las yedras colgadas de el brusco peñon,
medrosas fingiendo visiones perdidas,
gigantes, y mónstruos de colas torcidas,
de crespas melenas al viento tendidas,
pasaban en larga fatal procesion.

XXXIII.

Pasaban, sueños pálidos, antojos
de la ilusion: fantásticos é informes
abortos del pavor: mudas y enormes
masas de sombra sin color ni fáz.
Pasaban de Al-hamar ante los ojos,
pasaban aturdiendo su cabeza
con diabólico impulso y ligereza,
en fatigosa hilera pertináz.

XXXIV.

Pasaban, y Al-hamar las percibia
pasar, sin concebir su rapidez,
en mas vertiginosa fantasía,
en mas confusa y tumultuosa orgía,
mas juntas, mas veloces cada véz:
y atronado su espíritu cedia
á la impresion fatídica, y corria
frio sudor por su morena téz.

XXXV.

Y en su fáz estrellándose el viento,
la ponia en nerviosa tension,
y cortaba el camino al aliento,
y prensaba el cansado pulmon;
y golpeando en sus sienes sin tiento
de su sangre el latido violento,
sus oidos zumbaban con lento,
y profundo, y monótono són.

XXXVI.

Ya creía que huyendo el camino
de el corcel bajo el cóncavo callo
galopaba sobre un torbellino,
mantenido en su impulso no mas.
Ya creía que el negro caballo
por la ardiente nariz y los ojos
despidiendo meteoros rojos
rastro impuro dejaba detrás.

XXXVII.

Ya sorbido por denso nublado,
con la lluvia, el granizo y centellas
de que lleva su vientre preñado,
cree que va fermentando á la par.
Nubes cruza tras nubes, y en ellas
del turbion al impulso sujetos
mira mil nunca vistos objetos
remolinos eternos formar.

XXXVIII.

De este vértigo horrible transido
caminaba á las riendas asido,
en los corvos estribos seguro,
y entre en uno y el otro borrén
empotrado, dejando abatido
por el bruto llevarse en lo oscuro;
y empezaba á perder el sentido
del escape mareado al vaivén.

XXXIX.

Rendido y las fuerzas perdiendo
al vértigo intenso cedió;
y loco el cerebro sintiendo,
los ojos cerrar no pudiendo
la ciega mirada fijó,
tenaz contraccion manteniendo
no mas su equilibrio, y corriendo
cual otro fantasma siguió.

XL.

Y espacios inmensos cruzando,
y atrás á la tierra dejando,
las vallas de sombra saltando,
que cercan el mundo mortal,
creyóse su mente perdida
en tierra jamas conocida,
region de otra luz y otra vida
de atmósfera limpia é igual.

XLI.

Y vió que un alba serena
con blanquísimos reflejos
amanecia á lo lejos
en esta nueva region;
y el alma, exenta de pena,
cruzando el éter tranquilo
volaba á un eterno asilo
en otra inmortal mansion.

XLII.

Suavísimo arrobamiento,
deliquio dulce invadióle,
y encima del firmamento
en el Edén se creyó.
Luz vaga alumbró su mente,
y ante los ojos pasóle
el Paraiso esplendente
que Mahomad visitó.

:

XLIII.

El místico y nocturno
vïaje de el Profeta
juzgó que iba á su turno
sobre el Borak á hacer (14):
y la ilusion sujeta
á lo que de él relata
la bóveda de plata
de un cielo empezó á ver.

XLIV.

Los astros vió suspensos
de auríferas cadenas,
y sus lumbreras llenas
de espíritus de luz;
espíritus inmensos (15)
en formas de caballos,
de corzos y de gallos
de enorme magnitud.

XLV.

Y vió islas encantadas
flotando en los espacios,
con templos de topacios,
y muros de marfil:
y casas fabricadas
de nácar, cuyas puertas
de ébano dán abiertas
sobre jardines mil.

XLVI.

Allí sobre alhamíes
de cedro y palo-rosa,
bajo la sombra undosa
del tilo y del moral,
yacer vió á las huríes,
que á mil amores tiernas
conservarán eternas
su gracia virginal.

XLVII.

Y atravesó campiñas
fresquísimas y amenas,
de bosques de ámbar llenas,
y cerros de cristal,
y prodigiosas viñas,
que en frutos dán opimos
las perlas en racimos
en tallos de coral.

XLVIII.

Vió grutas pintorescas
por Sílfides moradas,
cubiertas sus portadas
bajo el flotante tul
de mil cascadas frescas,
que atravesando prados
de hermoso añil sembrados
van tintas en su azúl.

XLIX.

Caer las vió en riberas
donde reposan mansos
los mónstruos y las fieras
de tierra, viento y mar:
y en plácidos remansos,
el sueño entreteniéndolas,
vió cisnes y oropéndolas
bañarse y juguetear.

L.

Y vió dorados peces
en tumultuoso bando
á flor de el agua á veces
pacíficos nadar,
y á veces elevando
por cima de las olas
los lomos y las colas
la orilla salpicar.

LI.

Vió luego estos rios
crecer sin vallares,
perdiéndose en mares
de leche y de miel:
y en ellos navíos
do van los amores
meciéndose en flores
de uno á otro bagel.

LII.

Murmullo tras ellos
levantan sonoro
mil góndolas de oro
de concha y marfil,
do van Silfos bellos
vogando, con velas
de chales y telas
de seda sutil.

LIII.

Espuma levantan,
inquietos remando,
los mil gondoleros
que van tripulando
los barcos veleros;
y danzan ligeros,
y armónicos cantan
alegre cancion:

LIV.

y mil gayas aves,
que siguen las naves
al sol esponjando
sus plumas distintas
de mil varias tintas
de azúl, gualda, y oro,
imitan en coro
del cántico el són.

LV.

Al lejos el viento
responde á su acento
allá en la arboleda
moviendo rumor,
y el éco que atento
en lo alto se queda
burlon les remeda
cual sabe mejor.

LVI.

El cuadro divino,
la paz, la ventura,
perfume, frescura
y luz celestial
de aquel peregrino
pais, torna pura
al rey Granadino
la calma vital.

LVII.

Y en rápido vuelo
pacífico y blando
los aires surcando
se siente llevar:
y vé que sin suelo
do fije el caballo
el áspero callo
cruzando vá el mar.

LVIII.

Del líquido el fondo
contempla pasando,
y alcanza mirando
del agua al trasluz
el álveo redondo,
que puebla radiante
cohorte flotante
de peces de luz.

LIX.

Sutiles vapores
le impelen süaves,
y costas y naves
se deja detrás,
y espacios mayores
cruzando en su vuelo
aborda del cielo
las costas quizás.

LX.

Avanza, y niebla
pálida vé
que el aire puebla,
segun pié á pié
ganando vá
aquel estenso
espacio inmenso
do errando está.

LXI.

Y le parece
que se ennegrece
mar, niebla y viento
en torno de él,
y que se acrece
cada momento
el movimiento
de su corcel.

LXII.

Anochece,
y oscurece
mas apriesa
cada véz
el ambiente,
que se espesa
con creciente
lobreguéz.

LXIII.

El camino
desparece,
y sin tino,
ni destino
que comprenda,
sobre senda
audazmente
carrilada

por un puente
de movible
tirantéz:
tan delgada
como el hilo
en que se echa
descolgada
una oruga:
como arruga
que en tranquilo
lago tiende
cuando hiende
su agua el pez;
tan estrecha
como el filo
de una espada,
como flecha
disparada,
cual centella
desatada
vá sin huella
perceptible
el perdido
Nazarita,
con horrible
é infinita
rapidéz.

LXIV.

Hé aqui el paso

mas tremendo
cuyo alarde
nadie evita,
y que todo
Mahometano
mas ufano
mas cobarde,
mas temprano
ó mas tarde,
en muriendo
de este modo
debe hacer.

LXV.

Es el último
pasage:
es el viaje
postrimer,
dó los míseros
nacidos
divididos
han de ser.

LXVI.

Es el puente (16)
de la vida,
que la gente
á luz venida
há por fuerza
de pasar.

El que intente
y haga entera
su carrera,
y de frente
sin caida
la salida
logre hallar,
las justicias
y los sustos
infernales
sin temblar,
por las puertas
celestiales
á las huertas
inmortales
como un ángel
ha de entrar;
las delicias
eternales
y los gustos
perenales
de los justos
á gozar.

LXVII.

A este paso
tan estrecho,
cuyo escaso
corto trecho
es camino

tan dudoso
de cruzar,
pero fallo
riguroso
de el destino
y ley santa
que acatar,
se adelanta
vigoroso
el caballo
misterioso
de Al-hamar.

LXVIII.

Temeroso
de mirar,
espumoso,
siempre hirviente,
rebramando
eternamente,
y azotando
siempre el puente
con horrísono
bramar,
bajo de él
hierve el mar.

LXIX.

Israfel (17)
alli está

para ver
el que vá
sin caer,
y pasar
no dejar
al infiel.

LXX.

De él la llave
y este espreso
cargo grave
tiene este ángel
sobre sí:
y por eso
vela allí,
á Dios fiel,
al terrible
mandamiento
cumplimiento
para dar.

LXXI.

Y hé aqui
que por él
vá á pasar
el corcel
de Al-hamar.

LXXII.

Llega, avanza...

ya se lanza...
ya en él entra...
ya se encuentra
suspendido
sobre el puente
sacudido
por el piélago
bullente,
cuyo cóncavo
rugido
se levanta
sin cesar.

LXXIII.

Aturdido,
sin mirar
á la indómita
corriente
que le espanta,
sin osar
aspirar
el ambiente
que le anuda
la garganta,
sin que acuda
tierra ó cielo
en su ayuda,
vuela y pasa
justiciero
rey prudente,

juez severo,
y valiente
caballero,
el primero
de la casa
de Nazar.

LXXIV.

El puente
vacila:
el príncipe
oscila,
perdido
el sentido,
demente,
transido
de horror.

LXXV.

Ya toca
la opuesta
ribera:
ya poca
carrera
le cuesta.
¡Valor!
Ya llega:
le ciega
el pavor.
¡Ah! ¡Dadle

favor!
¡Salvadle,
Señor!

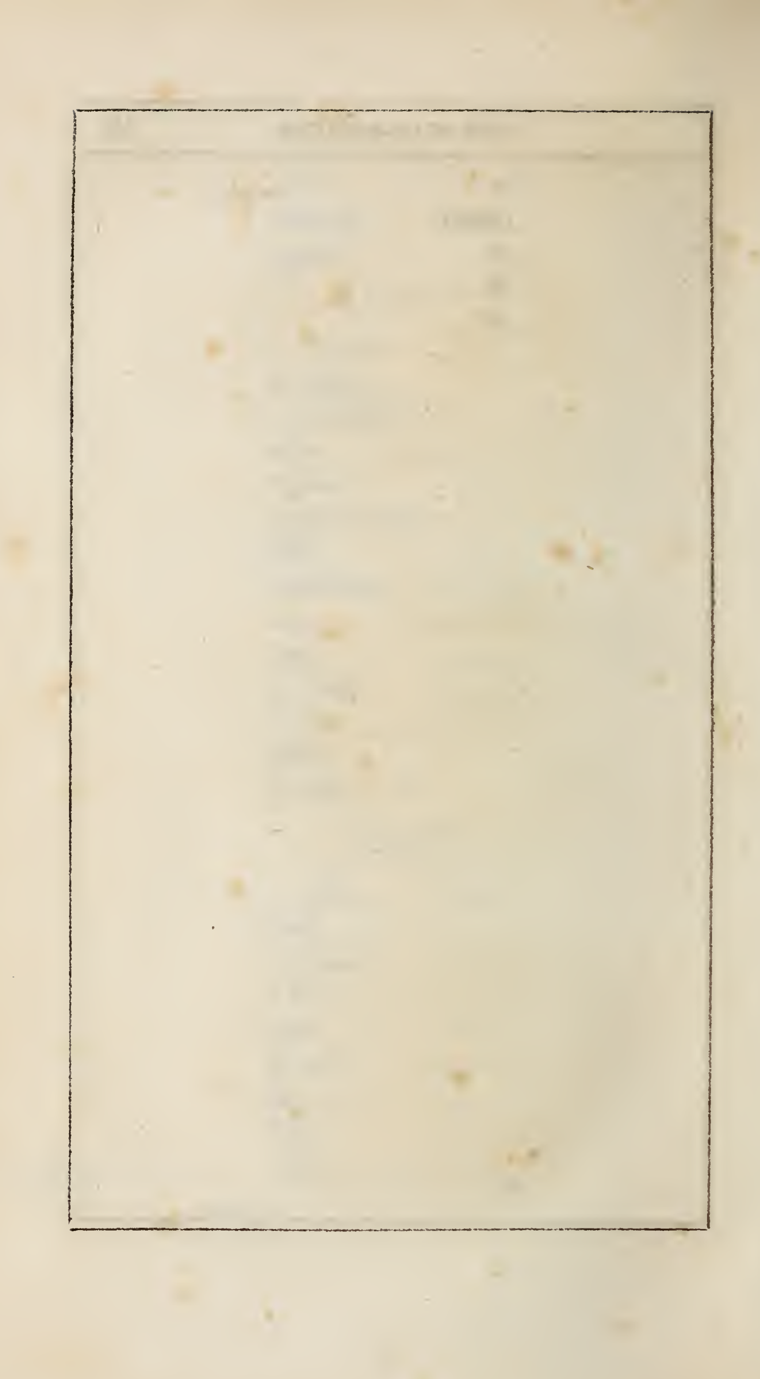
LXXVI.

Ya falto
de aliento
vé el último
salto
violento
á que hórrido
fallo
brindándole
está:
ligero
el caballo
certero
quizá
le dará.

LXXVII.

Saltó.
Pasó
con bien,
y allá
cayó
de pié.
Salvo
fué.
¡Oh!

ya
¿quién
vé
do
vá?



Libro de las Nieves.



Inspiracion.

I.

No hay mas que un solo Dios (1). ÉL solo es grande,
solo infinito, omnipotente solo.
Nada hay que para ser no le demande
licencia: ÉL pesa la virtud y el dolo,
y el premio envia ó el azote blande.
Todo lo oye y lo vé de uno á otro polo,
y cosa no hay por elevada ú honda,
que á su mirada universal se esconda.

II.

No hay mas que un solo Dios, cuya crëencia
luz és y salvacion: do quier la marca
brilla de su poder y de su ciencia.
Dios solo es triunfador (2); solo Monarca
del universo es ÉL: su omnipotencia
con ley universal todo lo abarca:
su presencia inmortal todo lo inunda,
todo lo vivifica y lo fecunda.

III.

Él los mundos arregla ó desordena
segun su escelsa voluntad divina:
él al tiempo dirige: él encadena
los elementos á sus piés: domina
el huracán: tras el nublado truena:
luce á través del alba purpurina:
entapiza con nieve las montañas,
y abrasa con volcanes sus entrañas.

IV.

El murmullo del agua, el són del viento,
el susurro del bosque estremecido
por sus inquietas ráfagas, el lento
arrullo de la tórtola, el graznido
del cuervo vagabundo, todo acento
por ave, fiera, ó éco producido,
el nombre santo de su Dios pronuncia,
su gloria canta, su poder anuncia.

V.

Él los errantes astros encamina;
él azula la atmósfera serena;
él crea y él destruye, alza y arruina:
él, infalible juez, salva y condena.
Él solo ni envejece, ni declina:
él solo el hueco de los mundos llena:
el orbe encima de su palma cabe;
solo él no yerra nunca: solo él sabe.

VI.

No hay mas que un solo Dios. Los que le niegan
con altivez blasfema, palidecen
cuando al umbral de su sepulcro llegan:
los que en su ciencia ruin se ensoberbecen,
y de ÉL se mofan, al morir le ruegan.
Por ÉL existen y por ÉL perecen
todos. No hay mas que un Dios: ante su nombre
¿qué es el orgullo y el saber del hombre?

VII.

Siglo, que audáz el de la luz te llamas,
y por miles de plumas y de bocas
el manantial de tu saber derramas;
siglo de ciencia, que el error derrocas,
la virtud premias y el ingenio inflamas;
siglo, que dices que á la cumbre tocas
de la dicha, que el mundo civilizas
y tu raza de sabios divinizas;

VIII.

siglo de prensas, y de bolsa y ágio
que intentas difundir hasta la luna
en carros de vapor el gran contágio
de la ciencia, y parar á la fortuna
con tus empresas mil... ¡siglo de plágio,
que en solos nueve lustros en sí aduna
mas *maestros*, *artistas* y *doctores*
que hubo en ciento estudiantes y lectores!...

IX.

¿de dónde vienen los que nacen? ¿Dónde
ván los que mueren? ¿Dónde, en qué lejano
lugar se acuesta el sol? ¿En cuál se esconde
la luna de su luz? ¿Cuál es la mano
que les guia á los dos? Habla, responde,
orgullo necio del saber humano,
hojéa el libro de tu ciencia osada:
¿qué es lo que sabes de tu origen?—NADA.

X.

No hay mas que un solo Dios, que nada ignora,
y ÉL conoce las puertas de la tierra:
abre las de la cuna y de la aurora,
las de la noche y de la tumba cierra.
Más allá de las dos ÉL solo mora,
ÉL solo sabe lo que allá se encierra.
De allá viene, allá vá quien nace y muere,
porque su voluntad asi lo quiere.

XI.

Mas detente ¡oh Espíritu divino!
¡oh Arcángel de la Fé! Tú, cuyo paso
buscando un dia al corazon camino
ahogó á las Musas y aplanó el Parnaso:
único fuego que de el cielo vino,
calma tu inspiracion en que me abraso:
no ensayes en el arpa del poeta
los cantos del salterio del Profeta.

XII.

Mi limitada comprension humana,
mi ruda voz y tosca poesía
eleve, sí, tu inspiracion cristiana,
y dignas sean de la patria mia.
Enaltece mi ingénio, porque ufana
pueda hijo suyo apellidarme un dia,
y de mi nombre, si al olvido vence,
la tierra en que nací no se avergüence.

XIII.

Mas dejemos al siglo ir desbocado
de los pasados siglos tras la herencia,
en el carro de el oro arrellanado,
ó suspendido en alas de la ciencia.
Dejémosle seguir la ley de el hado
segun su voluntad ó su conciencia,
sin que perturbe su insensata orgía
el himno audáz de la crëencia mia.

XIV.

Tiéndeme pués tus alas de zafiros,
y lejos de él traspórteme tu vuelo
donde sus carcajadas y suspiros
no desgarren del aire el puro velo.
De él á través con luminosos giros
álzame adonde con eterno hielo
cubriendo su cerviz Sierra-Nevada
salutíferas áuras dá á Granada.

XV.

Llévame á los recónditos asilos
de aquellas misteriosas soledades
cuyos mónstruos de nieve vén tranquilos
nacer y perecer razas y edades.
Muéstrame las cavernas y los silos
donde ván á dormir las tempestades,
por cima del peñon desconocido
en que suspende el águila su nido.

XVI.

Del Supremo Hacedor la sábia mano
no creó sin destino esos lugares
inaccesibles al orgullo humano:
ni envueltos en sus mantos seculares
de nieve espían sin cesar en vano
esos gigantes blancos tierra y mares.
Subamos pués sobre las áuras leves
al misterioso alcázar de las nieves.

Narracion.

La carrera.—*(Segunda parte.)*

XVII.

En las desiertas cumbres, que la sierra
á las legiones de la luz levanta,
paso al cielo tal vez desde la tierra:
allí, donde árbol, animal, ni planta
ni vegeta, ni vaga, ni se encierra
bajo la eterna nieve, y se quebranta
cuanto vida ó calor toma del suelo
al peso de una atmósfera de hielo,

XVIII.

se abre por las montañas un camino,
mas bien un tajo, que sus breñas parte
como una faja de planchado lino,
el cual dirige al colosal baluarte
de la nieve: y jamás tan peregrino
sendero supo fabricar el arte,
ni inspirarle á la mente mas risueño
maga oriental en hechizado sueño.

XIX.

A ambas orillas de su senda blanca
labra caprichos mil el aire helado,
que el ámpo trae que el remolino arranca,
dejándole do quier cristalizado.
La agua congela y el vapor estanca,
y cincela sutíl filigranado
de el hielo en el cristal, cuyas labores
descomponen la luz en mil colores.

XX.

Mas como sus espléndidos reflejos
se estrellan de la nieve en el alfombra,
y en el mate cristal de sus espejos
mata al calor la blanquecina sombra,
todo es blanco do quiera, cerca y lejos:
todo el pais descolorido asombra
con su igualdad la vista: es blanco el suelo,
blanco el espacio puro, blanco el cielo.

XXI.

Y allá del peñascal en la estrechura,
por el lugar do empieza este sendero
á blanquear en el fin de la llanura,
comienza á negrëar bulto ligero.
Crece... se aclara como vá la altura
ganando. Es un mortal: un caballero
moro, y conforme lo velóz que sube
parto fué su corcel de alguna nube.

XXII.

El ámpo de la nieve no desflora
con el herrado casco en su carrera,
y al ver la forma aérea y voladora
de ginete y corcel, se les tuviera
mejor por ilusion fascinadora
que por séres de vida verdadera:
pues ¿quién sino fantásticas visiones
osaran arribar á estas regiones?

XXIII.

Mas ¿quién bajo los pliegues vé espumosos
del mullido tapiz de copos leves?
¿Quién conoce los séres vaporosos,
que la region habitan de las nieves?
¿Quién sabe qué destinos misteriosos
les dió aquel, que con dos palabras breves
cuando hizo el orbe, al hielo cristalino
del sol su destructor puso vecino?

XXIV.

ÉL solo, Dios. Recóndito misterio
envuelve los contornos liminares
de aquel helado y silencioso imperio
escondido entre rocas seculares.
Solo ÉL vé lo que encierra este emisferio,
por entre cuyos blancos valladares
la árdua ascension al último acomete,
cual suelta nube, el Arabe ginete.

XXV.

De peñon en peñon, de risco en risco,
el tortuoso camino vá siguiendo
sobre su negro potro berberisco,
y á los nublados bajo de él vá viendo
fermentar en sus vientres el pedrisco
de invisibles torrentes al estruendo,
y segun sube hácia la azúl esfera
vá aflojando el caballo su carrera.

XXVI.

¿Quién és?—Vuela perdido en la distancia:
su forma es vaga sombra todavía.
¿Dó vá?—¿Y quién su poder ó su arrogancia
sabe? Tal vez á la mansion del dia.
Génio, tal vez alli tiene su estancia:
mortal, de un filtro acaso se valdria.
Mas ya trepa al confin; ya poco á poco
modera su corcel su ímpetu loco.

XXVII.

Ya
se
vé
que
dando
se vá,
mas blando,
al freno.

XXVIII.

Ya no bota
de ira lleno,
ni vá ageno
de derrota
desbocado,
como mata,
que arrebata
desbordado
rapidísimo
turbion.

XXIX.

Ya se dilata
su fáuce henchida
de comprimida
respiracion,
y violento
lanza el aliento,
que le sofoca
de su pulmon,
con resoplido
de dolorido
cóncavo són.

XXX.

Doble columna gruesa
de fatigoso aliento,
que hace vapor el viento

sutíl de esta region,
cual humareda espesa,
por la nariz opresa
vierte trás sí en la atmósfera
el árabe bridon.

XXXI.

Ya deja la boca herida
mas libre al bocado obrar,
y más siente ya la brida
que pudo el señor cobrar.

XXXII.

Ya el vértigo loco cediendo
que ciego siguió á su pesar,
va su ímpetu fiero perdiendo,
y empieza cansancio á mostrar.

XXXIII.

Ya su rápido escape acortando
detenerse pretende quizá:
ya se templa, é igual galopando
vá en un aire pacífico yá.

XXXIV.

Y aunque de espuma y de sudor blanquéa,
relincha audáz é inquieto cabecéa;
y aunque jadeando de fatiga está,
aun piafa, y se encabrita y escarcéa,
y los hijares con la cola airéa,

y corvos saltos de costado dá.

XXXV.

Ya cambia: ya el trote medido levanta,
y el cuello engallado, segura la planta
altivo en la sombra mirándose vá.

XXXVI.

Ya lenta y suavemente su dueño le refrena:
se acorta: ya en el paso su marcha vá serena.
Recógele: obedece: paró. ¡Loado Alá!

XXXVII.

¡Vertiginoso vuelo! ¡fantástica carrera!
más rápido su impulso que el de las nubes era:
caballo y caballero volaban á la par
en alas de un nublado. La alondra mas ligera,
ni el águila mas ráuda, pujante y altanera,
pudieron un instante su rapidez tomar.

XXXVIII.

Al fin cesó.—Las bridas en el arzon dejando,
los miembros estendiendo, con ánsia respirando,
repúsose el ginete sobre la silla al fin:
y absorto las miradas en derredor tendiendo,
se halló de estensas nieves en un desierto horrendo,
occéano de hielo sin costa, ni confin.

XXXIX.

¡Ni flor, ni fiera, ni ave por la region estraña

dó se contempla aislado!—Solo hay una montaña
que gruta cristalina taladra por el pié.
¿Y un mar, y un paraiso, que ha visto el caballero,
de espíritus y génios poblado? ¿y el sendero
por dó hasta alli ha subido?—Delirio, sueño fué.

XL.

Sobre la nieve intacta ni rastro vé ni huella,
ni marca de camino en rededor sobre ella;
todo és una esplanada inmensa, sola, igual.
No hay mas que nieve. Es blanca la claridad del cielo:
blanco el espacio: blanca la inmensidad del suelo:
los horizontes blancos. ¿Qué busca alli un mortal?

XLI.

¿Adónde esta comarca estéril y desierta
da paso? ¿De qué silos recónditos és puerta
su misteriosa gruta? ¿qué mano la labró?
Tal vez en ella moran espíritus dañinos
que á los mortales odian, y los fatales sinos
en dirigir se ocupan de el que mortal nació.

XLII.

Tal vez és la risueña y espléndida morada
de alguna dolorida y encantadora fada,
que el vano amor lamenta, que puso en un mortal.
Tal vez és la bajada del reino del olvido,
adonde caen las almas despues de haber salido
de la penosa cárcel del cuerpo terrenal.

XLIII.

¿Quién sabe? El caballero al pié de la montaña
ante esta gruta, que ornan de arquitectura estraña
labores y arabescos de nácar y cristal,
permanecia inmóvil: cuando hé aqui que el éco
hendiendo sonoroso su embovedado hueco
le trajo estas palabras, en canto celestial.

XLIV.

«Ilustre y venturoso
caudillo Nazarita,
la gloria y el reposo
te aguardan á la par.
Tu mente, que no alcanza
misterio tál, se agita
dudosa en vano.—Avanza,
avanza, ¡oh Al-hamar!»

XLV.

Es Al-hamar: el noble monarca Granadino.
Es él, que arrebatado sobre las áuras vino
á dar en esta helada é incógnita region.
Es Al-hamar: su nombre retumba por el hondo
cóncavo de la gruta, cuyo vacío fondo
repite de su cánto el fugitivo són.

XLVI.

A este éco, en la sonora profundidad perdido,
cual de invisible fuerza magnética impelido

el árabe caballo feróz se encabritó.
Asir quiso el ginete las bridas, mas fué tarde:
piafando y relinchando con orgulloso alarde
por la sonora gruta el palafren entró.

Alcázar de Azäel.

XLVII.

Lanzóse el bruto indómito
con arrogante empeño
luchando con su dueño,
que cede á su vigor,
por bajo de una bóveda
de fábrica divina,
tan pura y cristalina,
de tan sutíl labor,

XLVIII.

que su techumbre cóncava
de transparente hielo
la claridad del cielo
deja á través gozar,
y en un inmenso pórtico
de régia arquitectura
mas diáfana y mas pura
la viene á derramar.

XLIX.

Mas ¿qué mirada humana
á penetrar se atreve
en esta soberana
morada celestial?
¿Qué mano alza profana
el pabellon de nieve,
que los misterios debe
velar de un inmortal?

L.

El techo almohadillado
con planchas de diamantes,
la lumbre en mil cambiantes
del sol vierte á trasluz,
y el suelo trabajado
sobre cristal de roca
su brillantez provoca
volviéndole su luz.

LI.

Los límpidos pilares,
do asienta la segura
soberbia arquitectura
su peso colosal,
en torno transparentes
reflejan á millares
los círculos lucientes
del Iris celestial.

LII.

Y de este centelleante
alcázar encantado,
que en hielo está labrado
y entre la nieve está,
al interior radiante,
do alguna maga habita,
el noble Nazarita
adelantando vá.

LIII.

Del luminoso pórtico
del diáfano edificio
apena el frontispicio
magnífico pasó,
entró bajo una espléndida
colgada galería,
que á un patio conducia,
que á su remate vió.

LIV.

El firme pavimento
retiembla estremecido
bajo el galope unido
de su velóz corcel,
su paso y movimiento
el éco prolongado
del hueco artesonado
marcando detrás de él.

LV.

De aquella galería
cruzó la luenga arcada,
pasó de otra portada
por bajo el arco, entró
al patio que veía
de lejos, y el ardiente
caballo de repente
plantóse, y relinchó.

LVI.

Cual la espiral flotante
del humo, que despide
pebete en que fragante
perfume ardiendo está,
y ráfaga perdida
por bajo la divide,
y la mitad partida
leve á la altura vá:

LVII.

poder asi invisible
en paso imperceptible
caballo y caballero,
sin fuerza separó;
y el bruto cual ligero
vapor desvanecido,
de él libre y dividido
el príncipe se vió.

LVIII.

Miró Al-hamar en torno,
y al contemplar de cerca
la fábrica y adorno
del patio, de cristal
hecho, ó tallado en hielo,
halló que era un modelo
del patio de la alberca
de su palacio real.

LIX.

Aquel és el arranque
de su alta torre, aquellos
los ajimeces bellos (3)
que sobre el patio dán:
aquel és el estanque,
los arrayanes estos,
que por su mano puestos
en su redór están.

LX.

Aquellos los pilares
del corredor, aquellas
las bóvedas de estrellas
de cedro y de marfil;
la estancia de Comares
aquella, dó su mágia
dejó la comarágia (4)
en su labor sutíl.

LXI.

Los ricos tiene en frente
calados pabellones
del patio de leones,
con su oriental jardin:
y allí está el mar bullente,
que al Hierosolimita (5)
de Salomon imita;
és otra Alhambra en fin.

LXII.

Es otra Alhambra, empero
mas que la Granadina
hermosa; una divina
Alhambra celestial.
Alcázar hechicero,
labrado con vivientes
materias transparentes,
de gérmen inmortal.

LXIII.

Los muros trabajados
con ricos arabescos,
y flores, y estucados
prodigios del cincel,
los gabinetes frescos,
que adornan escrituras
divinas, miniaturas
del oriental pincel,

LXIV.

son obra misteriosa
de soberano artista,
que ni en humana vista
cabrá, ni en comprension.
Y aquellos tan macizos
muros, y quebradizos
calados de esta hermosa
y aérea mansion,

LXV.

en su materia mística
encierran una esencia,
que infunde una existencia
á su insondable sér:
y toda aquella fábrica
tan pura y transparente
és creacion viviente
de incógnito poder.

LXVI.

El Nazarita príncipe
mirábala embebido
cuando llegó á su oido
la deliciosa vóz,
que oyó de la caverna
en la estension interna
sonar, cuando detúvose
su palafren velóz.

LXVII.

Y esa escondida música,
que en torno de él risueña
de júbilo le llena,
le embriaga el corazon,
y la palabra mística
de aquel cantar de gloria
le trae á la memoria
antigua aparicion.

LXVIII.

Un valle de Granada
dibújase en su mente,
con una fresca fuente
de lánguido rumor,
en una perfumada
noche, sin nube alguna
el cielo, de la luna
plateada al resplandor.

LXIX.

Y cuanto mas escucha
su armónico concierto,
un rumbo vá mas cierto
tomando el corazon,
triunfante de la lucha
con la ilusion pasada
del valle de Granada,
al comprender su són.

LXX.

—«Salud, oh Nazarita:
bien llegues á las nieblas
cuya region habita
tu génio protector.
Há visto en las tinieblas
resplandecer tus ojos:
te conoció, y de hinojos
dió gracias al Señor.

LXXI.

«Su vista rutilante,
que el universo abarca
posada en tu semblante
desde tu cuna está,
y el dedo omnipotente
sobre tu noble frente
grabó la régia marca,
que á conocer te dá.

LXXII.

«Naciste favorito
del génio y de la gloria;
tu nombre fué victoria,
tu voluntad ley fué.
Tu tiempo és infinito,
profundas son tus huellas,
propicias las estrellas
son á Nazar. Tén fé.

LXXIII.

«Avanza, Nazarita;
radiante aqui tu estrella
con viva luz destella,
y aqui en tu Alhambra estás:
aqui mana infinita
la fuente del consuelo.
Avanza, aqui del cielo
mas cerca reinarás.»

LXXIV.

De la celeste música
la letra asi decia,
y atento á su armonía
el príncipe Al-hamar
permanecia atónito
sin voz ni movimiento,
en dúlce arrobamiento
gozando sin cesar.

LXXV.

El agua de que llena
la alberca está, ondulante
refleja cada instante
mas vario resplandor,
cual si una luz serena
bajo la linfa clara
recóndita radiara
con trémulo fulgor.

LXXVI.

Debajo de su planta
percibe, que el divino
concierto se levanta,
de el manantial detrás,
y al borde cristalino
de la colmada alberca,
que está á sus piés, se acerca
cada momento más.

LXXVII.

Y hé aqui que en este punto
del fondo transparente
del agua donde siente
la música sonar,
de un sér resplandeciente
el rostro, que ilumina
la linfa cristalina,
se comenzó á elevar.

LXXVIII.

Tocó en elház del agua
su cabellera blonda:
quebró la frágil onda
su frente virginal:
dejó el agua mil hebras
entre sus rizos rotas,
y á unirse volvió en gotas
al limpio manantial.

LXXIX.

Aéreo, puro, leve
cual nube vaporosa,
que mansa el áura mueve
y transparenta el sol,
ciñendo de oro y rosa
flotante vestidura,
como el del alba pura,
suavísimo arrebol:

LXXX.

la paz en el semblante,
la gloria en la sonrisa
apareció radiante
el ángel Azäel;
y sus mortales ojos
fijando en la improvisa
aparicion, de hinojos
cayó Al-hamar ante él.

LXXXI.

Del agua se alzó fuera,
y al esparcir el viento
su blonda cabellera
el aire perfumó:
dejó escapar su aliento,
y cuanto allí existia
su aliento de ambrosía
con ánsia respiró.

LXXXII.

De el suelo á la techumbre
el místico palacio
reverberó la lumbre
de su divina fáz,
cuya fulgente aureola
purpúrea tornasola
el aire de el espacio,
y de las aguas la ház.

LXXXIII.

Y hé aqui que su alba mano
el ángel estendiendo
y alzando y atrayendo
al príncipe hácia sí,
con plácida sonrisa
y acento soberano,
que armonizó la brisa
fragante, hablóle asi:

LXXXIV.

«Yo visité en un sueño
tu espíritu en la tierra,
mostrándote halagüeño
tu porvenir en él.
Tesoros te dí y gloria,
tu esclava hice á la guerra,
grabando en tu memoria
la imagen de Azäel.

LXXXV.

»Iluminé tu ciencia,
colmé de sábios planes
tu humana inteligencia
y al logro te ayudé.
Cual tu ambicion lo quiso,
cumpliendo tus afanes,
terreno paraiso
tu rico imperio fué.

LXXXVI.

»Yo inoculé en tu alma
el gérmen de la duda
para turbar la calma
de tu creencia vil:
para que espuela fuera
con cuya lenta ayuda
á la verdad se abriera
tu corazon gentil.

LXXXVII.

»Brotar hice en tu suelo
para calmar tus penas
las aguas de el consuelo,
que á conocer te dí.
Mas de tristeza llenas
cien noches has pasado,
y al agua no has llegado
cuyo raudal te abrí.

LXXXVIII.

»Al verte victorioso,
temido y opulento
tu corazon atento
solo á la tierra fué.
Dudaste, mas dudando
no osaste perezoso
el rostro á mí tornando
poner en mí tu fé.

LXXXIX.

»Y hácia el fatal destino
á que traidora guia
la falsa fé, te vía
adelantar Luzbel:
y el fin de tu camino
mostrándome decia:
caer era su sino:
le pierdes, Azäel.

XC.

»Lloraba yo abismado
en mi amargura, viendo
mi afan tan malogrado,
tan sin valor mi fé:
y en mi pesar y enojo
postrer esfuerzo haciendo
con temerario arrojo
entre ambos me lancé.

XCI.

»Luchamos: el Eterno
de mi dolor movido,
caer dejó en su oido
su nombre y dió á mis piés.
Sumile en el infierno:
y en alas de un nublado
te trage arrebatado
adonde en paz te vés.

XCII.

»Los pérfidos espíritus,
que en pós de tí traias
las vanas fantasías
de tu crëencia ruin
mostrábante. ¡Quiméricos
esfuerzos! ¡Sueños breves!
Ahullando, de mis nieves
se quedan al confin.

XCIII.

»Mas ¡ay! yo te conquisto
los cielos... y ¡cuán caro
me cuesta á mí el amparo
que liberal te doy!
Dos siglos há que existo
aqui, espiando un yerro,
y añado á mi destierro
uno, por tí, más hoy.

XCIV.

»A condicion tan dura
tu salvacion compraba,
Nazar; mas yo te amaba
tanto que la acepté.
No supe resignarme
á arrebatar dejarme
tan noble criatura,
y tu alma rescaté.

XCV.

»¡Oh! juzga bien en cuánto
me és cara tu alma buena
cuando á mi larga pena
cien soles añadí
por ella: y ahora el santo
fallo, inmutable, estremo
oye, que el Juez Supremo
fulmina contra tí.

XCVI.

»Hoy mismo en apariencia
perecerá á las manos
de incógnita dolencia
tu cuerpo terrenal:
mas junto á mí existencia
tendrás, hasta que ufanos
habiten los cristianos
tu alcázar oriental.

XCVII.

»Yo les haré á Granada
cercar como un enjambre:
con ellos vendrá el hambre,
la muerte y el baldon:
y talarán tus tierras,
y en sanguinarias guerras
tu raza aniquilada
será sin compasion.

XCVIII.

»Tú lo verás. Estrella
fatal para tu gente
tú verterás sobre ella
roja, siniestra luz.
Y lidiarás conmigo
en pró de el enemigo,
sobre el pendon de oriente
hasta clavar la Cruz.

XCIX.

»Ahogado el Islamismo
y desbandada y rota
tu raza, gota á gota
su sangre en tí caerá.
Su sangre és tu bautismo,
y este de afán y duelos
misterio, de los cielos
las puertas te abrirá.

C.

»No hay mas que un Dios. Justicia
en ÉL no más se encierra.
Tu empresa fué en la tierra:
DIOS SOLO ES VENCEDOR:
por eso te és propicia.
Mas nadie entra en su gloria
sin pena espiatoria
hasta del leve error.

CI.

»Tal és nuestra sentencia;
tal és el purgatorio
que la alta Providencia
nos señaló á los dos.
Obra de nuestras manos,
en dón propiciatorio
se han de ofrecer cristianos
un rey y un pueblo á Dios.

CII.

»Tú el Rey: el pueblo el tuyo.
Tan solo dignamente
asi me restituyo
al cielo, que dejé.
Apróntate obediente
á dividir conmigo
la gloria y el castigo
que para tí acepté.

CIII.

»¡Sús, pués, oh Nazarita!
De Dios al pié del trono
rogándole en tu abono
le respondí de tí.
¡Sús, pués! á la bendita
empresa apresta el brio;
mortal, te hice igual mio;
sé digno tú de mí.»

CIV.

Dijo Azäel: estático
á su divino acento,
embebecido, atento
estúvose Al-hamar:
cedió su noble espíritu
al celestial destino,
y se empezó el divino
misterio á efectüar.

CV.

«Mira,» le dijo entonces
el Angel desterrado,
y hácia el lugar tornado
que el Angel señaló,
el muro en dos partido,
sobre invisibles gonces
girando dividido,
el Nazarita vió.

CVI.

Se abrió sobre un espejo
en cuyo misterioso
cristal, con el reflejo
de un matinal albor,
se alumbra una campiña,
que Mayo lujurioso
con su fecundo aliña
primaveral verdor.

CVII.

Una ciudad fundada
al pié de una alta sierra
domina aquella tierra,
por donde arroyos mil
serpéan: és Granada,
su vega, sus alturas
y las corrientes puras
de Darro y de Genil.

CVIII.

Espléndida cohorte
de Moros atraviesa
por su alameda espesa
llevando un atahúd,
y á la muralla corva
de la morisca corte
se agolpa á verles torva
callada multitud.

CIX.

Llegáronse á la puerta
de Elvira aquellos fieles
Muslimes; alli abierta
la turba les dejó
paso, y subiendo á espacio
la cuesta de Gomeles,
entrada en el palacio
Bib-el-Leujar les dió (6).

CX.

La multitud atenta
y silenciosa iba
en pós su marcha lenta
siguiendo, y al tocar
la puerta judiciaria
la triste comitiva
paróse voluntaria
dejándose cercar.

CXI.

Entonces elevando
el atahud en hombros
los que le van llevando,
y puesto junto á él
un Alfaquí, inspirando
do quier pavor y asombros
«¡Llorad! —(dijo, él llorando)
»con lágrimas de hiél.

CXII.

»¡Llorad toda la vida,
»oh huérfanos Muslimes!
»¡La flor de los alimes, (7)
»la palma de Nazar,
»la gloria del Oriente
»cayó del rayo herida!
»Llorad eternamente,
»llorad sobre Al-hamar.»

CXIII.

Asi con ronco acento
el Alfaquí clamando,
del atahud alzando
el paño funeral,
al pueblo los despojos
de el Rey mostró; y al viento
el pueblo, al caer de hinojos,
dió un ¡ay! universal.

CXIV.

A este éco de agonía,
que atravesó perdido
el aire hasta su oido,
se estremeció Al-hamar.
Quitóse de el espejo
dó escena tal veía,
y se tornó el reflejo
del vidrio á disipar.

CXV.

«¡Vamos!»—Azäel le dijo.
»Monarca de la tierra,
»el atahud encierra
»tu polvo terrenal;
»mas de los cielos hijo,
»del atahud te exhalas.
»Despliega pues tus alas,
»espíritu inmortal.»

CXVI.

Entonces el Rey Arabe
sintióse aéreo, leve,
cual luz que el aire mueve,
cual nube que vá en él.
Solo era ya un espíritu,
una vision ligera,
un alma compañera
del Angel Azäel.

CXVII.

El silencioso vuelo
ambos á dos alzando,
en el azúl de el cielo
perdiéronse los dos.
Y entre sus áuras leves
su rastro abandonando,
el LIBRO DE LAS NIEVES
concluye. ¡Gloria á Dios!

Epílogo.

CXVIII.

¡Gloria á Dios!—De Al-hamar el Granadino
asi la historia celestial concluye.
Llámala el Musulman *cuento divino*,
y en *libros* su relato distribuye.
Su sacra inspiracion del cielo vino
y al cielo desde aqui se restituye.
Tradicion oriental, és la portada
de el oriental poema de GRANADA.

CXIX.

Cual dos cisnes, que al par atravesando
el mar azúl con encontrado vuelo,
isla apartada en su estension hallando
en ella toman anhelado suelo,
reposan juntos y á partir tornando
tornan la anchura á dividir de el cielo,
y de su voz un punto los sonidos
se elevan en el aire confundidos:

CXX.

como dos peregrinos, que una tienda
dividen de el desierto en la desnuda
soledad; de Al-hamar en la leyenda
dos poetas ocúltanse sin duda.
Uno á Alá en sus cantares se encomienda,
otro al Dios de la Cruz demanda ayuda.
¿Quién no percibe en ella confundidos
brotar de sus dos arpas los sonidos?

CXXI.

Dióles á ambos el Génio soberano
la misma inspiracion, el mismo aliento:
mas pasando tal vez de una á otra mano
de uno y otro el armónico instrumento,
el Arabe poeta y el Cristiano
sacan de él á la par distinto acento;
exhalando mezclada su armonía
la Arabe y la Cristiana poesía.

CXXII.

Confundidos así sus dos cantares
entonan á una voz los dos cantores,
y de la Cruz divina en los altares
el poeta oriental vierte las flores
que tegen las Hurís sus tutelares.
Pero de un solo SÉR adoradores,
«*No hay mas que un solo Dios*» —dice el Cristiano;
«*No hay otro Dios que Dios*»—el Africano.

CXXIII.

Tal és la historia peregrina y bella,
que os dan sobre estas hojas estendida.
Leëdla sin temor: nada hay en ella
que la razon rechace, ó la fé impida.
La luz, que de sus páginas destella,
despierta el alma á la virtud dormida,
y eleva el corazon y el pensamiento
á la pura region del firmamento.

CXXIV.

Leëdla pués: y el ámbar, que perfuma
de el paraiso la mansion divina,
y el resplandor, que de la Esencia suma
derramado los mundos ilumina,
y el rumor, que levantan con su pluma
las alas de Gabriel cuando camina,
embalsame, y alumbre, y dé contento
á cuantos lean el *divino cuento.*

FIN DE LA LEYENDA DE AL-HAMAR.

NOTAS

DE LA LEYENDA

de Al-hamar.

LIBRO DE LOS SUEÑOS.

(1) *Le galib ilê Aláh.*

El Rey Al-hamar tomó por armas en escudo campo de plata, banda azúl, cuyos estremos salian de bocas de dragones, y en ella se leian estas palabras: *Le galib ilê Aláh,* que significan: *Solo Dios es vencedor:* porque sus pueblos solian saludarle con el título de *galib* (vencedor), y él respondia *Wa le galib ilê Aláh,* no hay mas vencedor que Dios. (Conde, *Hist. de la dom. de los Arab. en Esp., p.*ᵉ 3.ª, *cap.* 6.)

Esta misma empresa llevaron siempre sus descendientes, y aunque variaron los colores del escudo y banda, en rojos, azúles, ó verdes, siempre conservaron el mismo blason, que se encuentra prodigado en los adornos de la Alhambra. (D. Miguel Lafuente Alcántara, *Hist. de Gran., cap.* 12.)

(2) *Nació digno Al-hamar de la corona.*

Yahye Ben Nasar allegó sus tropas, requirió y exortó á sus parciales y amigos, y con favor de todos congregó muy lucida hueste en Arjona, dió el mando de las tropas á su sobrino Muhamad Abú Abdallá Ben Ju-

cef Ben Nasar, de Arjona, mancebo de admirables prendas, virtuoso y prudente como un anciano, valiente y diestro caudillo como el famoso Almanzor Ben Abí Amér. Era este mozo conocido por Aben Al-hamar, y muy estimado y célebre entre la juventud de Andalucía por su valor y gentileza. Deseoso de señalarse en servicio de su tio, fué con la caballería sobre Gien, y la entró por fuerza de armas, dia Giuma de la luna de... año 629 (1232): en la entrada de esta ciudad fué herido gravemente su tio Yahye, y poco despues falleció de sus heridas, dejando á su sobrino Al-hamar encomendada su venganza, y en herencia la sucesion de sus tierras y pretensiones.

. . . .

El alevoso alcaide de Almería Abderraman por concluir su deslealtad y congraciarse con Muhamad Ben Nazar Aben Al-hamar, Señor de Arjona y de Jaen, hizo que los de Almería y su tierra se declarasen por él, y le proclamó con grandes fiestas: el Walí de Jaen Aben Chalib procuró tambien por su parte ganar los ánimos de los Granadinos, y Muhamad, que no se descuidaba un punto para aprovechar aquella ocasion, corrió la tierra y fué recibido en todas partes con aclamaciones, y entró en Granada en fin de Namazan del año 635 (1238). — Encomendó la gobernacion de las ciudades á los que en valor y prudencia se distinguian y adelantaban á los demas, y los que sabia serian mas agradables á los pueblos.

. . . .

Muhamad Ben Al-hamar, Rey de Granada, era la única columna del Estado de los Muslimes en España.

. . . .

El Rey Ben Al-hamar cuidó de asegurar sus fronteras, reparó los muros de sus fortalezas y se tornó á Granada; edificó en ella hermosos edificios, almarestanes para enfermos, hospitales para pobres, ancianos y peregrinos; colegios, casas de enseñanza, hornos, baños, carnicerías, y escelentes alhoriles para guardar provisiones. Estas obras le obligaron á imponer algunas contribuciones temporales; pero como el pueblo veía la frugalidad de la casa del Rey, y que todo se empleaba en obras de utilidad y provecho comun, no sentia pagar estos nuevos tributos. Labró fuentes públicas y hermosas con la comodidad que para esto ofrece aquella ciudad, hizo acequias muy abundantes para el regadío de las huertas, y procuraba con particular esmero que hubiese abundante y fácil provision de todo lo necesario para la vida. Para mantener estas obras no bastaba la renta que percibia de la décima de Zunna y Xara, y fué necesario valerse de otros arbitrios. Al mismo tiempo se ocupaba en los consejos con sus Xeques y Cadíes, y daba audiencia á pobres y ricos dos dias á la semana. Visitaba las escuelas, colegios y hospitales, y se informaba del servicio y asistencia de los médicos, preguntando á los enfermos y menesterosos. En el gobierno particular de su casa no era menos admirable. Tenia en su harén pocas mugeres, y las veía pocas veces, cuidando siempre de que estuvieran bien servidas. Sus mugeres eran hijas de los principales señores del Estado, y las trataba con mucho amor, y las tenia contentas y amigas entre sí, para lo cual empleaba todo su buen ingenio. Procuró tambien cultivar la amistad de los Amires mas poderosos de Africa, y envió sus cartas y mensageros al Rey de Túnez Abu

Zacharia Yahye Ben Hafri, y á Yugomarsan, y á los Ceyanes y Benimerines que estaban en guerra con los Almohades, y favorecian con esta division el establecimiento de la casa de Nasar, y por desgracia tambien las ventajas de los cristianos en todas sus fronteras.

. . . .

Dedicóse Aben Al-hamar á fomentar la industria y aplicacion de sus vasallos, concediendo premios y esenciones á los mejores labradores y yeguerizos, armeros, tejedores y guarnicioneros. Asi florecieron las artes en sus Estados, y la tierra, que de su natural es feráz, con el buen cultivo se hizo feracísima: protegió mucho la cria y fábricas de seda, y llegó en Granada á tanta perfeccion que aventajaba á las de Siria. Se beneficiaron minas de oro y plata, y de otros metales, y cuidó mucho de que sus monedas de oro y de plata fuesen bien cendradas y hermosas.

. . . .

Puso sábios y virtuosos maestros á sus tres hijos: el mayor se llamaba como él, Muhamad; el segundo Aben Jargia, y el menor Jucef: y en los ratos en que estaba ocioso él mismo los instruía. Gustaba de leer historias, y de oirlas contar á su Ruya, ó contador de hadices, y se entretenia mucho en sus jardines, y cultivaba plantas aromáticas y flores. Principió la obra grande de la Alhambra, y él mismo dirigia la obra, y andaba entre los alarifes y arquitectos muchas veces.

. . . .

Por este tiempo el príncipe Filibo, hermano del Rey Alfonso, el Zaim Don Nunio y otros ilustres caballeros de Castilla se desavinieron con su Rey llevando á mal sus cosas, porque se dejada gobernar mas por su mu-

ger, que por su buen consejo, y se vinieron á Granada al amparo de Aben Al-hamar, cuya nobleza tenian bien conocida.

Recibiólos como á tan buenos caballeros se debia, y todos fueron aposentados en casas muy principales, y muy honrados del Rey y de todos sus Walíes y Wazires, y ellos se ofrecieron á servirle en la guerra contra los rebeldes, y le rogaron que escusase cuanto fuese posible el ir contra el Rey de Castilla, que solo contra él no le servian, y Aben Al-hamar alabó su nobleza, y luego partieron contra los de Guadix en compañía del Amir Muhamad, sucesor del reino. En esta guerra hicieron estos caballeros notables proezas, á competencia de los mas esforzados Muslimes, y el Rey Al-hamar les daba parte en las presas, y en todas ocasiones los honraba mucho.

. . . .

Y venido el siguiente año avisaron los alcaides de las fronteras al Rey Aben Al-hamar que los Walíes entraban la tierra con mucho poder, que les enviase socorro de caballería y peones. Encolerizóse el Rey sobremanera, y muy acalorado dijo que luego se dispusiesen todos sus caballeros, que queria salir á poner fin á tan larga y desventurada guerra. Procuraron tranquilizarle, pero no fué posible, y montando á caballo, acompañado de la flor de su caballería, y tambien de los cristianos que estaban en su corte, salió de la ciudad: al salir de la puerta se rompió la lanza al primer caballero que iba en los adalides, y esto tuvo el pueblo por mal agüero, aciaga é infausta señal, sin que fuese mas que el descuido de no bajarla al tocar en el arco.

A poco mas de medio dia de camino se principió el Rey á sentir indispuesto, y á la media hora le asaltó un grave accidente; fué forzoso volverle á la ciudad en una silla, acompañado y asistido de todos los caballeros, asi Muslimes como Cristianos, que seguian sus banderas. La dolencia se agravó en estremo antes de llegar á la ciudad; fijaron alli su pabellon; los físicos le rodeaban sin saber qué hacer, y á pocas horas le dió un vómito de sangre y convulsion, y le llegó el decreto de Dios á la hora de Almagreb ó puesta del sol del dia Giuma 29 de Giumada postrera del año 671 (1273), y pasó á la misericordia de Dios. —Hasta el punto en que espiró estuvo á su lado el príncipe Filibo, hermano del Rey Alfonso. Luego se esparció la noticia de su fallecimiento, y todos lloraron la muerte de este Rey como si á cada uno hubiese muerto su propio padre. Enterróse con gran pompa en su propio cementerio, embalsamado en caja de plata cubierta de preciosos mármoles, en que su hijo mandó poner este epitáfio con letras de oro:

—«Este es el sepulcro del Sultan alto, fortaleza »del Islam, decoro del género humano, gloria del dia »y de la noche, lluvia de generosidad, rocío de cle»mencia para los pueblos, polo de la secta, esplendor »de la ley, amparo de la tradicion, espada de verdad, »mantenedor de las criaturas, leon de la guerra, ruina »de los enemigos, apoyo del Estado, defensor de las »fronteras, vencedor de las huestes, domador de los »tiranos, triunfador de los impíos, príncipe de los fie»les, sábio adalid del pueblo escogido, defensa de la »fé, honra de los Reyes y Sultanes, el vencedor por »Dios, el ocupado en el camino de Dios Abú Abdalá

»Muhamad Ben-Jusef Ben-Nazar El-ansari: ensálcele »Dios al grado de los altos y justificados, y colóquele »entre los profetas, justos, mártires y santos, y com»plázcase Dios de él y le sea misericordioso, pues fué »servido que naciese el año quinientos noventa y uno »(1195), y que fuese su tránsito dia Giuma despues de »la zalá de Alazar, á 29 de la luna, Giumada postrera, »año 671 (1273).

» Alabado sea aquel cuyo imperio no fina, cuyo rei»nar no principió, cuyo tiempo no fallecerá, que no »hay mas Dios que él, el misericordioso y clemen»te.» —(CONDE, *Hist. de la dom. de los árabes en España. Cuarta parte, capítulos* 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9.)

Confirió en esta ocasion (Yahye Ben-Nasar) el mando del ejército á su sobrino Al-hamar, natural de aquella villa, y que segun los astrólogos tenia un horóscopo muy favorable por haber nacido el mismo dia de la batalla de Alarcos, y por los pronósticos de un Santon, que le anunció en la cuna gloriosa carrera. Era este un mancebo muy famoso entre los caballeros de Andalucía y de Castilla; poseía mucha gracia en sus modales, mayor amenidad en su conversacion, esquisita sagacidad en el trato comun, admirable discrecion en los consejos, probado valor en las batallas, y gentileza sin par en los torneos: viejos y jóvenes, doncellas y matronas, moros y cristianos le comparaban con el modelo de los caballeros Arabes, con Almanzor el grande. (CONDE, DOM. DE LOS ARAB. EN ESP., *p.*ᵉ 3.ª, *cap.* 2.°—MARMOL, *Descrip. de Afr.*, *lib.* 2, *capítulo* 38.—AL-KATTIB en Casiri, tom. 2, *Reyes de Granada.*)

(*Nota del autor.*) Esta nota y las siguientes relativas al Rey Al-hamar son tomadas de la erudita y elegante historia de Granada que escribe actualmente D. Miguel Lafuente Alcántara, con cuya amistad me honro, y á cuyos estensos conocimientos históricos debo mil útiles advertencias, consejos y noticias de que me he servido para mi poema de Granada.

El carácter y costumbres de Al-hamar pudieran servir de modelo á príncipes: afable en su trato privado, era vigoroso y enérgico desde el momento que montaba á caballo ó empuñaba la lanza al frente de sus escuadrones. En campaña atendia mas á la seguridad y satisfaccion de sus soldados que á su propio regalo y conveniencia: frugal y económico en el arreglo interior de su palacio, desplegaba el lujo y magnificencia de un príncipe asiático cuando tenia que presentarse á sus pueblos con la investidura de Rey. Su gallarda figura, su animado rostro, su perspicaz mirada, sus modales agradables despertaban tanta simpatía como respeto: su gentileza le granjeó mucha fama entre todos los caballeros moros y cristianos: no se presentaba en la plaza del tornéo ginete mejor plantado, ni se veía una lanza mas segura, ni un brazo mas firme para refrenar el caballo ó coger la mejor cinta: sereno en el campo de batalla, cargaba al frente de sus soldados, y sus armas eran las primeras que se teñian en sangre enemiga. Al volver de sus gloriosas espediciones oraba en las mezquitas antes de pisar los umbrales de su harén. Sus mugeres eran señoras de muy alto linage, á las cuales prodigaba finísimas atenciones, construyendo para solaz y honesto esparcimiento de ellas jar-

dines y gabinetes preciosos, regalándolas con igualdad aderezos riquísimos, y apaciguando las discordias que suscitaban los celos en el recinto de sus asilos misteriosos.

Marmol ilustra los nombres y linage de Al-hamar: «Mahomad Abu-Said, primer Rey de Granada de esta »casa, fué natural de Arjona y alcaide de ella, el cual »era muy rico y muy estimado entre los moros: su ori»gen era de un pueblo que los Alárabes llaman Ajéz, »que significa advenedizos, porque no son naturales »Alárabes, sino de los que se juntaron con ellos y to»maron su secta; y segun dice El-Giouhorí, escritor »Arabe, en su *Loga* en la letra H, el Kamara era un pue»blo que ocupó la ciudad de Cufa en el mar mayor, y «despues pasaron muchos hombres principales de él á »las conquistas de Africa y de España en servicio de »los Kalifas de Damasco, y á su tribu y parentela lla»maron Ibni Aben Al-hamar, que tanto quiere decir, »como *los hijos del linage de los bermejos*: y esta es »la etimología de su nombre y apellido, y no por ser »bermejo de color como algunos quisieron decir.» — (*Descrip. de Afr., lib.* 2.°, *cap.* 38.)

«Asentó Aben Al-hamar su silla y corte en Grana»da, dando principio á aquella casa y reino tan pode»roso, cuya corona duró por espacio de 256 años, »ofendiendo y defendiéndose contra la mas fuerte na»cion del universo. Fué llamado este Rey Muhamad »Aboabdille, Aben Azan, Aben Al-hamar; y de la sig»nificacion de su nombre usó por armas en sus escudos »reales la banda bermeja con letras árabes, como hoy »se ven en el palacio real de la Alhambra en el cuarto »de los retratos de los Reyes moros, y en las doblas de

»oro que corrieron en el reino de Granada con su divi»sa.» —(Argote de Molina, *Nobl. lib.* 1.°, *cap.* 97.)

El cuidado preferente del Rey Al-hamar era la construccion del palacio de la Alhambra: aunque habia reedificado las Torres Bermejas, quiso elevar un monumento que trasmitiese á la posteridad una prueba de su gusto y esplendor: bajo su direccion fabricáronse la torre de la Vela, los sólidos cubos que forman la fortaleza que se llama la Alcazaba, y la amplió hasta la torre de Comares, cuyas labores, cifras é inscripciones dirigió él mismo, mezclándose modesto entre los alarifes y albañiles para darles instrucciones.

(3) *Por bajo de la cádima alcazaba.*

Alcazaba cádima. —*Fortaleza vieja.* Casa de los señores de Granada antes de la fundacion de la Alcazaba de la Alhambra.

(4) *Y el friso trabajoso alicatado.*

Alicatado.—Adorno primoroso y prolijo hecho con azulejos.

(5) *El barrio del deleite le llamaron.*

Aun hoy conserva este nombre: llámase barrio del Ajeriz, que significa deleite.

(6) *Reclinadas en frescos alhamíes.*

Alhamí. —Poyo vestido de graciosos azulejos que se eleva del pavimento algunas pulgadas, en donde los árabes colocaban sus lechos.

LIBRO DE LAS PERLAS.

(1) *Oh Génios invisibles, que errais en las tinieblas.*

Los Génios, segun los Arabes, son una raza de seres intermedios de los Angeles y de los hombres; hijos segun unos de Eblís (Satanás), y segun otros del viento y de la niebla. Antes de Adan habitaban la tierra, pero Dios, indignado de los crímenes que cometian, envió contra ellos á los Angeles, que les obligaron á guarecerse en las rocas de las montañas y en las islas desiertas. Gelaleddin, autor árabe, dejó una curiosa historia de estos seres, de los silfos, de las hadas y de otras creaciones fantásticas de la supersticion oriental.

(2) *Caudillo Nazarita.*

Por gefe de la tribu y casa de Nazar.

(3) *El Darro te trae oro,*
plata te dá el Genil.
Cien minas en tu suelo
posées.

Los rios Darro y Genil traen positivamente oro y

plata. El autor de la presente obra lleva continuamente una sortija de oro recogido entre las arenas del Darro durante su permanencia en Granada. En cuanto á las minas que existen en esta provincia nadie ignora que la historia testifica que fueron beneficiadas por los Romanos y Cartagineses.

(4) *Amir del pueblo moro.*

AMIR. —*Príncipe.*—*Gefe de tribu.*

LIBRO DE LOS ALCÁZARES.

(1) *Geb-Elvira y Macäel.*

Sierras contíguas á Granada. De Macäel son la mayor parte de los mármoles empleados en los edificios de Alhambra y Generalife.

(2) *De las téas á la lumbre.*

Alhambra. Significa en Arabe la roja. Al-Kattib dice que se llamó asi por haberse empezado á fabricar de noche á la luz de téas encendidas, con cuyo reflejo parecia roja la tierra. Algunos han deducido la etimologia de *Alhambra* del nombre de su fundador Al-hamar, que la comenzó por la torre que hoy se llama *de la Vela*: otros de la voz *Medina-Alhambra*, ciudad rubia, como la llamaba el mismo fundador; y muchos, en fin, por estar fundada como las *Torres-Bermejas* en cerros cuya tierra es encarnada. Tambien hay opinion de que se deriva de Alhambra, aldea y fortaleza que hizo construir un caudillo moro para resguardar á los hortelanos y campesinos de la vega perseguidos por los cristianos, y que habiendo estos hecho una temible escursion en ella, tuvieron acogida los moros

fugitivos en el parage que ocupa la fortaleza á que dieron nombre. (D. M. de Lafuente Alcántara.—*Libro del viajero en Granada.*)

(3) Generalife, y Granada á vista de pájaro.

Generalife. Significa en lengua árabe casa de recreacion. Marmol esplica la misma palabra diciendo que es la casa ó huerta de el Zambrero, porque en ella celebraban los Reyes moros bailes y zambras. Le fundó el príncipe Omar, cuyas costumbres eran tan blandas y voluptuosas, y cuyo carácter tan amable, que labró este retiro para pasar una vida muelle y tranquila dedicada al amor, al encanto de la música, á los placeres campestres, y libre de los ruidos y de los cuidados de la corte.

La Leyenda de Al-hamar es, por decirlo asi, la decoracion en que se representa el Poema de Granada, y no tiene otro objeto que el de dar á conocer al lector el lugar en que van á pasar las escenas que forman su argumento. He atribuido á Al-hamar la fundacion del Generalife, para abarcar de una vez todos los objetos que completan la descripcion de Granada, sin fastidiar al lector con detalles históricos que le interesarian poco, y que entorpecerian la narracion de los hechos. En cuanto á las descripciones de Alhambra y Generalife, nada exagero: los escritores cristianos y árabes y los viajeros de todas naciones y épocas convienen en que estos dos edificios son la realizacion de los palacios encantados de los cuentos orientales. El estado actual del Generalife se halla exactamente descrito en *el libro*

del viajero en Granada por D. M. Lafuente Alcántara, de cuya obra doy en seguida algunos párrafos que nada dejan que desear, y que prueban la verdad de mis descripciones. Los lectores que hayan visitado á Granada no necesitan seguir leyendo esta nota, pero me importa que los que no conozcan esta bella poblacion no tengan por fanfásticas mis descripciones: el esceso de poesía que hay en ellas no está en mi pluma, sino en el pais de que escribo.

Un juicioso viajero, hablando del delicioso retiro del Generalife, dice: «Ni hay decorador de teatro, por rica que sea su imaginacion, que llegue á imaginar tan ricos y variados cuadros. En medio de una montaña de flores se sigue un sendero estrecho, por donde apenas pueden pasar dos caballerías hasta llegar á un delicioso valle, ó mas bien precipicio de ruinas esmaltadas de flores, que se halla al pié de la montaña de Generalife: despues, subiendo siempre, y pasando por bajo de arcos moriscos, de galerías de árboles entrelazados, llegan á los jardines de aquel fantástico sitio, en que toda la imaginacion morisca parece haberse agotado para formar un conjunto celestial.»

«Del antiguo palacio apenas queda un precioso pabellon trabajado con el mismo primor y delicadeza que la Alhambra: pero los jardines que le rodean, las fuentes, los estanques, las cascadas, los bosques floridos de naranjos y limoneros, la abundancia y variedad infinita de las flores, todo el conjunto en fin de aquel recinto mágico es realmente prodigioso. La naturaleza domina en el Generalife, asi como el arte en la Alhambra, y si yo he gozado en aquel mas que en es-

ta, es porque esperaba menos; aquí no cabe encarecimiento: la naturaleza es aun mas rica que la imaginacion.»

Saliendo al plano del jardin hay á la derecha de la escalera un templete (renovado con péximo gusto): en él se conservan dos columnas, en cuyos primorosos capiteles se advierten inscripciones de pintura ya muy borrosas: en el suelo hay una taza de figura de concha marina, con un saltador; y á los costados quedan dos arcos muy graciosos en cuyas enjutas se ven ajaracas, flores y labores arabescas. Esta estancia, afeada con mezquina obra moderna, comunica con la calle de los Cipreses.

A la izquierda corre una galería con diez y siete ventanas arqueadas, en longitud de sesenta pasos. Al asomarse á cualquiera de ellas queda el espectador embelesado cual si de repente se hallase en la region del paraiso. ¿Qué podremos decir nosotros que no sienta el que contemple el magnífico cuadro que desde esta galería se descubre? Adonde quiera que se vuelvan los ojos aparecen motivos de admiracion: jardines, bosques de verdura, el alcázar árabe con las caprichosas formas de sus torres envueltas en espesos vergeles; mas abajo las apiñadas casas de la ciudad; á lo lejos la vega con su claro horizonte. ¿Quién no participa de un indecible deleite al permanecer silencioso contemplando tanta maravilla?

Hácia el medio de la galería se halla la puerta de la capilla, construida en el mismo sitio en que estaba el oratorio ó *mirab* de este retiro. En ella se dice misa alguna que otra vez, y en frente de la misma entra-

da se conserva aún parte del templete árabe y la forma de su antigua puerta. El arco afestonado, las ajaracas y labores de sus enjutas, la faja con la inscripcion repetida «*Dios es grande*,» los demas adornos de estuco representando galerías, y las fajas seguidas con letreros religiosos, dejan adivinar el parage en que estaba la capilla moruna. Por la parte que mira al jardin se conservan los adornos y la primitiva hechura de la puerta. En frente de esta hay un hermoso cenador rùstico, por bajo del cual corre con grato murmullo una grande acequia que atraviesa todo el patio: deben admirarse las puertas de la casa reservada del administrador. Tienen graciosos relieves de madera representando sátiros, faunos y figuras caprichosas. Esta labor revela desde luego que es debida á un artista escento de las prohibiciones del Korán.

Siguiendo por la galería adelante, ó por las calles de arrayan, cipreses y otros vistosos arbustos que forman los cuadros del jardin, se llega á un hermoso vestíbulo, al cual dan entrada cinco arcos (uno mayor) sostenidos por cuatro columnas de mármol de Macäel, y por otra, dos de estuco embutidas en las paredes. Su estension es de veinte pasos de largo y seis de ancho; la parte esterior se adorna con calado de estuco, ó enrejado de hojas, y con fajas que guarnecen en varias direcciones, cuyos letreros dicen: «*Solo Dios es vencedor: la gloria á Dios: la esperanza en Dios:* . . . .

. . . .

no hay Dios sino Dios, y Mahoma su legado. La alabanza á Dios: el poder, la sublimacion y la grandeza sea dado á Dios: y el ensalzamiento al grande Empe-

rador nuestro. ¡Oh Rey ensalzado! ¡vencedor de tus enemigos! Entras en la batalla como el rayo, y cabalgando tan veloz como El-Borak que pareces caminar ligero de un cabo al otro cabo del mundo. Sálvete aquel que caminaba en una noche inmensos espacios: y sea tu guia el ángel grande que le guiaba. Y despues de haber defendido la secta, seas recibido en el paraiso con el Profeta santo.»

El ornato interior de la galeria es muy semejante al esterior, y termina con una faja de inscripcion, que la circunda toda, y en la que se leen entre otras estas sentencias: — «*De Dios son todos los ejércitos del cielo y de la tierra. Es Dios sábio, alto, y justiciero para dar la gloria á los creyentes; gloria de las que corren aguas perpetuas en ello, y les perdonará á todos sus pecados. Los que ponen en Dios fealdad, sobre ellos será por él derramada, y les aparejará el infierno, y en él los perpetuará.*»

. . . .

El techo es plano, formando estrellas, cupulinas y menudas labores coloridas con mucho gusto. A la izquierda hay un nicho ó capilla cuyos adornos consisten en fajas de letreros con piadosas sentencias, en cornisas de arcos pendientes, y de boveditas, y en los mismos estucos que ya se han esplicado prolijamente en departamentos idénticos.

Abren paso á la antesala tres arcos que descansan sobre esbeltas columnas con capiteles adornados de boveditas pendientes, formando el cuadro de ellos fajas con inscripciones. Se sobreponen cinco ventanas caladas que hacen la fábrica mas ligera. Sobre el arco de en medio hay esta curiosa inscripcion en letra me-

nuda: —*«Alcázar hermoso y de gran primor, se representa con mucha magestad; luces despide de grandeza grande, todo lo baña con su resplandor. Cúbrenle nubes de claridad y bondad por todas sus partes con magnificencia; digno es de que se le ofrezcan dones de alabanza, como que tiene algo de divino su adorno. Su jardin adornado de flores, cuyo asunto son las plantas fijadas con gran fantasía, exhala suaves olores. Mueve el aire sus ramas y causan suavidad y armonía, siendo como una música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores se deja ver ameno, y en una verdura contínua. Abul-Walid, el mejor de los Reyes, temeroso de la ley de Dios, el que á los justos da reposo, el poseëdor de las dos progenies. El que á los descendientes de Mahoma protege: el que se muestra en todo su ser á sus vasallos; el que hace valer, el que desprecia lo transitorio, y pone sus esperanzas en Dios y en sus leyes, es el objeto de mi estimacion. Sálvete Dios, y déte buen hado, y confirme en tí sus altos favores, con los que subas al estado mas alto. ¡Oh! Siempre tengas ventajas, nunca te falten primores, pues has ennoblecido las labores. Este aposento á tí dedicado está en un grado de perfeccion, de altura y de firmeza, que puede compararse en su duracion á la secta nuestra. Es un milagro, un triunfo del arte; y por eso, Rey soberano, apoyo de la grandeza, ten por bien de aceptar esta obra, que tu aceptacion le dará seguridad, y con ella se hará digna de dedicarse á tí con imponderable ventura, y brillará en ella la luz, el reposo, el resplandor, el respeto, la honra y la bondad de su Señor, que será la última perfeccion de su nobleza.»*

La antesala tiene de largo veinte pasos, y ocho de ancho, con dos separaciones formadas por arcos circulares, cuyos cuadros los forman fajas con inscripciones piadosas. Hay dos ventanas abiertas en la pared divisoria, sobre las cuales corren unos letreros graciosos que dicen entre otras cosas: «*La ventana que está á la entrada de este dichoso palacio, para servicio y regocijo de la nobleza; su vista agraciada entretiene los ojos, y eleva el corazon para dar á Dios gracias. Y la fuente que desde ella se descubre, con su agua y su frescura se halla mas ensalzada; y solo la hace mejor la presencia de su Rey y Señor cuando la mira.*»

. . . .

. . . .

Los adornos que restan en esta antesala, ademas de las inscripciones, consisten en galerías fingidas y ventanas caladas, sobre las cuales corre una hermosa faja con la sentencia repetida, *Alabanza á Dios*. Los techos de ella y de sus departamentos son embutidos con mucho primor, y conservan aún su colorido.

Desde esta antesala se pasa al cuarto de los retratos por una puerta con arco muy bajo. Se ven en ella los de Boabdil, último rey de Granada, y el de su padre Muley-Hacén; el del infante de Almería, ascendiente de los Granadas Venegas; el de Cid-Hiaya, infante moro que se bautizó en Santa Fé á presencia de los Reyes católicos con el nombre de Don Pedro I; el de su hijo Don Alonso I, y su esposa Doña Juana de Mendoza; el del hijo de estos Don Pedro II; el de el primogénito de este Don Alonso II, y el del descendiente de este Don Pedro III. Tambien está el de

Doña Catalina de Granada, hija de Cid-Hiaya, que casó con Don Esteban Lomelin.

. . . .

. . . .

La sala en que se hallan estos retratos está renovada, y de ella se pasa á un cenador intermedio que conserva su primitiva forma; sus adornos de estuco formando ajaracas, galerías, ventanas, y fajas, con los piadosos motes «*Dios es grande: la alabanza á Dios.*» El techo es aun vistoso por sus preciosos embutidos y vivos colores.

De este templete se pasa á otra sala, en la cual estan colocados los retratos de los Reyes católicos, los de su hija Doña Juana, y el de Don Felipe el Hermoso; el del nieto de estos Felipe II, muy jóven; el de su madre Doña Isabel de Portugal, muger de Carlos V; los de Felipe III, Felipe IV y muger de este, y una dama desconocida; otro retrato de un caballero armado con una hacha en la mano y adornado con un lazo encarnado en el brazo izquierdo: se dice que es de el Gran Capitan.

. . . .

. . . .

Tambien se ve un cuadro con las armas de Castilla, y otros con caravelas y *buques*, tal vez alusivos á los que llevó Colon para el descubrimiento de Indias.

Desde esta sala, pasando por la antesala, y por otra habitacion renovada, se sube al patio de los cipreses y del estanque. Este es cuadrado, formando en medio una isla, en cuyo centro se ha construido en tiempo moderno otro segundo estanque con una fuente en medio. A los costados de esta hay cuadros con

adelfas reales, y flores: al rededor de aquel hay saltadores que forman vistosos juegos de agua, y una hilera de rosales, arrayanes y cipreses. A la entrada hay una galería sostenida por pilares, y las paredes del patio estan pintadas con sencillez figurando escenas de costumbres árabes y cristianas. Es notable en este recinto un vetusto ciprés que descuella entre otros tan antiguos como él, y conserva el nombre de *el ciprés de la Reina Sultana.* Se cuenta vulgarmente que los rivales de los Abencerrages calumniaron á la esposa de Boabdil, y supusieron que la habian visto á la sombra de este árbol entregada á livianos amores con el caudillo Aben-Hamet. La altura estraordinaria del ciprés, su antigüedad, y la tradicion amorosa inherente á él, llaman la atencion de todos los viajeros, que han carcomido parte de su tronco arrancándole hastillas para conservar memoria.

De este patio se sube por una escalinata de piedra muy incómoda á la bóveda de laureles, cuyo sombrío recinto formado en medio de jardines caprichosos y variados, es una prueba del gusto delicado de los árabes, y de los deleites que supieron crear en este retiro. Se pasa despues por otra escalinata sombreada de álamos y laureles plantados en una ágria pendiente á tres mesetas que se van elevando sucesivamente con un saltador en medio, y cascadas de agua á los costados, y se llega, siempre entre bóvedas de verdura, á un pequeño torreon de tres cuerpos que Don Jaime Traverso, administrador de Generalife, ha construido en el año de mil ochocientos treinta y seis. Consta de una sala inferior, de otra intermedia y de una azotea, desde la cual se descubre un horizonte mas dilatado que el

que se admira desde las galerías y ventanas de la casa árabe. (*Lib. del viaj. en Gran.*)

(4) *Junto á tí los Alijares*
ataviados á lo moro, etc.

El palacio mas rico y suntuoso de los que poseian los Reyes Moros de Granada era el de los Alijares, fundado tambien en la cumbre del cerro, en el cual se ven aún sus ruinas. Lucio Marinéo Siculo, Marmol, Pedraza, encarecen la magnificencia de este alcázar. Los romances antiguos granadinos hacen tambien referencia de él: preguntando Don Juan, Rey de Castilla, á un moro cautivado en la vega,

—¿Qué castillos son aquellos?
¿altos son y relucian?

Le responde el moro.

—El Alhambra era, señor,
y la otra la mezquita:
los otros los Alijares
labrados á maravilla.

Y en una preciosísima cancion antigua de la mora huérfana, que dirigia sus quejas á Aben-Humeya por haber fomentado la rebelion de los moriscos, se dice:

Menos en Granada
se verá la zambra;
y en la ilustre Alhambra
tanto deseada.
Ni en los Alijares

hechos á lo moro,
ni en su rio de oro,
menos en Comares.

Ademas de las ruinas referidas se ve en la cumbre de Generalife una meseta llamada la *Silla del moro*, que se cree fué un *mirab*, ú oratorio: á él se refugiaron desde la Alhambra algunos Reyes, perseguidos por bandos contrarios durante sus fatales discordias. Desde la *silla* continúan los cimientos y vestigios de grandes obras; y avanzando hácia levante se halla un albercon llamado *del Negro*, parecido mucho al *del Moro*: era un gran depósito para regar los jardines de los Alijares. Junto al estanque hay un subterráneo emboveda-do, del alto de un hombre y de dos varas de anchura; sirvió de acueducto para remontar el agua á la cumbre. Siguiendo adelante por el mismo cerro se descubren vestigios de obras antiguas y restos de fábrica moruna, de argamazon de tierra, chinarro y cal. Estas ruinas son, segun las mas fundadas conjeturas, las de los Alijares. El albercon *del Moro* se destinaba para regar los jardines del palacio de *Darlaroca*, desde el cual se disfrutaba la hermosa perspectiva del Generalife, de la Alhambra y márgenes del Darro; y el albercon *del Negro* para surtir los de los Alijares, situados en la parte del cerro que mira al mediodia con no menos deliciosas vistas á Genil y Sierra-Nevada. Es del *momento*, dice Pedraza, conservar la memoria de estas antiguallas, y manifestar el gran poder de los moros, que rodeados por todas partes de guerras continuas y molestas, tuvieron ánimo y caudal para costear obras tan grandes. (*Id.*, *id.*)

(5) *Mas allá sobre pilares*
de alabastro, Darlaroca, etc.

Encima de Generalife habia otra habitacion deleitosa llamada *Darlaroca*, ó palacio de la Novia; próximo á las tapias de la huerta, y con mucha inmediacion á la moderna torre, hay un estanque casi cuadrado, defendido por el monte y sostenido por un murallon. Puede verse con mucha facilidad saliendo por la puerta que tiene al campo dicha obra moderna, y caminando un poco hácia levante por la orilla misma de la tapia. Llámase vulgarmente el *albercon de las damas.* Junto al *albercon*, y avanzados un poco sobre la huerta, hay un edificio que se llama entre las gentes *el peinador de las damas*, cuya tradicion indica que era una estancia contigua á los baños, para comodidad de las personas que moraban en tan delicioso lugar.

Es cuanto puede referirse de estos parages digno de fijar la atencion. Júzguese por la hermosura de Generalife, por las ruinas de los palacios contiguos á él, del gusto, riqueza y voluptuosidad de los Reyes Granadinos. (*Id.*, *id.*)

(6) *Reflejando en sí la ermita*
de los siervos de la Crúz.

La ermita de San Anton el viejo, fuera de Granada, á la márgen del Genil, donde los moros toleraron que los cristianos tuvieran siempre su santuario dedicado al mismo Santo. Su situacion es sumamente pintoresca, y es el punto de vista desde el cual se comprende el curso del Genil y se admiran sus deliciosas y floridas orillas. (*Id.*, *id.*)

(7) *A tu diestra el real castillo*
sobre el cual voltéa inquieta
la simbólica veleta
del bizarro Aben-Abúz.

Bedici Ben-Habuz Almudafar, tercer señor de Granada, para demostrar su vigilancia hizo la Alcazaba antigua (cádima) en lo mas alto de la ciudad (y que hoy se llama *casa de la Lona*), fabricó en ella una torre y colocó en ella una estátua de bronce representando á un caballero árabe armado de lanza y adarga, que giraba como veleta á todos vientos, y tenia al través un letrero que decia:

Calet el Bedici Aben-Habúz
quidat ehahet Lindibúz.

Dice el Sábio Aben-Abúz
que asi se ha de guardar el Andalúz.
(*Id., Hist. de Granada.*)

(8) *A tus piés Torres-Bermejas.*

Desde el camino de Peña partida arranca una senda que lleva á Torres-Bermejas, llamadas asi por su color rojizo. Fueron construidas sobre las ruinas de otra fortaleza antigua que los primeros árabes construyeron para tener sujetos á los judíos y cristianos, que moraban en el barrio que hay en la falda misma de este cerro hasta el *Campo del Príncipe.* (*Id., libro del viaj. en Gran.*)

(9) . . . . *los valles frescos*
donde habita la salud.

Desde la fuente del Avellano, se ofrece á la vista un valle risueño, una serie no interrumpida de jardines y casas de recreo, de espesos bosques de avellanos, de cabañas pobres, pero de aspecto agradable. La *Colegiata del Sacro-Monte* descuella al frente cual gótica Abadía. Hasta las pendientes de los cerros son fertilizadas por las filtraciones de las acequias, que sus cumbres llevan, y apenas se divisa el suelo, sino álamos corpulentos, frutales, fresca yerba y flores permanentes. Tanta frondosidad despierta sensaciones poéticas, creyéndose la imaginacion trasportada á un rincon de aquel vergel amenísimo, que el Génesis nos pinta como obra maravillosa de Dios para servir de recreacion y asilo al padre de los mortales. Como si la Providencia hubiese querido prodigar en estos parages todos los gérmenes de vida, nacen en ellos fuentes y arroyos de agua cristalina, muy celebrada por su virtud de disipar algunas dolencias inveteradas: tales son la Agrilla y la de la Salud. Los moradores de estos sitios ofrecen ejemplos de larga edad; el aire, purificado con una vegetacion lozana y embalsamado por sus efluvios aromáticos, comunica á la sangre elementos de vida, y aleja la muerte del lecho de los moribundos. Los moros africanos venian á este remedo del paraiso, y en él desechaban las dolencias contraidas en sus ardientes costas: y el gran Cardenal Cisneros, consumido por trabajos asiduos, prolongó su vida recreado en las delicias de los Cármenes, y aspirando sus aires purísimos. En las huertas, que formando escala se divisan

en frente de la subida que conduce á la fuente del Avellano, habia jardines y palacios de los Reyes y magnates moros: aun quedan vestigios de uno de estos en la casa ruinosa que subsiste á la derecha del camino del Sacro-Monte, al final de la cuesta del *chapiz*, en la puerta llamada del lavadero. (*Id.*, *id.*)

(10) *Su opulento Zacatin.*

Zacatin, en árabe *casa de comerciantes.* Es una calle que conserva su moruna forma irregular, á pesar de las reformas hechas en ella por Fernando de Zafra, secretario de los Reyes católicos, y no obstante algunas novedades posteriores. Por la derecha desembocan en el Zacatin varias calles tortuosas y estrechas, y por la izquierda pasa el rio Darro lamiendo los cimientos de las casas hasta el puente de San Francisco. Una de estas calles conserva aún el nombre de calle de Aben-Hamar, porque en ella vivió un célebre y rico caudillo de este nombre, cuya casa está hoy renovada en la placeta del colegio eclesiástico. (*Id.*, *id.*)

(11) *Albunest y el Albaycin.*

Albunest, *delicia.*—Albaycin, *nido de halcones.*—Dos barrios de Granada situados en opuestas direcciones: ambos merecen los poéticos nombres que hoy conservan.

(12) *Dá opulento á sus mugeres*
mesa opípara en su harén.

Harén. (*Sitio prohibido.*) Habitacion de las muge-

res, entre los árabes. Su entrada está permitida solamente al marido, que vá allí á pasar las horas despues de comer, para recrearse en medio de sus hijos y sus mugeres. Los árabes sienten mucho que les llamen para negocios cuando entran en el harén, y Mahoma reprende la grosería de algunos que le llamaron en voz alta en ocasion semejante, en el cap. 49 del Korán, cuyas palabras son: — «El interior de tu casa es un Santuario: los que le violan llamándote cuando estás en él, faltan al respeto que deben al intérprete del cielo. Deben esperar á que salgas de allí: la decencia lo exige.»

(13) *Las almées y los juglares.*

Almées, y Al-imées. — *Muchachas sábias.* — Bailarinas y cantoras con cuyas danzas y música se divierten las mugeres en Oriente en sus festines. Visítanse estas frecuentemente (con especialidad en Egipto), y se dan saraos, de los que estan escluidos los hombres. Admiten solo en ellos las esclavas necesarias para el servicio, y se dan á los placeres del baile y la música, en vez de los de la mesa. Las *Almées* cantan himnos en alabanza de los convidados, y concluyen por canciones amatorias, ejecutando al fin bailes voluptuosos, que pasan muchas veces los límites de la decencia.

LIBRO DE LOS ESPÍRITUS.

(1) *Sobre el Borak á hacer.*

El Borak.—Cabalgadura fantástica sobre la cual visitó Mahoma el paraiso. (*Ver la vida de Mahoma al fin de las notas.*)

(2) *Espíritus inmensos.*

(*Ver la vida de Mahoma. Descripcion del viaje nocturno.*)

(3) *Es el puente*
de la vida.

El puente Sirath.—(*V. la vid. de Mah. al fin.*)

(4) *Israfél.*

Israfél, ó Israfil.—Angel que el dia del juicio final tocará la trompeta á cuyo sonido resucitarán los muertos, colocándose sobre una montaña cerca de Jerusalen. Esta trompeta será tan larga como desde Jerusalen al monte Sinaí. Al eco de esta trompeta las almas de los hombres saldrán de la tierra como un enjambre, y marcharán por su superficie en busca de sus cuerpos. Los resucitados acudirán al sitio que este ángel les designare por punto de reunion. (*Jahía,*)

LIBRO DE LAS NIEVES.

(1) *No hay mas que un solo Dios.*

Primeras palabras de la profesion de fé de los Mahometanos. Estas palabras árabes, *lá ilâ ellá Alláh, Mahamed razúl Alláh*, que significan *no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta*, forman la profesion de fé de los árabes, que la repiten siempre que entran en la Mezquita, ó que van á emprender alguna cosa á la cual dan alguna importancia. El Korán la recomienda en el capítulo XIV, y los espositores árabes la interpretan de varios modos. *Gelaleddin*, comentariando la Sura del Korán en que se dice que *Dios afirmará la fé de los creyentes en esta vida por medio de la palabra inalterable,* esplica asi este pasage: «Dios afirmará la fé de los creyentes en esta vida haciéndoles pronunciar estas palabras: *lá ilâ,* etc.; y la afirmará en la otra haciéndoles responder acordemente á las preguntas de los dos ángeles que interrogarán á las almas en los sepulcros antes de que se desprendan de sus cuerpos. (*Ver la vida de Mahoma al fin.*)

(2) *Dios solo es triunfador.*

Empresa de Al-hamar. (*Ver la nota 1.ª del Libro de los Sueños.*)

(3) *Los ajimeces bellos.*

Ajimez.—Ventana de dos arcos dividida por medio por una ligera columna. Estas ventanas árabes son graciosisimas. No existiendo esta clase de ventanas mas que en los edificios de arquitectura árabe, la palabra *ajimez* no tiene correspondencia con ninguna de nuestra lengua que esprese su verdadera significacion; y hé aqui la razon de hallarla continuamente usada en el discurso de esta obra.

(4) *Dejó la comarágia.*

Comarágia.—Labor riquisima que se halla solamente en los aposentos de los Reyes Moros; la mas vistosa y complicada de las labores de la árabe arquitectura. El salon de embajadores ó de Comares en la Alhambra, está cubierto con esta labor.

(5) *Que al Hierosolimita*
de Salomon imita.

Dícese que la fuente del patio de los Leones se hizo con intento de imitar el famoso mar de bronce del templo de Salomon en Jerusalen.

(6) *Bib-el-Leujar les dió.*

Bib-el-Leujar.—Hoy puerta de las Granadas: es la puerta que da paso á la fortaleza de la Alhambra, en el remate de la cuesta de los gomeles. Sobre la etimología de esta palabra existen muchas controver-

sias. Actualmente la entrada á los bosques de la Alhambra por esta puerta es verdaderamente encantadora. Su descripcion se halla en el lugar conveniente, en el cuerpo de este poema.

(7) *La flor de los alimes.*

Alimes.—Sábios.

MAHOMA.

Mahoma nació en la Meca el año 578 de Jesucristo, el 53 antes de la egira, el 6163 del pecado de Adan (segun Abulfeda). Fué hijo de Abdalla, y nieto de Abdel-Motalleb, y descendiente por padre y madre de la tribu nobilísima de los coreishitas. Entre los árabes se conserva su genealogía desde Adan por Abraham é Ismael.

El nacimiento del Profeta fué acompañado de raros prodigios. En el momento de nacer, una radiante claridad iluminó las ciudades y pueblos de los alrededores de la Meca. El fuego sagrado de Zoroastres que ardia hacia mil años se estinguió. El palacio de Cosroes, Rey de Persia, se estremeció y cuatro de sus torres se desplomaron. Secáronse varias lagunas y brotaron en el desierto manantiales de frescas aguas. El reciennacido, poniéndose de rodillas y elevando las manos y la vista al firmamento, esclamó con voz varonil: *Dios es grande. No hay mas Dios que Dios, y yo soy su Profeta.* El sonido de su voz precipitó en los infiernos á los espíritus de las tinieblas, y á los génios

enemigos del género humano que estaban guarecidos en los planetas y en los signos del zodiaco; y cuando su madre le tomó en sus brazos para darle el pecho, reconoció con asombro que habia nacido circuncidado. Por cuyas maravillas se le dió el nombre de Mahomet ó Mahomad, que significa lleno de gloria.

Su madre Amæna le confió á una nodriza campesina, llamada Halima, quien le pidió para criarle despues de haberlo rehusado otras nodrizas por razon de su pobreza; pues su padre Abdalla, que murió á los dos meses de su nacimiento, no le dejó mas que á Baracca, esclava Etiope, y cinco camellos, único caudal que poseia. Halima llevó consigo á Mahoma al desierto de los Säaditas, su pais, huyendo de la insalubridad del aire de la Meca, donde pasó los tres primeros años de su vida en compañía de otro hijo de Halima llamado Masruht. En esta época fué cuando vagando por el campo los dos niños, les salieron al encuentro dos personages vestidos de blanco, quienes asiendo de Mahoma le tendieron en tierra y le abrieron el pecho; y uno de ellos, que era el Angel Gabriel, le sacó el corazon, le lavó y purificó, le inspiró la virtud, la fé y la sabiduría, y volviéndosele á colocar sin dolor dentro del pecho, desapareció con su compañero. Este prodigio, contado por Masruht, espantó de tal manera á la nodriza, que devolvió el niño á su madre.

Murió esta á poco, y Abdel-Motalleb recogió á su nieto en su casa, criändole como á sus propios hijos; pero muerto este á los cinco años, Abú-taleb, su tio, se encargó de él y le llevó á Siria para que se instruyura en el comercio. En uno de los viajes que con él

hizo, habiéndose hospedado en el Monasterio de Bosra, un Santon llamado Bahira le predijo un brillante porvenir. Vuelto á la Meca, su conducta ejemplar, su talento y su varonil belleza le granjearon la voluntad de todos los amigos de su tio, hasta que sus invectivas contra la idolatría les hicieron recelar de su corazon ambicioso. En sus primeras controversias con los sábios prevalecieron siempre sus opiniones; y en las primeras campañas que hizo, teniendo aun solos quince años, la victoria siguió constantemente su partido.

Los coreishitas, que guardaban la Caaba ó casa de Dios, edificada, segun se dice, por Abraham, quisieron construirla de nuevo con mas magnificencia. Hízose la argamasa con agua del pozo de Zemzem, que es la fuente que mostró el Angel á la madre de Ismael fugitiva; mas cuando llegó el caso de colocar la famosa *piedra negra*, todas las tribus se disputaron el honor de colocarla. Conocido es el origen maravilloso de esta piedra sagrada. Cuando reconciliados Ismael y Abraham construían la Caaba, faltándoles los andamios para levantar las paredes, el Angel Gabriel los trajo una larga piedra que se sostenia en el aire milagrosamente sin apoyo alguno, elevándose ó bajándose segun la necesidad de los arquitectos. Esta piedra era entonces un jacinto blanco; pero habiéndola tocado mas adelante una muger en estado impuro, se volvió negra. Despues de largas disputas sobre sus derechos al honor de colocar la santa piedra, las tribus árabes se convinieron en cederlos al primero que entrara en el templo. Mahoma, que acertó acaso á pasar por allí, hizo poner la *piedra negra* sobre una alfombra estendida, de cuyo borde asió un hombre de cada tribu, y

cuando la levantaron entre todos, él mismo la colocó en su lugar.

Imposible era que este jóven no llamara sobre sí la atencion universal. Una viuda noble y rica, que comerciaba con gran fortuna, le encargó de la direccion de sus negocios: entró Mahoma en casa de Cádiga, no como algunos dicen para conducir sus camellos, sino en calidad de asociado. Los intereses de Cádiga le obligaron á emprender un viaje á la Siria, y mientras atravesaba los abrasados desiertos de la Arabia, un Angel le hacia sombra con sus alas. Cuéntase que cerca de Bosra habiéndose sentado al pié de un árbol seco, reverdeció de repente llenándose de hojas y flores; y que este milagro convirtió á dos monges cristianos que reconocieron en Mahoma el Profeta de Dios. Volvió Mahoma felizmente de su viaje cargado de riquezas: Cádiga le ofreció su mano, y él la aceptó; tenia entonces Mahoma veinticinco años, y Cádiga cuarenta. Esta fué la primera que tuvo fé en la mision de su marido y él la amó constantemente, negándose mientras ella vivió á tomar otras mugeres, como la ley de su pais se lo permitia. Pasó en la soledad los quince años primeros de su matrimonio meditando la religion que debia someterle el Oriente. Estaban por entónces sumidos los árabes en la mas ciega idolátria, y el templo de la Meca, consagrado en su origen á un solo Dios, encerraba mas de trescientos ídolos. Mahoma, resuelto á destruir tan absurdas creencias, determinó componer el Korán para presentarse á su nacion protegido por un libro divino; y conociendo bien al pueblo para quien escribia, lo hizo en un estilo gracioso, lleno de brillantes imágenes y de seductoras promesas que hala-

gasen sus inclinaciones, publicándole diestra y políticamente en el espacio de veintitres años, por capítulos, y segun las circunstancias. Mahoma declaró que no sabia leer ni escribir; afectó el tono y maneras imponentes de los Profetas, y anunció que el Angel Gabriel dictaba sus palabras (1).

A los cuarenta años de su edad juzgó llegado el momento oportuno para predicar su religion. Retiróse como lo hacia todos los años á una gruta del monte Hara: y alli en medio de la noche el Angel Gabriel descendió del cielo y le dijo: *lée.*—*No sé,* respondió Mahoma.—*Lée en el nombre del Dios Criador, lée*, replicó el Angel, presentándole los primeros versículos del capítulo 96 del Korán, que Mahoma repitió de memoria; y subiendo á lo alto de la montaña, oyó una voz celestial que le dijo estas palabras: *Mahoma, tú eres el Profeta de Dios, y yo soy su Angel Gabriel.* Hé aqui el maravilloso origen del *Islamismo,* título que dió Mahoma á su doctrina, y que significa *consagrar á Dios.*

Alí, bijo de Abú-taleb, Zaid, Abú-becre, Otman, Aberhoman, Saad, Zobair, Telha, Abú-Obeïda, Saïd, Abdalláh, Amer, ciudadanos notables de la Meca, se unieron bien pronto al Profeta; reunió todos sus parientes, les anunció una nueva revelacion de Gabriel, y les dijo: «os ofrezco la dicha en este mundo y la felicidad en el cielo. ¿Quién de vosotros será mi Vi-

(1) Una paloma, enseñada por él, venia á comer en sus hombros el trigo que colocaba dentro de su oido, con lo cual persuadió al pueblo que el Angel Gabriel le hablaba al oido bajo la forma de este ave.

sir (1)? ¿Quién de vosotros será mi Califá (2)?» Viendo que todos callaban, Alí indignado levantóse y dijo: «yo, Profeta; yo partiré contigo tus trabajos, y esterminaré á tus enemigos.» Abrazó Mahoma al ardiente Alí, y dijo: «ved aqui á mi Hermano, á mi Vicario y á mi Califa; escuchadle y obedecedle.»

Esta primera prueba de Mahoma no obtuvo gran éxito: el pueblo se indignó contra el que destruia sus dioses; toda su familia le abandonó, y solo sus discípulos le quedaron fieles. Los coreishitas, que eran en la Meca lo que los levitas en Jerusalen, se reunieron para aniquilar al que derrivaba sus altares. Declararon al viejo Abú-taleb, que sino hacia callar á su sobrino tomarian las armas para esterminar la secta naciente. Aterrado Abú-taleb se avocó con Mahoma, pero el Profeta le dijo: «aun cuando armaran contra mí al sol y á la luna, y viera yo á estos dos astros venir contra mí, uno por la derecha y otro por la izquierda, no retrocedería.» Admiróse Abú-taleb de tan firme resolucion, y prometió á su sobrino no abandonarle jamás.

La tribu entre tanto reunida decretó el destierro de Mahoma y de todos los que habian abrazado el islamismo. El Profeta se retiró al monte Safa; Abú-gehel fué á buscarle allí y le llenó de injurias, á que Mahoma no contestó. Pero Hamza, su tio, decidido á vengarle,

(1) Consegero. Alí fué el primero que obtuvo este título.

(2) Sucesor. Alí no obtuvo este sino despues de Abú-becre, Otman, y Omar, á quienes los persas miran como usurpadores. Esta diversidad de opiniones sobre el Califato produjo luego sangrientas guerras entre los otomanos sectarios de Abú-becre, y los persas sectarios de Alí.

mató al insolente en medio de la asamblea de los coreishitas, y se hizo musulman: fué esta conversion un triunfo para el Profeta; y viendo sus enemigos que la persecucion no intimidaba á los sectarios del islamismo, decidieron echar mano de un hombre bastante determinado para quitar la vida á su gefe. El feroz Omar se ofreció á ello, y salió armado á buscar al Profeta en su retiro. Detúvose en el camino en casa de una hermana suya, á la cual encontró leyendo un capítulo del Korán. Esta lectura cambió de tal manera la disposicion de su ánimo, que haciendo lugar en él al entusiasmo el furor y la violencia, corrió al monte Safa, donde halló á Mahoma rodeado de cuarenta fieles. «Yo vengo á tí, le dijo Omar, para creer en Dios y en su apostol;» y abrazando en aquel punto el islamismo, abandonó la idolatría, y fué el mas celoso defensor del Profeta, pero conservó siempre su natural ferocidad. Era esta tal, que le apellidaron El-faruk (el divididor), porque partió en dos de una cuchillada á un musulman que se atrevió á reclamar contra una sentencia de Mahoma. La desercion de Omar puso el colmo al miedo de los enemigos del Profeta; su persecucion se hizo general; toda la familia y los partidarios de Mahoma fueron proscriptos.

El decreto de proscripcion escrito en un pergamino se depositó en la Caaba; al cabo de tres años Mahoma, que no se habia apartado de Abú-taleb, le anunció que el cielo habia dado á un gusano victoria sobre el decreto de los coreishitas. Abú-taleb dijo á los principales del pueblo que un gusano habia roido toda la acta de destierro, á escepcion del nombre de Dios. Los coreishitas acudieron al templo, abrieron la caja

en que estaba el decreto, y hallaron con espanto que no quedaba de él mas que un poco de polvo, y el sitio en que estaban escritas estas palabras: «en tu nombre, oh gran Dios.» Abolióse desde este momento la ley de proscripcion, y Mahoma y los suyos volvieron á presentarse en público

En esta época hizo Mahoma un gran milagro. Los coreishitas para confundir al Profeta le mandaron comparecer ante un sábio anciano encargado de examinar su mision. Este viejo, príncipe de su tribu llamado Habib, habia sido judío, cristiano y mago, y conocia todas las religiones. Colocóse en un trono alzado en el campo y rodeado de todos los príncipes árabes. Presentóse Mahoma sereno delante de su juez, quien para prueba de ser enviado de Dios, le propuso que cubriese el cielo de tinieblas, y qué hiciese bajar á la luna sobre la Caaba. Se hallaba el sol á tal punto en mitad de su carrera. Mahoma llamó á las tinieblas, y la noche se estendió por el firmamento: apareció en él la luna, que abandonando su marcado curso se cernió en los aires, se paró sobre el techo del templo de la Caaba, dió siete vueltas á su alrededor, y se situó despues sobre un monte vecino, desde el cual pronunció un discurso en alabanza del Profeta. Metióse en seguida por la manga derecha de su vestidura, salió por la izquierda, y se dividió en dos pedazos, que fueron uno por Oriente y otro por Occidente á reunirse en el cielo. Abulfeda, el mejor historiador del Profeta, no hace mencion de semejante milagro. Mahoma mismo no se atribuyó jamás el poder de obrarlos, y dice en diferentes capítulos del Korán, que él solo está encargado de la predicacion.

Poco tiempo despues de abolida la ley de proscripcion perdió Mahoma á su tio Abú-taleb, cuyo afecto habia siempre conservado, aunque no pudo nunca reducirle á abrazar el islamismo. Cádiga su muger murió por el mismo tiempo. Los coreishitas hicieron morir á ambos, y Mahoma puso el colmo á su furor con la relacion de su prodigioso viaje nocturno, del que damos en seguida un resúmen.

Viaje nocturno de Mahoma.

Dormia yo (dice el Profeta) en el valle estendido entre las colinas Safa, y Merva, cuando el Angel Gabriel me despertó. Traia con él á El-borak (resplandeciente), yegua de un gris plateado, cuya marcha es tan rápida que avanza en cada paso lo que la mejor vista no puede alcanzar. Sus ojos brillaban como estrellas. Desplegó sus dos inmensas alas de águila; acerquéme á ella y empezó á cocear. «*Estate quieta, la dijo Gabriel, y obedece á Mahoma.*» La yegua respondió: «el Profeta Mahoma no cabalgará sobre mí, si no me promete que entraré en el Paraiso el dia de la resurreccion.» Yo se lo prometí. Dejóse entonces montar, y en un instante nos hallamos á las puertas de Jerusalen.

Al entrar en el templo hallé á Abraham, á Moisés y á Jesus. Oré con ellos, y acabada la oracion cayó del cielo de repente una escala de luz, por la cual atravesamos la inmensa estension del aire con la rapidez del relámpago.

Llegados al primer cielo, llamó el Angel á la puerta.—¿Quién va? preguntaron.

—Gabriel, respondió el Angel.

—¿Quién es tu compañero?

—Mahoma.

—¿Ha aceptado su mision?

—Sí.

—Sea pues bien venido.

A cuyas palabras la puerta, mas grande que la tierra, giró sobre sus goznes y entramos.

Este primer cielo es de plata pura; y en su hermosa bóveda estan colgadas las estrellas en gruesas cadenas de oro. En cada una de estas estrellas está de guardia un Angel para impedir á los demonios que escalen el firmamento.

Un anciano decrépito vino á abrazarme llamándome el mayor de sus hijos; era Adan. No tuve tiempo para hablarle; distrájose mi atencion con una multitud de Angeles de todas formas y de todos colores; los unos tenian forma de caballos, los otros de lobos, etc. En medio de estos Angeles vi un gallo de una blancura mas brillante que la nieve, y de tan sorprendente magnitud que su cresta toca con el segundo cielo, distante del primero las jornadas de quinientos años. Todo esto me hubiera maravillado mucho si Gabriel no me hubiese dicho que estos Angeles estan alli bajo la forma de animales para rogar á Dios por todas las criaturas de la misma especie, que viven sobre la tierra; y que este gran gallo es el Angel de los gallos, cuya principal obligacion es la de alegrar á Dios todas las mañanas con su canto y con sus himnos.

Dejamos atrás el gallo y los Angeles animales para

entrar en el segundo cielo, que es de acero limpio y pulimentado. Alli encontré á Noé, que me recibió con los brazos abiertos; Juan y Jesus se me acercaron en seguida, y me llamaron el mayor y el mas escelente de los hombres.

Subimos al tercer cielo, que está mas lejos del segundo que este del primero. Para soportar la brillantez deslumbradora de este cielo, hecho de piedras preciosas, es preciso ser á lo menos Profeta. Entre los seres inmortales que le habitan, vi un Angel cuya altura está fuera de toda comparacion, el cual tiene á sus órdenes cien mil Angeles, cada uno de los cuales es solo mas fuerte que cien mil batallones de hombres armados para el combate. Este Angel colosal se titula el confidente de Dios: su talla es tan prodigiosa, que tiene setenta mil jornadas de un ojo á otro. Tiene este Angel delante de sí un inmenso escritorio, sobre el cual, y en un gran libro, no cesa nunca de escribir y de borrar. Gabriel me dijo que siendo al mismo tiempo secretario de Dios y Angel de la muerte, está continuamente ocupado en escribir los nombres de todos los que nacen, en calcular los dias que deben vivir, y en borrarles del libro conforme llegan al término que á cada cual fija su cálculo. Volaba el tiempo, y era fuerza aprovecharle; pasamos pues al cuarto cielo. Henoc, que se hallaba en él, se manifestó embelesado con verme. Este cielo es de plata tan fina y tan trasparente como el cristal mas puro; está poblado de Angeles corpulentos, uno de los cuales, menor que el Angel de la muerte, tiene sin embargo quinientas jornadas de altura. El destino de este Angel es muy triste; su ocupacion es llorar los pecados de los hom-

bres, y predecir los males que por ellos se les preparan.

Sus lamentaciones no me agradaban ciertamente para escucharlas por largo tiempo; asi que entrámos prontamente en el quinto cielo. Aaron salió á recibirnos y me presentó á Moisés, el cual se recomendó á mis oraciones. Este quinto cielo es de oro purísimo; los Angeles que le habitan casi nunca se rien; y tienen razon, porque son los guardadores de las venganzas divinas y del fuego asolador de su cólera celestial. Estan asimismo encargados de los suplicios de los pecadores endurecidos, y de preparar tormentos horribles para los árabes que rehusen abrazar mi religion. El triste espectáculo de su presencia me hizo apresurar mi camino, y me remonté con mi guia al sesto cielo. Allí volví á encontrar á Moisés, que se echó á llorar al verme, porque, segun me dijo, yo habia de conducir al Paraiso mas Arabes que él Judíos. Mientras que yo le consolaba sentíme arrebatar sin saber cómo, y con un vuelo mas rápido que el pensamiento llegué al sétimo y último cielo. No se puede formar idea de la riqueza de este hermoso paraiso; satisfaceos pues con saber que está hecho de *luz divina*. El primero de sus moradores que en él hallé es mayor que toda la tierra. Tiene este ser setenta mil cabezas; cada cabeza tiene setenta mil bocas; cada boca tiene setenta mil lenguas, que hablan continuamente, todas y cada una setenta mil idiomas diferentes, para celebrar las alabanzas de Dios.

Despues de haber admirado esta gigantesca y celestial criatura, arrebatado súbitamente por un soplo divino me hallé sentado al pié del granado inmortal.

Este hermoso arból está plantado á la derecha del trono invisible de Dios; de ese trono ante el cual arden sin cesar catorce cirios, que tienen de altura las jornadas de setenta años. Las ramas del granado, que tienen de largas la distancia que hay del sol á la tierra, dan sombra á una multitud de Angeles mas numerosa que los granos de arena de todos los mares, de todos los rios y de todos los arroyos. En las ramas de este granado estan guarecidos los pájaros inmortales, ocupados en considerar los sublimes pasages del divino Korán. Las hojas de este árbol se parecen á las orejas del elefante; sus frutos son mas dulces que la leche; uno solo bastaria para alimentar durante un dia á todas las criaturas de todos los mundos. Cada pepita encierra una Hurí; estas vírgenes divinas estan destinadas á los placeres eternos de los musulmanes. Las hay de cuatro especies, blancas, de color de rosa, amarillas y verdes. Su cuerpo encantador tiene la trasparencia del cristal. Sus ojos son tan hermosos que si una de ellas echase una mirada sobre la tierra en la noche mas tenebrosa, la alumbraria con mayor luz que el sol en su mayor brillantez. La saliva de una Huri bastaria para hacer la mar tan dulce como la miel. Las Huris se entregarán á las caricias de los fieles sin perder jamas su virginidad.

Cuatro rios brotan del pié de este granado; dos corren hácia el Paraiso, y dos hácia la tierra; estos dos últimos son el Nilo y el Eufrates, cuyo origen no habia antes que yo conocido nadie. Aqui me dejó Gabriel por no serle permitido penetrar mas adelante, y cedió su lugar á Rafael, quien me condujo á la casa

divina de la adoracion, donde se reunen cada dia en peregrinacion setenta mil Angeles de la mas alta gerarquía, y cada dia son diferentes. Esta casa, construida con jacintos rojos y cercada de lámparas que alumbran eternamente, se parece exactamente al templo de la Meca; y si desde el sétimo cielo donde se halla cayera perpendicularmente sobre la tierra, lo que puede muy bien acontecer algun dia, caeria necesariamente sobre el templo de la Meca; lo cual es tan cierto como estraordinario.

Apenas fijé la planta en la casa de la adoracion, un Angel me ofreció tres copas; la primera estaba llena de vino, la segunda de leche, la tercera de miel. Yo elegí la de la leche, y entonces una voz mas fuerte que diez truenos hizo resonar en los aires estas palabras: «¡Oh Mahoma! bien has elegido; porque si hubieras bebido el vino, tu nacion hubiera sido tan viciosa como desdichada.»

Un espectáculo nuevo desvaneció mi vista. Con mas rapidez que puede concebir la imaginacion humana Rafael me hizo atravesar dos mares de luz y otro de tinieblas de estension inmensurable, pasados los cuales me sentí en la inmediata presencia de Dios. El terror sobrecogió mis sentidos, y una voz mas estrepitosa que la del mar en la tempestad me dijo: «Llega, oh Mahoma, acércate al trono de la gloria.» Obedecí, y á un lado del trono leí estas palabras: *no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.* Al mismo tiempo puso Dios su mano derecha sobre mi pecho, y la izquierda sobre mi espalda: sentí un frio agudo sobre mi cuerpo que me heló hasta la médula de los huesos; pero este dolor fué seguido felizmente de inesplicable delicia que

embriagó mi alma, y que no puede ser conocida por los hijos de los hombres.

Tras este enagenamiento tuve con Dios una conversacion familiar y larga. En ella me dictó Dios los preceptos que os doy escritos en el Korán; ordenándome espresamente que os exhortara á sostener con las armas y á defender con vuestra sangre la santa religion que os predico.

Cuando Dios concluyó de hablar, Gabriel volvió á unirse conmigo: desplegó sus ciento cuarenta pares de alas brillantes como la luz del sol, y empezamos á descender de los siete cielos, deteniéndonos á cada paso para oir los cánticos que los espíritus celestiales elevaban en alabanza nuestra.

Habíame Dios ordenado orar cincuenta veces por dia, y al pasar por el cielo de Moisés le dí á conocer la orden que habia recibido: «Vuelve al Señor, me dijo el libertador de los hebreos, ruega á Dios que dulcifique semejante precepto: tu pueblo no podrá jamás cumplirle.» Volví á remontarme al cielo del Altísimo, y le rogué que disminuyera el número de oraciones, que redujo á cuarenta. El sábio Moisés me aconsejó que le hiciese nuevas instancias, y despues de repetidos viajes mios, Dios redujo á cinco el número de las oraciones diarias.

Vueltos en fin á Jerusalen, volvió á elevarse al firmamento la escala de luz que nos habia llevado hasta él: El-borak me esperaba; todavía era de noche; volvióme á llevar, agitando dos veces solamente sus inmensas alas de águila, al lugar donde me habia encontrado. Entonces dije á Gabriel: mucho temo que mi pueblo se niegue á dar crédito á la relacion de este via-

je.—Pierde cuidado, me respondió el Angel; el fiel Abú-becre, y el fiero y justo Alí mantendrán la verdad de estos prodigios (1).

Creyeron muchos desde luego esta maravillosa relacion, y los doctores mahometanos la exornaron despues con voluminosos comentarios; mofáronse empero de ella los coreishitas poniéndola en ridículo, lo cual hizo perder á Mahoma algunos discípulos, á quienes la firmeza de Abú-becre hizo volver á su creencia. De todos modos motivó este relato nuevas y violentas persecuciones.

Progresaba sin embargo el nuevo culto en Medina y la mayor parte de la ciudad habia ya abrazado el islamismo. Mosaab, su gefe, condujo en peregrinacion á la Meca sesenta y tres de sus principales moradores. Juraron ser fieles á Mahoma, y el Profeta les prometió el Paraiso. Mandó á los nuevamente convertidos que escogiesen doce de entre ellos para velar sobre el pueblo de Medina. «Yo os constituyo defensores del pueblo con el mismo poder que tuvieron los discípulos de Jesus, porque yo soy el defensor y el gefe de todos los verdaderos creyentes.»

Preveyendo la tempestad que fermentaba contra él en la Meca, persuadió á todos los musulmanes á que se retirasen á Medina; hizo conducir allí á su familia,

(1) Dicen algunos autores musulmanes que salió Mahoma de su habitacion para ir al Paraiso, y que recorrió todos sus siete cielos con tan prodigiosa velocidad, que despues de haberlos visitado exactamente, volvió á su lecho á tiempo aún de impedir que se vertiera enteramente un vaso de agua, que el Angel Gabriel habia volcado con una ala al levantar su vuelo.

y se quedó solo en la Meca con Abú-becre y Alí, no queriendo huir él mismo sino de un peligro real. Creyéndole abandonado los coreishitas se reunieron en una asamblea, y doctores hay que aseguran que el diablo, habiendo tomado la figura de un anciano, fué tambien de esta reunion, y que refutó todas las opiniones de los que propusieron alguna avenencia entre los partidos. Decretóse pues la muerte de Mahoma, y la ejecucion de este decreto se aplazó para la noche siguiente. Conociendo el Profeta el peligro en que su vida se hallaba, mandó al generoso Alí que envolviéndose en su caftan verde se acostase en su lecho en lugar suyo, y aprovechándose de las tinieblas fugóse de la ciudad con Abú-becre. Esta es la época célebre en que empiezan los orientales á contar su era llamada la *egira*, que vale tanto como la *fuga*.

Llegó la noche, y á la hora convenida entraron los asesinos en casa del sentenciado con los puñales en la mano; mas detuviéronse al encontrar á Alí solo y cubierto con las vestiduras del Profeta. Asegúrase que el fiel amigo de Mahoma les adormeció echándoles polvo sobre la cabeza, pronunciando al mismo tiempo algunos versículos del Korán. Convencido Mahoma de que sería perseguido, echó por un camino estraviado, y ocultóse en una caverna. Cuando los asesinos que le buscaban se disponian á entrar en ella para registrarla, encontraron obstruida su entrada con una espesa tela de araña sobre la cual habia puesto sus huevos una paloma. Volviéronse pues atrás, y el Profeta continuó su camino. Soraka, sin embargo, seguido de unos cuantos, alcanzándole bien pronto, dió sobre él lanza en mano. Mahoma le llamó por su nombre: á su voz

el caballo de Soraka cayó derribado en tierra boca arriba, con cuyo milagro, aterrado el asesino, se hizo musulman.

El viernes siguiente entró Mahoma en Medina, conducido por sus discípulos bajo un dosel de flores. En el sitio en que se detuvo su camello, hizo construir una mezquita; ocupóse seriamente en asegurar su poder, atrajo para siempre á su partido á Abú-becre dándole por esposa á su hija Aiesha: mandó á sus discípulos que se amaran como hermanos, y á todos los creyentes que volvieran el rostro hácia el templo de la Meca para hacer oracion, dando al *Muezin* la fórmula con que debia convocar al pueblo para hacerla (1). Instituyó el ayuno ó cuaresma del mes de ramadam, porque en él recibió del cielo el primer capítulo del Korán, que está escrito en él eternamente, aunque hay doctores que afirman que Dios escribió sus augustas páginas en la piel del cordero que le sacrificó Abraham en lugar de su hijo Isaac. Publicó finalmente el capítulo que manda combatir contra los idólatras, y por primera vez defendió su religion con las armas en la mano. Con trescientos trece hombres, dos caballos y setenta camellos, salió al campo contra dos mil coreishitas idólatras; arengó á sus soldados llenándoles de sagrado entusiasmo, y los mostró tres mil Angeles prontos á combatir por ellos, triunfando asi de sus

(1) «Dios es grande. No hay mas Dios que Dios. Mahoma es su Profeta. Venid á orar. Venid á adorarle. Dios es grande. Dios es único.» Estas son las palabras que dice el Muezin al pueblo desde los alminares de las mezquitas cinco veces al dia; al rayar el alba, al medio dia, á las tres de la tarde, al ponerse el sol, y dos horas despues.

enemigos. Gelaleddin asegura que esto fué un milagro portentoso, y dice que los Angeles vestidos de largos y flotantes mantos, ceñida la frente con turbantes amarillos, y montados en caballos manchados de blanco y negro, pelearon á la cabeza de los creyentes; y añádese tambien que dos idólatras que presenciaron el combate desde una colina, vieron un nublado preñado de escuadrones de Angeles, y oyeron los relinchos de sus caballos, y la voz de Gabriel que animaba á *Haisum* su hermosa yegua de batalla.

Colígese claramente que Mahoma fué recibido en triunfo en Medina despues de esta victoria. Aumentaron otras muchas el número de sus partidarios, y Alí se distinguió tanto en todas ellas, que el Profeta le dió por muger á su querida hija Fátima. Tenia esta quince años, y eran tales sus perfecciones, que mereció ser contada por una de las cuatro mugeres perfectas que dió á la tierra el Criador (1). La noche en que se consumó este matrimonio, el Profeta llevó á Fátima á casa del jóven Alí. El iba delante de ella; Gabriel á su derecha, Miguel á su izquierda, y les seguian setenta mil Angeles que les cantaron himnos hasta la mañana siguiente.

Renováronse bien pronto los combates, y alentóse el islamismo con nuevas victorias: los creyentes sin embargo sufrieron una gran derrota; Mahoma mismo salió herido en el rostro, y el valiente Hanza perdió la

(1) Estas cuatro mugeres son: la hija de Faraon, la Vírgen María, Cádiga y Fátima. Esta última fué madre de doce Profetas sin perder por eso su virginidad; y su cuerpo fué arrebatado al cielo despues de su muerte.

vida; pero Gabriel reveló al Profeta que Hanza moraba en el sétimo cielo. Mahoma hizo sepultar á los muertos, mandó orar por ellos, los colocó en el número de los mártires, y volviendo á caer de repente sobre sus enemigos, los desbarató. Inauditos horrores se cuentan de estas guerras. Viendo Mahoma los terribles efectos de la embriaguez en las tribus árabes, prohibió el vino. Promulgó muchas leyes prudentes, que dejó consignadas en su Korán. Salió ileso de multitud de traiciones burladas por su intrepidez y sangre fria. Un idólatra cayó sobre él espada en mano mientras reposaba en un lugar apartado. Miróle Mahoma fijamente y sin moverse; el asesino, admirado de su tranquilidad, se detuvo fingiendo que jugaba con su espada, y preguntó al Profeta si no habia tenido miedo; —¿y qué tenia yo que temer? respondió el Profeta. Huyó atónito el idólatra, y los árabes aseguran que un Angel le derribó en tierra cuando iba á herirle.

Los enemigos del Profeta venian sobre Medina para sitiarla. Mahoma mandó cavar un foso al rededor de la ciudad, y siendo el suelo una durísima peña, volvióla blanda derramando sobre ella una bocanada de agua, lo cual se atribuyó á milagro. Fatigábase el bravo Salman para romper una enorme piedra: Mahoma, tomando de sus manos el martillo, dió sobre ella tres golpes y despidió la piedra tres relámpagos; y preguntándole la significacion de estos relámpagos, respondió: el primero me pronostica la sumision de la Arabia feliz, el segundo la conquista de la Siria y del Occidente, el tercero la del Oriente.

Sitiaron al fin los enemigos á Medina, y dícese que el Profeta alimentó á los sitiados con un cesto de dáti-

les que multiplicó maravillosamente. Con un cordero asado y un pan de cebada dió otra vez de cenar á mas de tres mil hombres, que quedaron hartos. Su tranquilidad sobrenatural consternó á sus enemigos, que levantaron el sitio: persiguiólos Mahoma, y derrotólos completamente. Enamoróse de Zainab, la bella esposa de Zaid, su hijo adoptivo; este, que lo supo, la repudió, y el Profeta se casó con ella, despues de haber autorizado este matrimonio por un capítulo del Korán. Andando el tiempo, su favorita Aiesha fué acusada de adulterio con Sawan, general del cuerpo de reserva. Tenia Aiesha quince años, era hermosa y elocuente, y supo justificarse; Mahoma hizo bajar del cielo el capítulo 24 del Korán, *que no deja mancha alguna en la reputacion de Aiesha*. La Meca capituló, las guerras continuaron, y cada paso del Profeta se marcaba con un prodigio: entre ellos se cuenta la cura maravillosa de los ojos de Alí con un poco de saliva. Casóse despues con dos judías, Riana y Safía, que se hicieron musulmanas por el honor de ser mugeres de un Profeta. Algunos autores dan á Mahoma quince mugeres legítimas, otros veintiseis; pero solo doce son conocidas.

Zainab quiso envenenarle con un cordero asado. Mahoma conoció el veneno, que era violentísimo, al primer bocado. Bashar, uno de sus compañeros, murió en cuanto lo probó; y los doctores musulmanes aseguran que la paletilla del cordero reveló á Mahoma el autor de este atentado. Preguntó á Zainab el motivo que tenia para atentar á su vida: Zainab respondió, pensé que si eras Profeta conocerias al momento el veneno, y que sino lo eras libraria al pueblo de tu ti-

rania. Mahoma perdonó generosamente á Zainab, contentándose con volverla á enviar á casa de su padre. La malignidad del veneno abrevió sin embargo su vida, causándole vivos dolores hasta su muerte.

Aumentaba su poder, á pesar de todo, de dia en dia. Despues de haber sometido á los árabes y deshecho á los judíos, envió á los reyes sus embajadores, sirviéndose de un sello que decia *Mahoma, enviado de Dios.* En calidad de tal escribió á Cosroes, Rey de Persia, que indignado le trató de esclavo. Murió Cosroes á poco, y su muerte se atribuyó á milagro. Su hijo Siraes le asesinó, y abrazó despues el mahometismo. El Profeta escribió á varios soberanos de Oriente, y los que no se convirtieron al islamismo respetaron al fundador.

Prosiguió en sus conquistas con fortuna, y hallándose harto poderoso para mandar como señor en la Meca, derribó las estátuas de los ídolos, quitó del templo los retratos de mugeres, que los árabes adoraban creyendo que los Angeles eran mugeres hermosas, cuya opinion, generalmente recibida en Arabia, contribuyó sin duda á que fuese bien admitida la creencia de las Hurís. Su vida fué un combate perpetuo; sucumbieron en él sus mas bravos compañeros; Zaid, Abdalláh y Jafar murieron en el mismo dia defendiendo el estandarte sagrado. Mahoma dijo á sus discípulos que lloraban: «no lloreis por Jafar, oh musulmanes, porque su suerte es envidiable; Dios le ha dado dos alas, y con ellas recorre la estension inmensa de los cielos, franqueados á sus caprichos.» La guerra no le distrajo de la religion. Cuando cumplió sesenta y tres años, tomó siete piedras, se las tiró á Satanás, sacrificó á

Dios setenta y tres víctimas, é hizo bajar del cielo estas célebres palabras: «*Hoy he sellado vuestra religion.*» Y se afirma que la camella que montaba el Profeta se prosternó doblando las rodillas, abrumada bajo el peso de esta revelacion. Dió libertad á sus esclavos, ordenó todos sus negocios, y sostuvo su dignidad de Profeta hasta su muerte, que aconteció poco mas tarde. Cuando sintió debilitarse su cabeza mandó á Aiesha que quedase sola con él; y esta contó que el Angel Gabriel visitaba continuamente al Profeta en sus tres postrimeros dias, y que este Angel le dijo al fin del tercero: «*Mahoma, el Angel de la muerte pide permiso para entrar; tú eres el único mortal con quien ha tenido semejante atencion, y no la usará con ningun otro.*» Mahoma respondió: «*que entre.*» Presentóse el Angel, y cumplió respetuosamente su mision.

Consternóse el pueblo con la noticia de su muerte. El Profeta no ha muerto, dijo Omar; ha ido á hablar con Dios como Moisés por cuarenta dias; y amenazó con la muerte al que creyera lo contrario. Fué sin embargo preciso calmar la fermentacion: Abú-becre reunió los capítulos del Korán, los publicó en coleccion, celebró las exequias del Profeta de Dios con fastuosa pompa, y sostuvo bizarramente la religion mahometana. Sofía, tia suya, pronunció su oracion fúnebre sobre su tumba, que está en la Meca. Abú-becre fué elegido Califa á pesar de la adopcion de Alí, y los demas gefes se repartieron el imperio, que abarcaba ya la mayor parte del Oriente.

Tenia Mahoma mediana estatura: la cabeza grande; espesa la barba; el color tostado; los ojos negros; las mejillas graciosas; y el cuello elegante y blanco como

el marfil. Dotado de superior inteligencia, de claro juicio y de prodigiosa memoria, su conversacion era agradabilísima, y su carácter siempre igual. Justo y equitativo con todos, hablaba poco, escuchaba con paciencia, y no se despedia nunca el primero, ni retiraba su mano de la de quien le daba la suya hasta que este se la dejaba libre. Vivia con suma sencillez. Decia que Dios habia criado dos cosas para la felicidad de los hombres, las mugeres y los perfumes; y que despues de haber hecho la creacion, hizo la muger y descansó. Procuró Mahoma dar á su Korán todo el encanto de que es susceptible su lengua, la mas rica y armoniosa de todas las de la tierra; y que por la composicion de sus vervos es capaz de seguir el pensamiento en su mas poética estension, y de esplicarla con la mas precisa claridad. La lengua árabe imita con la maravillosa armonía de sus sonidos el murmullo de las aguas, el canto de las aves, los ahullidos de las fieras, el rumor de los vientos, y el estallido del trueno; y todos los relatos de Mahoma tienen doble interés en su lengua original. Compónese el Korán de ciento catorce capítulos, divididos en versículos, cuyo número debe saber todo buen musulman. Cada capítulo tiene un título, que muchas veces no tiene relacion con la materia que en él se trata, y todos, fuera del noveno, llevan por epígrafe estas palabras, que son el lema ó divisa de los musulmanes. «*En nombre de Dios clemente y misericordioso.*» Publicó Mahoma este libro por capítulos segun la necesidad que tenia de hacer hablar al cielo en su favor, en el espacio de veintitres años, parte en la Meca y parte en Medina. Dictó el Profeta sus versículos á sus secretarios, que los escri-

bieron en hojas de palmas y en pergaminos que se guardaban revueltos en una caja. Reuniólos Abú-becre en un volúmen, muerto Mahoma; pero tan sin orden, que el último capítulo que hizo el Profeta bajar del cielo es el noveno de su coleccion; y los primeros versículos que le fueron revelados por Gabriel, resultan los primeros del capítulo 96. Esta confusion oscurece muchas veces el mérito del Korán, en el que á cada paso encuentra el lector sublimes pasages. La mayor parte está escrita en la prosa rimada de los árabes; pero muchas veces, remontándose Mahoma á mas elevado estilo, describe en sonoros y magestuosos versos al Criador, que desde el trono de los mundos da leyes al universo. Sus versos son armoniosos y fáciles cuando pinta los placeres eternos del Paraiso; vigorosos y enérgicos cuando describe los eternales castigos. Tienen los musulmanes ademas consignados sus dogmas en otros libros, y uno de los mas seguidos por sus teólogos es *la esposicion de la fé musulmana por Mohammed-Ben-Pir-Alí* El-berkevi, traducido recientemente al francés por Mr. Garcin de Tassy, de cuyas curiosas noticias orientales me he aprovechado para esta biografía de Mahoma. En esta esposicion citada de la fé musulmana se lee, que Dios no tiene ni compañero ni igual; que él solo debe ser adorado; que ni ha nacido ni ha engendrado; que no tiene ni muger, ni hijo, ni hija; que es invisible, inmutable y eterno; que todo lo sabe, y todo lo ve, y todo lo siente, hasta los pasos de la negra hormiga sobre una piedra negra en la noche mas tenebrosa; que es omnipotente; que el Korán es la palabra de Dios, cuyo libro es eterno é increado; que los Angeles ni comen, ni beben, ni tie-

nen sexo; que el Angel Gabriel baja en una hora del cielo á la tierra; que el Angel Azrael tiene la comision de recibir las almas; que Israfil tocará dos veces la trompeta al fin del mundo; al sonido de la primera perecerá todo, y á la segunda, que sonará cuarenta años despues, todo resucitará; que los libros escritos por Dios son el Korán, el Pentetéuco, el Evangelio, el Salterio y otros, hasta ciento cuatro; pero que el Korán es el mas sublime y divino de todos; que Eblís es el gefe de los demonios, Adan el primer Profeta, y Mahoma el último; que dos Angeles llamados Monkir y Nekir interrogan á los muertos en sus sepulcros, y que á sus preguntas es preciso contestar con estas palabras: «Nuestro Dios es Dios, Mahoma nuestro Profeta, y el islamismo nuestra religion;» que las almas tienen que pasar por un puente mas estrecho que el filo de una espada, llamado Siráth, y las que no puedan pasar caerán en el infierno; que los infieles arderán eternamente; que todo está escrito en el cielo, y que nadie puede evitar su destino á pesar de lo que el diablo tienta á los hombres; que no es permitido á nadie desenvainar la espada contra los Reyes, por tiranos que sean; que es preciso no escuchar á la puerta, ni mirar por el ojo de la cerradura, ni procurar en manera alguna descubrir los secretos del pudor; que el que diga «yo creo en todos los Profetas, pero dudo si Adan lo es,» es infiel; que es infiel asimismo el que crea que las contribuciones son propiedad del Sultan, porque pertenecen al pueblo, que pertenece á Dios; que si alguno dijere «mas vale ser cristiano que judío,» es infiel, porque es preciso decir «los judíos valen menos que los cristianos;» que hay ciento veinti-

cuatro mil Profetas, y que al pasar por el valle de Mina es preciso hacerlo tirando piedras en memoria de Abraham, que al ir á sacrificar á su hijo, echó de allí á pedradas al demonio que le tentaba para que no obedeciese á Dios, etc., etc.

Los curiosos detalles sobre el antiguo culto de las estrellas, establecido en Arabia antes de Mahoma, y las poéticas noticias sobre las costumbres de los árabes, sus ayunos, sus oraciones y ceremonias religiosas, sobre las Huríes, los génios, los demonios, el paraiso, etc., pueden encontrarse en la lectura del Korán, y en las notas eruditas que en su traduccion francesa ha puesto el sábio orientalista Sabary.

ÍNDICE.

